



PREMIO
NADAL
2020



Ana
Merino

El mapa de los afectos



Lectulandia

Valeria, una joven maestra de escuela que tiene una relación secreta con Tom, que le lleva treinta años, se enfrenta al dilema de los sentimientos y quiere entender el significado del amor. En el pueblo donde enseña, Lilian desaparece sin motivo aparente mientras su marido está en la otra punta del mundo. Greg, un hombre a quien le pierden las mujeres, frecuenta un club de alterne de los alrededores para ahuyentar su descontento, hasta que un día se ve descubierto de la peor manera posible.

A partir de momentos como estos en el transcurrir de una pequeña comunidad rural, nos adentramos en los misterios cotidianos de sus habitantes. Las vidas de todos ellos no solamente se irán cruzando a lo largo de más de dos décadas, sino que estarán condicionadas por la fuerza magnética de los afectos, la aleatoriedad del azar o por la justicia poética que a veces nos traen los acontecimientos más inesperados.

Ana Merino

El mapa de los afectos

Premio Nadal de Novela 2020

ePub r1.0

numpi 21.02.2020

Título original: *El mapa de los afectos*
Ana Merino, 2020
Ilustraciones: Irene Blasco
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Editor digital: numpi
ePub base r2.1

A mi padre y a mi madre

Soy mi padre y mi madre
soy mis hijos
y soy el mundo
soy la vida
y no soy nada
nadie
un pedazo animado
una visita
que no estuvo
que no estará después.

IDEA VILARIÑO, *Nocturnos* (1955)
Fragmento del poema «Una vez».

—¡No, no puedo volverme invisible suficientemente rápido! ¿Cómo podemos detener a esta criatura Antorcha?
—¡Espera y verás, hermana! ¡Los Cuatro Fantásticos solo han empezado a pelear!

STAN LEE, *Los Cuatro Fantásticos*, vol. 1

Todos los secretos

Escondía sus tesoros en el bosque, dentro del hueco de un tronco del que salía una gran rama a la que solía subir en su infancia para contemplar el horizonte o espiar a los cazadores que se adentraban en esa espesura de árboles entrelazados. Algunas veces, al volver a casa se cruzaba con los últimos cazadores del día y en más de una ocasión le habían regañado: «Chaval, ¿de dónde sales? Ten cuidado y no andes solo por ahí, que un día vamos a tener un disgusto».

A Samuel no lo intimidaban esas amenazas; los cazadores nunca pasaban demasiado cerca de su árbol. Él se sentía seguro abrazado a aquel tronco grueso de ramas anchas y frondosas. Era su lugar favorito, su observatorio de estrellas en verano y su rincón de rabia en invierno. Incluso en los días más fríos había subido al árbol para estar tranquilo y fumar en secreto cigarrillos sin filtro, cortando la densidad helada del aire con el humo picante que paladeaba en su boca antes de expulsarlo. Su refugio era la séptima rama ancha, en una escalera de brotes inmensos y exuberantes. Un nido abandonado de pájaro carpintero que había agrandado con su navaja se transformó en el escondrijo perfecto para lo prohibido. Allí guardaba desde niño una caja metálica donde metía los cigarrillos que con sigilo les quitaba a los adultos. Ya entonces le gustaba imaginarse como uno de ellos mientras daba unas cuantas caladas y contemplaba desde su escondite la extensión del bosque, los márgenes de la carretera y los caminos forestales. Espiaba con atención meticulosa todo lo que se movía y lo anotaba en pequeñas agendas llenas de dibujos esquemáticos. En esos cuadernitos registraba detalladamente, como en un diario, los movimientos de los cazadores, los encuentros furtivos de los amantes o la cautela de los diferentes animales al caminar por la espesura.

Samuel era el gran observador del bosque, el vigilante de los murmullos. Con su peculiar instinto se transformaba en una especie de duende invisible capaz de metamorfosearse entre las ramas de su árbol gigantesco. Él supo mejor que nadie de la historia de amor de Tom con la señorita Valeria, la maestra de primaria. Una aventura secreta que duró tres veranos y de la que Samuel aprendió a interpretar las curiosas texturas del cariño. Años después todavía sentía un extraño y excitante pudor cuando se cruzaba con Tom en el supermercado. A Valeria le había perdido la pista después de que esta se casara con un compañero, un maestro también muy joven con el que se trasladó a vivir a una ciudad grande del sur. Muchos dijeron entonces que esos dos eran demasiado ambiciosos para conformarse con la vida tan poco sofisticada de las poblaciones del Medio Oeste americano, de esa Iowa rural donde el paisaje de las llanuras agrarias de granjas y cultivos se mezclaba con algunos bosques densos como el que cobijaba a Samuel. Valeria se fue, pero al niño nunca se le olvidó el rastro secreto y sensual que dibujó su existencia en aquellas tardes del verano, cuando se dejaba amar por Tom convencida de que nadie sabía absolutamente nada de sus encuentros.

El amor furtivo de Tom con Valeria tuvo mucho de desigual iniciación y ocupó varios apartados en los cuadernos de Samuel, con bosquejos y anotaciones en clave. Coincidió a su vez con ese paso ansioso de la niñez a la adolescencia que fue brotando en el muchacho como un nido de anhelos silenciosos desde aquel mirador de ramas frondosas. Fantaseó durante horas sobre la misteriosa Valeria y su sumisa relación con Tom, un hombre demasiado viejo para ella; se llevaban treinta años. Al principio, en aquel verano de 2002, ese descubrimiento fue en sus notas un anexo confuso y sorprendente en una tarde calurosa en la que un par de zorros había merodeado cerca del tronco de su árbol. Samuel los siguió con la mirada, ayudado por los prismáticos de caza que había heredado de su abuelo; solía llevarlos a muchas de sus incursiones escondidos en la mochila, para cuando jugaba a ser vigía del bosque en esas tardes infinitas del estío. Tom y Valeria estaban relativamente cerca, paseaban a ritmo sosegado deteniéndose a mirar el camino. No advirtieron la presencia de la pareja de zorros que los rodeó entre los matorrales. Valeria escuchaba ensimismada el relato de Tom, pero a Samuel solo le llegaban murmullos de voces inconexas. ¿Qué harían esos dos caminando por el bosque? Al chico le sorprendió mucho descubrir a Valeria con Tom.

Valeria con esos vestidos de algodón floreados, el talle finísimo ceñido por un cinturón grueso de charol, y sus zapatos de tacón fino con un lazo

grande al lado, también de charol. Acababa de salir de la universidad y llevaba varios meses como maestra sustituta en el pueblo. Causaba sensación cuando entraba en el restaurante familiar de la señora Dolan y pedía un batido de vainilla en la barra. Allí la había visto Samuel por primera vez. Se había fijado en ella por los comentarios de su tío David y el amigo de este, Greg.

Casi todos los miércoles, David lo llevaba a merendar al restaurante de la señora Dolan. Se sentía mal por su hermana mayor, la madre de Samuel, que tenía al marido casi siempre ausente, pescando la mayor parte del tiempo en alta mar, y ella trabajando de secretaria recepcionista para Garth Tickled, un abogado impresentable que hacía de las desgracias ajenas un gran negocio. Así que David estableció una merienda semanal con su sobrino Samuel. Le agradaba esa rutina, aunque estuviera regada de pensamientos intrascendentes y aburridas anécdotas escolares que su sobrino describía como sucesos épicos. A veces se sumaba a la merienda Greg, su compañero en la oficina, al que le gustaba aferrarse a cualquier excusa para alargar la jornada laboral tomando cervezas y conversando desenfadadamente sobre cualquier mujer menor de treinta años que entrara en el restaurante. David se burlaba del temperamento de macho desbocado de su amigo, que le hacía celebrar, sin ningún tipo de vergüenza, a todas las mujeres.

—Greg, qué cosas dices, calla, que tenemos aquí a Samuel.

Greg los miraba con suficiencia y se limpiaba con la manga los tragos de cerveza.

—Si es que la muchacha está para comérsela.

Samuel miró fugazmente a la maestra, una chica menuda con un vestido de flores y el pelo recogido en una coleta. Pensó literalmente en el comentario de Greg. ¿A qué sabría la nueva maestra que tanto le gustaba al amigo de su tío? El sabor de las chicas tenía que ser rico si a Greg siempre se le hacía la boca agua. Además, el disimulo de su tío le resultaba gracioso. Samuel sabía de buena tinta que a David le gustaban mucho las chicas, porque en su baño escondía revistas eróticas debajo de la montaña de las toallas dobladas. Un día las descubrió, eran revistas llenas de mujeres desnudas con pechos gigantescos. A Samuel le pareció ridículo que a su tío le gustaran esas cosas. Eran fotos aburridas y algo cutres de cuerpazos femeninos mal iluminados donde la piel morena contrastaba con la marca grimosa y blanquecina del bañador. Aquel descubrimiento no estimuló nada la imaginación de Samuel, al contrario, le hizo mirar con profundo desagrado la desnudez femenina. Su madre le regañaba porque se quedaba ensimismado leyendo durante horas

cómics de superhéroes; si supiera lo que hacía su hermano y lo pésimas que eran sus revistas...

—Hijo, pero ¿no te aburres de leer siempre lo mismo?

—No, mamá —respondía Samuel entusiasmado—, este es el último número, lo que pasa es que la portada se parece mucho a otras, pero este es nuevo, eh.

—Para mí son todas iguales. Y además creo que es hora de que empieces a leer otras cosas más interesantes que esas niñerías, ¿no?

—Mamá, tú no lo entiendes.

En aquellas viñetas que tanto le gustaban sucedían cosas fabulosas y sorprendentes, sus personajes eran invencibles, tenían sentimientos y luchaban por un mundo mejor. Dibujados con un trazo que le encantaba, muchas veces los copiaba meticulosamente en hojas sueltas o en las solapas interiores de sus libros de texto. ¿Por qué su tío perdía el tiempo con esas revistas llenas de señoras feas cuando había mujeres formidables en los cómics, como Sue, capaz de volverse invisible y crear campos de fuerza? Samuel no necesitaba verla desnuda para emocionarse y sentir el poder de su energía mental. Un día puso sobre la mesa del restaurante algunos ejemplares de sus preciados cómics, esperando encontrar la empatía de los que saben apreciar cada viñeta, pero descubrió con mucho desagrado que ni a su tío ni a Greg les interesaban lo más mínimo.

—¡No me digas que te gustan los superhéroes! —exclamó Greg con sorna—. Como al cretino de Ronald, que solo lee esa mierda.

David torció el gesto.

—Ya te vale, Greg, el chaval no tiene la culpa de tus malos rollos del trabajo.

—Ah, David, perdona, se me había olvidado que a ti te va fenomenal con el susodicho cabronazo, que, aparte de ser deleznable, lee esta misma porquería como si tuviera la edad mental de tu sobrino.

Samuel apenas tuvo tiempo de reaccionar para proteger sus ejemplares y meterlos rápidamente en la mochila. Greg había proyectado sobre ellos sus frustraciones profesionales dándoles un manotazo y arrugando una de las portadas.

—Vamos a dejarlo. —David trató de cambiar de tema—. Mira quién llega.

Valeria había entrado en el restaurante y la luz de la tarde se filtraba por su melena rubia, que Samuel le veía suelta por primera vez, dándole un matiz mágico y misterioso. Su tez casi transparente contrastaba con la camisa azul

celeste y los pantalones a juego. «Es Sue», pensó Samuel con sorpresa. «Puede que sea la chica invisible», volvió a imaginar mirándola con fascinación y ruborizándose levemente.

Las palabras de Greg interrumpieron sus pensamientos.

—En mala hora decidí sentar cabeza —se lamentó el amigo de su tío.

—Aunque no lo hubieras hecho, no tendrías ninguna posibilidad —le dijo David.

—Al menos déjame soñar —respondió Greg, dando un sorbo profundo a la jarra de cerveza para luego emitir un desagradable eructo.

Cuando Samuel creyó ver en Valeria la personalidad secreta de la Sue de los Cuatro Fantásticos, la relación entre ella y Tom todavía no había prosperado, aunque ya paseaban bastante juntos. Sus encuentros eran aparentemente inocentes, recorridos circulares por el bosque que Samuel anotaba. Sin embargo, a partir de aquella entrada estelar de Valeria en el restaurante, el niño fue haciendo un diario más elaborado, insertando dibujos de Sue que copiaba de sus cómics. ¿Qué se traerían esos dos entre manos?

Un día llegó el primer beso y Samuel tuvo que aceptar que Valeria no siempre albergaba a la Sue de sus sueños. Tom no se parecía en nada a ninguno de los personajes de su cómic favorito, ni tan siquiera a algún malo que mereciera la pena mencionar. Cuando la relación se volvió más íntima, a Samuel le costaba espiarlos porque se escondían muy bien en la espesura de los arbustos. Sabía que algo estaba pasando, pero no fue capaz de verlo con todo lujo de detalle hasta dos veranos después. Se atrevió entonces a esconderse en un árbol cercano a ese lecho de agujas de pino y yedra. Samuel había perdido el miedo a ser descubierto, porque la curiosidad de la incipiente adolescencia era una energía superior a cualquier otro sentimiento. Así fue testigo de un amor apasionado con aletazos de profundos silencios que le resultaban tediosos y difíciles de entender. Obviamente, Valeria y Tom no querían que nadie supiera de estas relaciones furtivas que habían encontrado en el bosque el cobijo de su máxima expresión. Al final del tercer verano, la maestra anunció a todos su compromiso con uno de sus colegas de la escuela, y a los pocos meses se casaron y se fueron.

Samuel vivió con inquietud y mucha sorpresa estos acontecimientos. Jamás había oído a Valeria mencionar planes vitales de esa magnitud. Es más, nunca le dijo a Tom lo que pensaba; fue desde el principio una relación apasionada, pero sumisa y silenciosa. Samuel acudió a la iglesia con su madre para ver la boda. Se sintió extrañísimo porque la casualidad hizo que le tocara sentarse en uno de los últimos bancos junto a Tom. Lo observó con disimulo,

tenía el gesto tranquilo y miraba fijamente a la joven pareja. Samuel sintió vértigo al pensar que él era el único que conocía los detalles del amor entre Tom y Valeria. Tres veranos de besos densos y suspiros leves que sus cuadernos recogieron con minuciosa precisión.

Valeria estaba preciosa el día de su boda. Vestida de blanco, llevaba el pelo recogido en un tocado adornado con diminutas flores silvestres. «Qué guapa está y qué sencilla va, qué bien le queda el peinado», murmuró la madre de Samuel cuando pasó por delante de ellos. Es verdad, le favorecía mucho, porque dejaba ver su hermoso cuello sin adornos. Samuel la miró fascinado y sintió una leve punzada de culpa. En una de aquellas intensas reuniones en el bosque, Valeria había perdido su colgante de oro fino, un crucifijo de brillantitos de cristal que le había regalado su abuela por la primera comunión. La joven lo buscó muchas veces mencionándola, levantando el colchón de agujas de los pinos y rastreando el camino. Nunca lo halló. Samuel lo había escondido en el hueco de aquel tronco donde todavía años después subía a fumar cigarrillos y recordaba con delicado placer las texturas invisibles de Valeria.

Luna de miel

A Valeria se le pasó el ataque de rabia a los setenta kilómetros. Se puso a llorar en silencio mientras contemplaba el paisaje de la carretera retorcerse en cada curva. Había pasado de la furia infinita a una inquietante serenidad en la que lloraba para desahogarse. Pensó en sus alumnos, en los pequeños para los que la vida era una montaña rusa de emociones. Pasaban de la risa al llanto y se dejaban llevar por una pataleta explosiva. La de veces que había contemplado los lloros desdichados de los niños de parvulario. El hipo tartamudo de la desolación infantil aunarse en un grito interminable. Pero cuando creces sabes que no puedes hacer lo mismo, que aunque te sientas igual que ellos, tienes que controlar esa amargura desgarradora.

Valeria era consciente de que había tenido un impulso alimentado por la frustración de un viaje infernal lleno de gritos y reproches. Su periplo idílico había terminado en huida. La sensación de libertad, de minúscula libertad macerada en ese impulso, en ese gesto contundente de salir corriendo y desaparecer. El área de servicio había sido la compuerta a un universo paralelo en el que ahora estaba sumando kilómetros hacia lo desconocido. En cuanto Paul fue al baño, Valeria se subió al primer autocar que se disponía a arrancar, pagó diez euros y se sentó al final junto a una mujer con velo que daba cabezadas y murmuraba entre ronquidos. Nunca había tenido una visión tan clara de su propia vida y de lo que necesitaba en aquel momento. Solo quería estar tranquila, sin sentir la perenne negatividad de Paul martillear su cabeza. La pasión se había condensado y vuelto fétida en un viaje lleno de discusiones. El aire denso y caliente de la infelicidad la arrastró a un autocar casi en marcha.

¿A dónde la estaban llevando sus diez euros? Jugaba con ese pensamiento y con la moneda de dos euros que le había devuelto el conductor. No se atrevía a preguntar porque su español era bastante precario, aunque la gente

que la acompañaba tampoco parecía española. Todas las mujeres iban cubiertas y hablaban en una lengua musical. Obviamente, eran de algún país del norte de África. Los velos de las mujeres y las chilabas de algunos hombres los delataban. Valeria había cruzado a otro mundo sin darse cuenta de que su aspecto, con pantalones cortos, sandalias de tiras que mostraban sus uñas primorosamente pintadas de rojo y la camiseta azul celeste con escote, chirriaba en ese escenario. Era ella la que se delataba como una auténtica turista. El conductor parecía español y le había vendido el billete con absoluta naturalidad. Nadie la miraba, no despertaba ningún tipo de reacción entre el resto de los viajeros.

El que debía de estar de los nervios era Paul buscándola por los alrededores de la tienda del área de servicio. Pero eso a Valeria no le importaba, en su gesto impulsivo estaba condensado un hartazgo real de mujer cansada. No habían pasado ni tres semanas y el matrimonio le pesaba ya como si llevaran tres décadas. No se veía envejeciendo con Paul. No se veía en esa nueva vida que habían iniciado juntos. Las ilusiones de los comienzos se desvanecieron. Diez días en la carretera y todo se rompía en pedazos.

Ella no eligió visitar el sur de España. Había sido el regalo envenenado de su suegra. Valeria creyó vislumbrar en el viaje un complot siniestro para que su matrimonio apenas durase. Otra vez brotaba en ella la ira y le hacía morderse los labios. Su rabia ya no era fruto de una escalada de reproches en un coche de alquiler. Su nerviosismo se mezclaba con una cascada de sentimientos contradictorios. Este viaje era un periplo tóxico. Un laberinto enrevesado planeado por la madre de Paul. La señora Estella Valna, con sus largas uñas postizas, había diseñado la ruta. Su pose de suegra encantadora era parte del plan para que Paul y ella se separaran. Lo había conseguido. Diez días de convivencia en otro país bajo una fuerte ola de calor habían sido suficientes para que Valeria abandonase.

¿Cómo dar marcha atrás? El autocar seguía su camino por la autovía y Valeria ya no se imaginaba a un Paul perplejo buscándola por el área de servicio. Ahora estaría llamando a Estella, contándole los detalles de su abrupta desaparición, explicando cómo lo habían plantado en medio de la autovía del sur a la altura de Arcos de la Frontera rumbo a Málaga.

¿Paul era consciente de lo harta que estaba Valeria de él en este viaje? ¿Cómo reaccionaría Estella ante la llamada de su hijo? ¿Pensaría que su desaparición podría ser un secuestro?

Estella Valna se había divorciado tres veces y ahora estaba casada con un viejo amigo de la adolescencia que criaba cerdos y cultivaba campos de soja. Se había casado con un granjero después de probar fortuna con un vendedor de seguros, el padre de Paul, con el que convivió casi una década; y con un fontanero al que aguantó seis años y con un militar con el que duró menos de uno. Estella Valna se creía glamurosa por coleccionar maridos y hablar abiertamente de su vida privada. Adoptaría una actitud trágica ante la llamada de Paul. Con lo que le gustaba exagerarlo todo, alimentaría la posibilidad de un secuestro. Algo tan siniestro como la extraña desaparición de Lilian, la madre de Adam. Adam era uno de los alumnos de Valeria, un niño del taller de arte de preescolar. Aquel niño pelirrojo tenía fuertes ataques de rabia y pegaba patadas y escupía a sus compañeros. Esa era la forma en la que trataba de digerir la repentina ausencia de su madre. Valeria recordó con tristeza la impotencia del pobre niño, que lloraba inconsolable después de romper las hojas en las que había estado dibujando. La pena en hilos gruesos de lágrimas recorriendo su pequeño rostro. Cuando Valeria lo abrazaba para tratar de calmarlo, podía sentir la angustia temblorosa de la existencia misma en aquel cuerpecito de niño asustado. Era como asomarse a un precipicio y contemplar el vacío.

Valeria se sintió culpable. Lo valiente hubiera sido decirle a Paul que estaba harta y que el viaje se había terminado. Explicarle que las conversaciones en bucle llenas de gritos y de reproches no eran lo que ella esperaba. ¿Por qué discutían? Ni siquiera era capaz de recordar exactamente lo que motivaba esas absurdas y exaltadas peleas donde se contradecían, se provocaban y terminaban aborreciéndose. Valeria intuía que en aquellos momentos el aborrecimiento era mutuo. Una luna de miel llena de rabia, distorsionada por el descontento general y el calor. Incluso las señales de tráfico daban pie a una incongruente escalada de improperios. Paul era buen conductor, pero parecía que en las carreteras españolas sentía el doble de motivación para pisar el acelerador. Valeria, que odiaba la sensación de estrechez de aquellas carreteras y sobre todo detestaba los camiones avasalladores, se ponía nerviosa:

—Paul, no corras tanto.

—Mira, Valeria, sé muy bien lo que hago.

—Simplemente, me gustaría que fueras un poco más despacio.

Entonces Paul se ponía iracundo, como si en los comentarios de una Valeria asustada por las curvas y la velocidad habitara un orden represor que le impedía conducir a su aire. La situación se agravaba porque ella era

incapaz de conducir con marchas. Acostumbrada a los coches automáticos, las carreteras anchísimas y la conducción tranquila, aquí no podía turnarse con su marido y aliviarle un poco el trayecto. A Paul le dolía el cuello y le aburría estar al volante en tensión tantas horas, aguantando la agresividad de los otros conductores, aderezada por los comentarios de Valeria sobre su manera de conducir. El viaje había dejado de ser ilusionante y cuando llegaban a los hoteles Paul estaba demasiado cansado y no quería hacer nada. Valeria, frustrada, se iba a dar una vuelta sola, sin entender el perpetuo mal humor de su compañero. Tal vez eso era la simple convivencia que va construyendo la vida en pareja. Tener que aguantar las malas caras y los gruñidos. Pero se suponía que estaban de luna de miel, era estúpido vivirla en esos términos. Por eso Valeria se había largado en aquel autocar y ya llevaba quince kilómetros más de pensamientos que ahora sumaban ochenta y cinco kilómetros de distancia real con su recién estrenado marido.

¿Por qué se había casado con él? ¿Entendía realmente lo que significaba estar casada con alguien? Su boda había sorprendido a muchos, Paul y ella se comprometieron y celebraron su enlace a toda velocidad. Es verdad, a ella de pronto le entraron las prisas y las ganas de dar un giro radical a su vida. Cambiar de vida y que Paul la siguiera en esa transformación. Cerrar un capítulo y comenzar de nuevo en otro lugar. Reinventarse para aprender nuevas rutinas y descubrirse de otra forma. Valeria, con su matrimonio, había querido planear su recién estrenada vida al milímetro, sin darse cuenta de que la vida hay que experimentarla más allá de tu propio pensamiento. Estar casada significaba compartir la existencia cotidiana con otra persona y aceptar que no podemos controlar a los demás. Los adultos no son como los niños de las clases de educación infantil, que suelen tener curiosidad, prestan atención, disfrutan con cada actividad y casi siempre obedecen. Los adultos se olvidan de que fueron niños, se olvidan de la capacidad de inventar y ser felices. Valeria intentaba ayudar a sus pequeños a sentirse a gusto y protegidos en las clases. A veces no era consciente de que su personalidad de maestra organizadora, pedagógica, demasiado repetitiva y algo repipi afluía en todas partes. Las clases de Valeria funcionaban muy bien y era capaz de trabajar e integrar a niños problemáticos, pero con los adultos su vida se complicaba. El choque de temperamentos con Paul era la muestra.

Diferentes teorías del amor bullían en la cabeza de Valeria mientras el autocar se iba alejando cada vez más del área de servicio donde había dejado a Paul. Ahora le tocaba decidir cómo resolver esa escapada. Ya no estaba furiosa, ni siquiera sentía pena de sí misma. En circunstancias normales se

hubiera ido a dar una vuelta, a desahogarse con sus pensamientos dando un largo paseo. Pero hoy se había montado en un autocar rumbo a lo desconocido, en un país en el que apenas hablaba el idioma. Aunque en circunstancias normales, probablemente Paul no hubiera sido tan desagradable. El viaje había sacado el lado más oscuro de su compañero, y ella misma se sorprendía de haber consentido durante tantos días esa dinámica de tensiones absurdas.

El vehículo paró. Los pasajeros se levantaron y comenzaron a recoger sus cosas de los pequeños compartimentos superiores. Valeria se incorporó y siguió a las mujeres que descendían en silencio. Estaban en un aparcamiento gigantesco donde había un revuelo de coches y furgonetas con mucha gente que parecía árabe. A su derecha había un puerto de mar con dos barcos de pasajeros preparados para zarpar. Valeria ya no sentía el impulso de subir a uno de esos barcos. Simplemente quería volver a su casa. Adelantar el regreso de esta luna de miel de dos semanas y olvidar todo lo que había pasado. Se puso a caminar hacia el puesto de vigilancia portuaria. Los policías españoles estaban en una caseta de madera y chapa con letreros en español y en árabe. «Ojalá alguno entienda inglés y pueda ayudarme», pensó Valeria. Estaba sedienta y cansada. Quizá Paul ya había dado parte de su desaparición y pudieran localizarlo. ¿Sobreviviría su amor a esta huida? ¿Estaba realmente enamorada? Otra vez se le inundaba la cabeza de preguntas metafísicas sobre el amor. Valeria pensaba en espiral y sentía el sol sobre los hombros y la cabeza. Un sol denso de ola de calor a destiempo. Un sol que le robaba la energía, que la agotaba. Quería volver a casa, pero todavía no tenía una casa. Paul y ella lo habían metido todo en cajas. Sus muebles y sus cosas estaban en un almacén a la espera de concretar esa mudanza, planeada para después de la luna de miel. La ilusión de la gran ciudad a la que en breve se trasladarían, la ilusión del amor que estaba comenzando eran un espejismo en aquella explanada de coches, furgonetas y autocares. Valeria no supo si desvanecerse y perder la memoria o aceptar con naturalidad que no soportaba a su marido.

Queda el vacío

Lo más difícil fue hacerse a la idea del espacio que dejaba la ausencia de su hija. Acostumbrarse a sentirlo todo en un nuevo tiempo amargo y vacío. Asumir su desaparición como otra realidad que definiría su vida desde ahora. No había sido un absurdo tornado ni un desdichado accidente. No había un rastro concreto que la relatase, que describiera la tragedia de esa desaparición súbita. Tal vez esa desazón, esa impotencia, el no saber, era la parte más desoladora de esa desgracia. La señora Dolan resoplaba su dolor con suspiros silenciosos mientras pasaba la bayeta sobre las mesas pringosas de sirope y mantequilla.

Esperando a su hijo frente a una taza de té con limón, a la vieja Maggie Curtis se le partía el alma al contemplar la entereza de la señora Dolan. Quería ofrecerle palabras de consuelo, un guiño de esperanza que pudiera devolverle a la mujer la cálida alegría de su entrañable temperamento. ¿Cómo insuflar consuelo y esperanza en un vacío tan inquietante? Maggie Curtis se sentía incapaz y odiaba la amabilidad fervorosa y cínica de las otras vecinas, que se acercaban al restaurante para abrazar y recordarle a la señora Dolan que Dios estaba pendiente de todo, que su amor infinito daría sentido a todo ese sufrimiento. La señora Dolan bajaba la cabeza y escuchaba silenciosa la retórica de aquellos disparates que celebraban el amor incondicional de Jesucristo y la voluntad divina como las pistas milagrosas que resolverían el doloroso misterio. Lilian, la hija de la señora Dolan, había desaparecido hacía poco más de un mes. Una desaparición alarmante de la que la policía no había sido capaz de extraer la más mínima pista. Todo eran conjeturas que no auguraban un final feliz. Una mujer de treinta años con dos niños pequeños, de cinco y siete años, no desaparece por voluntad propia. Para llegar a esa conclusión no necesitas ningún título especial de investigador. Tal vez por eso los dos policías que llevaban el asunto se sentían profundamente frustrados.

No estaban frente a un caso de violencia de género, el esposo se encontraba fuera de toda sospecha, la desaparición había coincidido con su turno de maniobras en una de esas guerras absurdas al otro lado del mundo.

Uno piensa que en la seguridad del hogar no puede pasarnos nada, pero la desaparición de la hija de la señora Dolan era una clara muestra de lo contrario. Su rastro se perdió un viernes recién comenzado el mes de mayo. Dejó a los niños en la escuela y volvió a casa. Su coche todavía estaba dentro del garaje. El desayuno se quedó sin recoger y algunas bolsas de la compra con rollos de papel de cocina, jabón y detergente seguían junto a la lavadora. ¿Qué pasó aquel día? ¿Dónde estaba Lilian? ¿Por qué desapareció? Nadie había sabido responder a esas preguntas que todos se repetían en silencio mientras miraban con lástima a la señora Dolan. Se la veía entera, coordinando con diligencia la rutina del restaurante familiar. A su yerno, el introvertido esposo de Lilian, le concedieron tres meses de permiso. Marcus había dejado la guerra del desierto para sumergirse en una paternidad responsable y forzada que lo volvía más hermético. Su esposa se había evaporado y con ella la armonía familiar que tanto le agradaba cada vez que regresaba de sus operaciones bélicas. Ahora estaba desorientado y no entendía bien la lógica de la investigación del caso, que parecía no hallar indicio alguno. El mes se alargaba hacia otro nuevo mes, y con los días del calendario llegaba la lengua viscosa del calor húmedo con sus tormentas de verano. Marcus trataba de imitar los hábitos de su mujer. Llevaba a los niños al colegio, preparaba tortitas con arándanos los domingos por la mañana, ayudaba a James, el mayor, con las tareas de clase y dejaba que Adam se entretuviese con las piezas de madera y los cochecitos que les había comprado en uno de sus permisos anteriores. Al pequeño Adam también le gustaba colorear las hojas de cartulina que le daba la señorita Valeria en las clases de arte de preescolar. Siluetas de flores, animales, peces, estrellas y planetas. La maestra le preparaba carpetas con dibujos que sabía que le gustaban para que estuviera ocupado en casa llenando de colores el interior vacío de las ilustraciones.

La señora Dolan se acercaba todas las tardes a ver a sus nietos. Los acompañaba durante la cena, queriendo llenar el hueco doloroso de la ausencia de su hija. Adam siempre preguntaba por su mamá, y su abuela, haciendo de tripas corazón, respondía con un tono animoso: «La están buscando. Venga, come, pronto sabremos dónde está».

Al pequeño la comida de la boca se le hacía bola y no se conformaba con esa respuesta. Preguntaba por Lilian machaconamente hasta quedar agotado

tras una pataleta de llanto y mocos. A los cinco años, los niños ya pueden intuir las desgracias. Su hermano James, que había heredado el carácter introvertido del padre, permanecía en silencio y observaba sin inmutarse sus rabietas. Los semblantes del padre y del hijo mayor eran casi idénticos. A la señora Dolan le impresionaba el gesto retraído de los dos rostros. Sobre todo en el niño que, al igual que el padre, parecía querer conjurar la ausencia de Lilian con un mutismo helador. La composición de aquella mesa resultaba extraña; en un lado, la señora Dolan conversando con un Adam preguntón y revoltoso, y en el otro, James y Marcus masticando en silencio, tragándose en pequeños bocados la amargura de la desaparición sin rastro.

Muchos días la señora Dolan rompía a llorar dentro del coche cuando lo arrancaba para volver a su casa. Había acostado a los niños arropándolos con dulzura, había recogido la cena y le había deseado las buenas noches a Marcus con su mejor sonrisa. Él le había respondido con un gesto afirmativo y un murmullo ininteligible desde el sofá mientras cambiaba constantemente los canales de la televisión con el mando. Todos los días se dibujaban idénticos. El restaurante durante el día y la cena por la noche con sus nietos. Vigilando para que el ritmo de la vida no se alterase demasiado y así la desaparición de Lilian no resultara tan angustiosa. «¿Tal vez tiene un amante y se ha fugado?», la señora Dolan trataba de imaginar ese pensamiento. Qué extrañas son las conjeturas de la esperanza. Se pasaba las horas pensando un universo de posibilidades, explicaciones verosímiles que justificaran la larga ausencia de su hija.

Maggie Curtis observaba con tristeza a la señora Dolan cada vez que comía en su restaurante. La sentía envejecer a un ritmo imprevisto. Daba la sensación de que cada semana equivalía a un par de años. La señora Dolan ya no se preocupaba por retocarse las raíces del pelo con ese color dorado que le dulcificaba el rostro. Cabizbaja, limpiaba las mesas y tomaba los pedidos de forma meticulosa, como si al concentrarse en ser la mejor camarera pudiera alejar ese mal presentimiento, ese desasosiego que solo las madres que han perdido a un hijo pueden entender. Maggie Curtis lo comprendía mejor que nadie, pese a su discreción, ya que no era su estilo parlotear en grupo esencias de pesadumbre ni comparar lo incomparable. Maggie Curtis albergaba la amargura de una antigua desgracia, donde el episodio de Lilian parecía haber despertado sus propios fantasmas. Es la empatía con el sufrimiento ajeno lo que más estimula las heridas y saca de dentro un abanico de angustias reales o

imaginarias. Incluso para las beatas que trataban de consolar a la señora Dolan y se refugiaban en los argumentos de la protección divina, el amago de verse reflejadas en el padecimiento de su vecina las inquietaba profundamente. Sentían que ya no podían fiarse del remanso de paz de sus jardincitos de césped recién cortado, ni dejar abierta, con solo la mosquitera puesta, la puerta de la cocina para que se crease corriente con los ventiladores y ayudase a neutralizar el sopor del verano por las noches.

Maggie Curtis da pequeños sorbos a su taza de té y suspira. Anuda en su garganta el rastro de su propia pena. En ella persiste el poso de una lejana fatalidad de la que nunca pudo recuperarse. Piensa en Natalia, en la risa de su hija. Piensa en lo joven que era ella cuando la tuvo con diecinueve años, y en lo feliz que se sintió al ser madre primeriza paseando a ese bebé sonriente en su carrito para que todos vieran lo hermoso que era. El rostro de Natalia irradiaba la luz cálida de la vida nueva. Su hijita, agarrándose a las patas de las sillas y correteando entre los muebles. Maggie hace un esfuerzo por alargar el recuerdo de sus carcajadas sin que le duela. Le besa la tripa y la niña se ríe con fuerza mientras con sus puñitos le agarra algunos mechones del pelo largo y abundante que tenía en aquella época. Han pasado tantos años, pero el vacío sigue siendo inmenso. ¡Qué poco dura la luminosidad de los buenos recuerdos! Al menos ella pudo enterrarla. Velar el dolor de una muerte inexplicable. Nadie te prepara para la muerte de una niña de dos años y medio. El horror de un amanecer detenido en el tiempo. Un infinito de lágrimas en una punzada eterna. Natalia en su cunita con los ojos cerrados no despertó nunca. Nadie supo explicarle a Maggie Curtis cómo es posible que los niños se mueran de un día para otro sin que ninguna enfermedad los acose. Nadie sabe cómo esclarecer la muerte incomprensible de los seres diminutos. En el hospital, las enfermeras la miraban con pena, la niña llegó muerta, en brazos de una Maggie histérica que quería encontrar respuestas. También a ella vinieron a consolarla las beatas con la resurrección y los ángeles. Natalia ahora era un ángel en el cielo, pero a Maggie eso no la reconfortaba, le pesaba demasiado la amargura de sus mofletitos fríos y sus puños cerrados. De su adiós imprevisto, de esa rabia con sabor a cristales en el paladar. Ahora tendría cuarenta y cinco años, quince más que Lilian. Todavía se acuerda de cuando Lilian era pequeña y la señora Dolan le daba de comer papillas en el restaurante mientras conversaba con los clientes. Su risa de bebé se parecía tanto a la de su Natalia, que para no ponerse a llorar trataba de evitarla con los ojos, ya que con los oídos no podía. La miraba de refilón y suspiraba muy bajito. Habían pasado por aquel entonces poco más de quince años, pero dolía

casi igual que el primer día. ¡Cómo se parecían aquellas dos niñas de mofletes rojizos y sonrisa contagiosa! Con los años se fue acostumbrando a mirarla. A imaginar a su hija creciendo en aquella niña. Así sería su Natalia con doce años, así a los veintidós. Incluso cuando nacieron los hijos de Lilian se animó a pasar por la casa con regalos para ellos. Lilian tenía un halo de dulzura en los ojos idéntico al de su Natalia.

—Mamá. —El hijo de Maggie Curtis se sentó frente a ella y le apretó afectuosamente la mano.

—Llegas tarde, cariño —dijo Maggie contrariada.

—Perdona. —Venía resoplando y con el mono del taller todavía puesto—. No imaginas lo que ha ocurrido, pide la cuenta y nos vamos.

—Ya he encargado la comida, ¿me puedes explicar qué ha pasado?

—Mejor te llevo a casa y te lo cuento.

Maggie Curtis lo observó con profunda preocupación. En los ojos de su hijo había un gesto de seriedad nerviosa, en su cara y en sus manos todavía quedaban manchas de grasa de motor.

—¿Qué ha pasado, cariño?

El hijo de Maggie Curtis se inclinó sobre la mesa y le susurró al oído a su madre.

—Encontramos su rastro, sangre, pelo y trozos de uña, debajo de la alfombrilla de un maletero.

—¿De qué estás hablando?

—Me pidieron que revisara a fondo los coches que llegaran al taller y diese parte si veía algo extraño.

Maggie Curtis levantó la mirada, sus ojos se cruzaron con los de la señora Dolan, que traía su almuerzo en una bandeja. Esbozó una sonrisa forzada mientras trataba de digerir las noticias que le había dado su hijo.

—Ya era hora de que llegases, has tenido a tu madre esperando un buen rato —dijo la señora Dolan mientras colocaba la sopa y la ensalada de Maggie Curtis en la mesa—. ¿Qué quieres comer? —le preguntó amable.

Los ojos del hijo de Maggie Curtis empezaron a humedecerse y tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular las ganas de llorar que le entraron. Ya no sentía la adrenalina del descubrimiento, el rastro leve de Lilian y sus uñas azules debajo de aquella alfombrilla llena de hojas secas y tierra.

—Los asesinos suelen vivir más cerca de lo que uno cree, y sobre todo cometen errores —le habían dicho los policías—. Estate atento y dinos si

encuentras algo raro.

—¿Algo raro? —había respondido él con la ingenuidad de los que no pueden imaginar la maldad.

—Sí, un rastro, alguna pista.

—¿Cómo?

—Mira bien los maleteros de los coches que te traigan, y también los asientos de atrás. Revisa debajo de la moqueta. Aunque te pidan que arregles el motor, tú mira todo a fondo, busca pelo y sangre, cualquier cosa.

—¿Creen que la han matado?

—Tal vez, y puede que haya sido alguien de por aquí. Pero no tenemos indicios de nada. Solo nos queda la suerte.

El hijo de Maggie Curtis tragó saliva, miró a la señora Dolan con dulzura y pidió unas tortitas con arándanos y sirope de arce, como cuando de niño apenas intuía lo que era la tristeza. Ahora la sentía como una punzada de pedazos de uña azul celeste.

El hijo de Dios

Greg no lo había hecho, lo acusaron de asesinato y él era inocente. Pero la inocencia hay que demostrarla cuando todas las pruebas apuntan hacia ti. En su coche había aparecido el rastro de Lilian, pedacitos de sus uñas azules debajo de la alfombrilla del maletero, restos de sus cabellos y algo de sangre. La tecnología forense había demostrado que Lilian había estado allí dentro, y ese era el coche de Greg, pero Greg no recordaba cuándo diablos había podido estar allí Lilian y solo era capaz de concluir que alguien había dejado ese rastro a propósito, que le habían abierto el maletero para involucrarlo en la desaparición. La fatalidad de aparcar su coche cerca de la casa de Lilian, cuando iba a escondidas a ver a las chicas del club de alterne, lo había convertido en el perfecto idiota al que endosarle las pruebas de un crimen sin resolver.

Al principio pensó que todo el complot se habría cocinado en el taller mecánico que dio parte a la policía, pero su abogado le hizo desistir de esa obsesiva acusación. Ese argumento no solo no funcionaba, sino que le podía perjudicar frente al juez. Lo mejor era reconocer el crimen, entregar el cuerpo a la familia y negociar una sentencia de por vida donde la pena de muerte quedara fuera de la ecuación.

Greg era inocente, pero de nada le servía saberlo y repetirlo una y mil veces a quienes lo quisieran escuchar. Nadie creía en su inocencia y, además, la investigación policial había destapado los episodios de su vida disipada en el club de señoritas, ese antro donde pasaba muchas tardes viendo a las mujeres bailar medio desnudas, pagando para que lo masturbaran en el cuarto oscuro. Su adicción al sexo lo había llevado a ese infierno. Había un asesino suelto y él estaba pagando por su crimen, aunque todavía no había aparecido el cuerpo.

«Dinos dónde lo has escondido». «Ten compasión de esa familia, al menos devuelve el cuerpo para que puedan enterrarla».

Aquellos interrogatorios por poco lo vuelven loco. Como era inocente, fue incapaz de decirles nada. Solo balbuceaba que él no había sido, que todo eso tenía que ser una pesadilla de la que no lograba despertarse. Él nunca hubiera hecho daño a Lilian ni a ninguna de las mujeres que frecuentaba, no entendía los nuevos parámetros, las nuevas formas que adquirirían las miradas de los demás, asumiendo que era un asesino. La violencia implícita de su perfil de hombre adicto al sexo no implicaba que fuera un criminal, pese a que el fiscal opinara lo contrario y usara ese argumento para demostrar que Greg era un adúltero y un putero. La acusación de asesinato solventada por las contundentes pruebas materiales de los restos biológicos de Lilian en el maletero sumada a su doble vida le costaron una condena y un divorcio exprés. De pronto, su vida se había evaporado y era un recluso, un número en una celda, un historial ominoso, la representación del mal, la esencia de lo abyecto para el resto del mundo.

Algunas noches tenía pesadillas y se veía matándola y enterrándola en el sótano de la casa de sus abuelos. Entraba en casa de Lilian y la golpeaba por detrás y la arrastraba hasta el maletero. Luego conducía hasta el bosque y allí la violaba y la estrangulaba. En aquel sueño horrendo interpretaba la siniestra coreografía que había detallado el fiscal en sus alegatos. Reproducía todo lo que argumentaba la acusación, pero en vez de enterrarla en algún lugar perdido del bosque, conducía durante horas por carreteras secundarias hasta llegar a la casa de sus abuelos. Era una casa de madera blanca junto a un cruce por donde pasaban los trenes de mercancías. La casa grande y vieja de los veranos de cuando era niño, pero que ya no existía. Sin embargo, en su sueño estaba intacta, iluminada por la luz de su infancia, y llegaba a ella con Lilian muerta en el maletero, y se sentaba a cenar con sus abuelos, y luego por la noche, cuando ellos dormían, cavaba una tumba en el sótano; y pese al ruido del pico y la pala, sus abuelos no lo oían y allí enterraba a la pobre Lilian. Cuando lograba allanar la tierra húmeda y grumosa sobre el cuerpo inerte, Greg se despertaba. Entonces se ponía a llorar desconsolado, como un niño pequeño perdido y asustado. Lloraba con un llanto tan denso y doloroso que al amanecer escupía flemas de sangre.

Dicen que cuando el desamparo es muy profundo, el cerebro se inventa a Dios. Greg, que nunca había tenido el menor interés por la religión ni siquiera cuando lo obligaban de crío a ir a la iglesia los domingos, interpretó su patético sufrimiento como una llamada del cielo. Su instinto de supervivencia

le hacía ver señales divinas en la nueva existencia carcelaria. Pidió una Biblia y comenzó a leerla de forma obsesiva. Dios estaba en la imperfección de las cosas, en las injusticias aberrantes, en el peor de los destinos. Dios lo contemplaba en la oscuridad de su celda y sabía perfectamente que era inocente. Dios y él compartían esa verdad, y aunque Dios conocía también la identidad del que había perpetrado el horrible crimen, su martirio en la cárcel era la señal de que algo grandioso lo esperaba en el reino de los cielos. Por eso tenía que aguantar el sufrimiento en aquella prisión apestosa donde ya no era él, sino un pobre infeliz condenado a cadena perpetua. Se había librado de la pena capital porque había tenido la suerte de que el juez fuera de esos a los que les tiembla el pulso cuando firman penas de muerte a los blancos. Simplemente lo había salvado el color de su piel. Ser blanco, tener los ojos azules y haberle dado todos sus ahorros a un prestigioso abogado que nunca creyó en su inocencia pero que pudo ser lo suficientemente persuasivo para que la condena fuera envejecer y morir en la cárcel.

Hablaría con Dios ese medio siglo que le quedaba por vivir, buscaría a Dios en todo lo que lo rodeaba, sentiría a Dios por encima del llanto y la frustración. Creería en Dios, creería en su infinita justicia, en su fuerza divina y redentora. El bueno de Greg, que lo había perdido todo, llevaba en el alma una corona de espinas, y le rogaría a Dios, sabedor de su inocencia, para que un día la justicia divina le devolviera la libertad en el cielo.

Con los años, Greg dejaría de tener esas horribles pesadillas en las que se veía matando a Lilian y enterrándola en el sótano de la casa de sus abuelos. Un Greg envejecido y cansado por décadas de soledad y desprecio dejaría de vivir en el presente de los hombres, olvidaría su vida anterior y se soñaría a la diestra de Dios Padre. Greg, con la densidad del tiempo carcelario, se sentiría el hijo de Dios retornado a la tierra. El inocente Greg estaría en la esencia de aquella inmunda prisión sacrificándose por todos los pecadores, arrastrando para siempre la cruz de una condena injusta.

Para enfrentar la muerte

Cuando Lilian despertó se dio cuenta de que estaba dentro del maletero de un automóvil. Le dolía la cabeza por el fuerte golpe que le habían dado. Estaba aturdida y tuvo ganas de vomitar. Solo recordaba haber llegado a casa y haber colocado la compra encima de la mesa de la cocina. Después sintió un dolor intenso y se desvaneció. Ahora abría los ojos en la oscuridad clausurada de un maletero y notaba la vibración del coche en marcha recorriendo caminos irregulares, como si fueran de tierra. La discontinuidad del terreno se reflejaba en los amortiguadores de las ruedas, que subían y bajaban de forma intermitente.

¿A dónde la estaban llevando? ¿Era esto un sueño? Tal vez había sufrido un desmayo y se había golpeado la cabeza y esa sensación absurda y cerrada de un maletero era el simple delirio del desvanecimiento. ¿Quién querría meterla en aquel maletero oscuro? ¿Por qué secuestrarla a ella? Nada de lo que estaba pasando tenía lógica, solo podía ser una pesadilla angustiosa. Quizá ni se había despertado y estaba dormida enredada en un sueño horrible. Soñar que te despiertas en el maletero de un coche que recorre caminos de tierra tenía que significar desesperación y ansiedad. Que Marcus, su marido, estuviera lejos luchando durante tantos meses en esa guerra del desierto era el motivo de su angustia cotidiana. Siempre pendiente de las noticias, de sus correos y mensajes; el desasosiego la estaba consumiendo. Ahora ese miedo a que le pasara algo se había transformado en una pesadilla en la que ella estaba atrapada en la parte de atrás de un vehículo en marcha.

Lo malo es que parecía real, se sentía despierta y consciente, con un dolor intenso en la cabeza, y podía notar un fuerte hematoma con un chichón en la parte de atrás del cráneo. Alguien la había golpeado con fuerza y se la había llevado. Lilian se puso a respirar por la boca, inhalaba y exhalaba con nerviosismo. Notó su corazón latir a toda máquina, bombeando en sus encías.

Si aquello era una pesadilla, quería despertarse en ese mismo instante, levantar a sus hijos, darles de desayunar y llevarlos al colegio. Es más, quería llamar a su marido para decirle que estaba asustada, que había tenido una pesadilla espantosa y que tenía que volver ya de esa guerra absurda para que ella dejara de tener sueños terribles. Lilian tenía mucho miedo, quería gritar, pedir auxilio, salir de ese ataúd metálico que la golpeaba en cada curva y no dejaba de botar dando giros bruscos.

¿Quién desearía hacerle daño? Si esto de verdad era un secuestro, alguien le deseaba un sufrimiento infinito. Que existiera una persona tan malvada cerca de ella le resultaba totalmente inverosímil. ¿Significaba que la querían matar? El encierro en ese agujero daba paso a la espeluznante idea de que iban a asesinarla. Pensó en su marido, en sus hijos y en su madre. Se acordó de su padre muerto metido en aquel gigantesco ataúd de madera abierto y rodeado de flores. Ella tenía dieciséis años cuando su padre cayó fulminado de su inmensa cosechadora. Era un hombre obeso y todo se lo habían ajustado para que cupiera su enorme cuerpo. La camioneta, la cosechadora, los muebles de la casa, cualquier aspecto de la vida cotidiana se adaptaba a la inmensidad de su cuerpo. Le gustaba fumar puros, comer bollería industrial, zampar hamburguesas sin medida y beber litros de cerveza. Era cordial y dicharachero, una persona genuina y alegre. El pueblo entero sintió su repentina muerte, aunque a nadie le sorprendió porque conocían sus excesos. Era un hombre goloso que no se cuidaba nada, y además se enfadaba si le recordabas que comer y beber de aquella forma no podía traer nada bueno. Parecía que para su padre la vida había sido la esencia misma de la glotonería.

Le dio un ataque al corazón sobre el volante de la cosechadora mientras segaba la cebada y fue dejando surcos irregulares en el sembrado. Intentó pararla e incorporarse y solo logró caerse y ver desde el suelo, en su último gesto agónico, cómo la gigantesca máquina avanzaba sin dueño hasta chocar contra el único árbol que adornaba las lindes de sus sembrados. Pobre papá, qué muerte tan triste, solo se tenía que haber cuidado un poco, haber negociado con su cuerpo los límites de ese deseo glotón que lo había convertido en un mastodonte risueño. Hasta el ataúd había tenido que fabricarse a medida a toda prisa, y lo habían velado sobre el suelo porque el catafalco de la iglesia no hubiera resistido los 230 kilos. La gordura de su padre estuvo siempre adornada de un temperamento afable, pero su encanto no había podido evitar que se le colapsaran las arterias del corazón. De nada sirvieron los ruegos de su mujer para que intentara bajar un poco de peso y dejara de fumar esos puros densos.

Lo enterraron en el cementerio. Pero bajar el ataúd hasta la fosa fue todo un espectáculo. La caja, tres veces más grande que una normal, necesitó de varios operarios y de una grúa hidráulica de las que se usan en la construcción para subir vigas de acero. El entierro había sido una obra de ingeniería. Era el hombre gordo del pueblo, y los de la incineradora que daban servicio a la zona habían respirado aliviados de no tener que hacerse cargo de semejante ser. Porque al final es el cuerpo el que queda, y cuando es ya solo materia inerte, masa inmóvil, comienza un ritual, una coreografía donde tantos kilos rompían con la armonía ordenada de cualquier funeral.

Lo curioso es que a Lilian la gordura de su padre nunca le molestó, se había acostumbrado desde niña a verlo como un gran rinoceronte de piel anaranjada y sudorosa con una lata de cerveza en la mano y un puro en la otra. Le gustaba sentarse en su sofá de tres plazas reforzado a ver los partidos de fútbol americano y animar a su equipo con unos gritos que retumbaban en toda la casa. La madre de Lilian lo quería muchísimo, aunque ya no dormían juntos porque sus ronquidos eran insoportables y la cama adaptada solo tenía espacio para su cuerpo orondo. Era un hombre inmenso, pero seguía trabajando y moviéndose como si la gordura no fuera con él.

Cuando su padre murió, Lilian pensó en aquellas fotos en blanco y negro de la boda en las que todavía pesaba 130 kilos y sus padres se amaban y la tuvieron a ella. Pero en esos dieciséis años desde que ella había nacido, había engordado más de cien kilos, una progresión desmesurada que hizo que su madre sintiera una intensa frustración. El tamaño de su marido, que él defendía como la libertad misma que tenía todo el mundo de hacer con su cuerpo lo que quisiera, significaba un final abrupto y doloroso. Su esposa sabía que aquella forma de comer y beber era un lento suicidio, una irresponsabilidad que la dejaría viuda antes de tiempo.

En su encierro, Lilian pensó que si ella hubiera heredado la gordura de su padre, tal vez el secuestrador no habría tenido fuerza para arrastrarla a ese maletero. Su padre nunca hubiera cabido allí. Ella pesaba cincuenta y seis kilos y estaba indefensa, y se imaginaba a su padre vivo abriendo a golpes la puerta del maletero. Golpeando la chapa del estúpido coche que la estaba llevando a un lugar abominable en el que probablemente le esperaba algo espeluznante.

Ninguno de sus hijos había heredado el sobrepeso del abuelo. Tal vez porque su marido Marcus era alto y fibroso, y porque ella se había encargado de que no entraran en la casa ni carbohidratos ni grasas saturadas. A su padre le hubiera gustado aquel joven soldado al que también le entretenía pasar la

tarde viendo los partidos de fútbol americano. Hasta este momento no se había puesto a pensar en cómo se hubiera llevado con Marcus. Su madre se había enfadado tanto con su padre cuando murió que casi nunca lo mencionaba. Lilian se dio cuenta de que, en sus conversaciones, el padre era una imagen casi invisible. Que solo quedaban las fotos de la boda y una de cuando había sido soldado de la marina antes de casarse. De sus últimos años transformado en el hombre rinoceronte no quedaba ni rastro. Su madre lo había castigado al silencio familiar, por dejarla sola con el restaurante y los sembrados. Por ser un tragón cabezota que se creía inmortal y se negaba a cuidarse. La gordura era una enfermedad y él no había sabido atajarla con voluntad. Porque, al fin y al cabo, como le había dicho a su madre el médico de cabecera, la obesidad de su esposo dependía en gran parte de él y sus ganas de vivir de forma saludable. La madre de Lilian nunca pudo convencer a su esposo para que cambiara de hábitos, y este se fue a morir dejando un rastro de surcos zigzagueantes en el sembrado de la cebada.

Lilian pensó en su propia muerte, en el abismo espantoso que la aguardaba cuando el coche parara. Porque pararía en cualquier momento y ella estaba golpeada y sola, atrapada dentro de sus tripas metálicas. Tanteaba con las manos el espacio de su encierro. La alfombrilla era áspera. Buscó la caja de herramientas que se guarda junto a la rueda de repuesto. Tal vez si lograba encontrar algo punzante podría plantar cara a su secuestrador cuando abriera el maletero. Era menuda, pero tenía el instinto de supervivencia que nos hace indestructibles por algunos minutos. Debía convertir su miedo en energía y fuerza bruta, y luchar con toda su alma. Debajo de la alfombrilla no había nada. Su secuestrador sabía lo que hacía. Lilian arañó el fondo del maletero y se hizo daño en un dedo. Se había roto la uña con el fondo metálico y áspero y se había cortado. Instintivamente se llevó el dedo a la boca.

Pensó en sus manos, siempre las llevaba impecables, se hacía la manicura todas las semanas, era habilidosa y le gustaba el color azul. Un color vivo que llamaba la atención de sus hijos, porque era el mismo azul celeste que tenía el traje de Superman. Azul Superman, solía decir su hijo James mientras la observaba embelesado cuando se las pintaba. Sus dedos eran finos, pero le gustaba alargarlos cuidándose las uñas.

Se había roto una, y sangraba un poco, y quizá ese podría ser el único rastro que quedara de ella. ¿Cómo la iban a encontrar? ¿Qué sería de su pequeño cuerpo inerte? El angustioso viaje se alargaba y en su cabeza comenzó a fraguarse la idea de su propio rastro. Si la mataban y la enterraban

en cualquier sitio, sería muy difícil dar con su cadáver. Le entraron ganas de llorar. Apretó los dientes para ahogar el llanto. Quien la llevaba en el maletero por esos caminos llenos de baches no le iba a perdonar la vida. No necesitaba ser muy lista para darse cuenta de lo que le esperaba. Volvió a su memoria la imagen inmensa de su padre muerto y deseó que existieran las energías paranormales y que su padre regresara al mundo de los vivos transformado en un gigante con poderes sobrenaturales. Siguió palpando por debajo de la alfombrilla, no encontró nada que pudiera ayudarla a defenderse del ser maligno que la había golpeado y metido allí. Pensó en las pistas que podría dejar su cuerpo y comenzó a morderse las uñas, a recortarlas con los dientes, y fue depositándolas en diferentes rincones debajo de la alfombrilla.

Se acordó de un cuento de terror que escuchó de niña sobre el jardín de una casa lleno de flores y plantas en el que vivía una mujer. En ese jardín crecía cualquier cosa y a la mujer que lo cuidaba se le ocurrió plantar una uña rota de su dedo pulgar y de allí salió el doble de aquella mujer convertido en una especie de espectro terrorífico que se presentó en la casa con un hacha. Los cuentos de miedo de Halloween, los disfraces de muertos vivientes, vampiros y otros monstruos. El horror genuino del otoño con las calabazas y las fiestas adolescentes, su adolescencia después de la muerte de su padre, oscurecida por la ausencia de su inmensidad. Pero en ese momento notaba su presencia como un espacio nuevo al que aferrarse. Parecía, en ese abismo de presentimientos funestos que estaba viviendo, que su padre hubiera regresado para acompañarla en este penoso trance.

Para enfrentar la muerte, tenían que estar los muertos a su lado, y la de su padre era la única que podía acompañarla con serenidad. Lo que no le sucedía con la de Marcus, que tanto temía a pesar de no haber ocurrido; su adicción a la guerra era equivalente a la glotonería de su padre. Los desvelos por su marido, el miedo a quedarse viuda como su madre. Tanta angustia que había acumulado pensando en las balas y las bombas explotando en un país lejano, y sin embargo era ella la que estaba condenada a un final terrorífico, alimentado por el sadismo de este secuestro que parecía llevarla al fin del mundo para que nadie la encontrara.

El automóvil se paró. Lilian escuchó cómo alguien bajaba del asiento del conductor y daba un fuerte portazo. Se abrió el maletero y la luz intensa de la primavera la cegó por unos instantes.

—Sal, zorra, que te voy a matar —alcanzó a escuchar: era la voz tensa de una mujer que la increpaba para que saliera del maletero—. No te hagas la estúpida y sal de una vez.

Lilian entornó los ojos incrédula, aquella voz que brotaba de una silueta que la apuntaba con una pistola era la de Gina, su dentista.

Gina se acercó y le tiró del pelo mientras le ponía la pistola en la sien.

—¿Crees que no sé lo que estás haciendo? ¿Te crees que soy idiota? —le dijo con rabia.

Lilian no entendía nada. Solo sentía el tirón del pelo que la forzaba a salir y cómo perdía el equilibrio. En el suelo recibió una fuerte patada. Lilian quería incorporarse, pero la furia de la dentista golpeándola con la culata de la pistola la obligaba a acurrucarse. Estaban en un claro del bosque, en la zona donde apilan los árboles que se cortan cuando limpian la espesura.

Gina dejó de pegarle y Lilian pudo mirarla a los ojos desde el suelo. Notó la humedad y el olor a madera mezclarse con la calidez del sol de la mañana.

—¿Cuánto lleváis juntos? —la interrogó Gina mientras le apuntaba a la cabeza.

—No sé de qué estás hablando —respondió Lilian—. De verdad no sé de qué me hablas, Gina.

—¿No sabes? ¿Te crees que soy imbécil, que no me doy cuenta de que cuando no vuelve está contigo?

—¿De quién me estás hablando, Gina? ¿Qué estás haciendo?

—Te voy a matar, Lilian, llevas un año con mi marido y lo vas a pagar caro, cabrona.

¿Un año con su marido? Lilian no daba crédito a lo que le estaba pasando. Su dentista la estaba amenazando de muerte porque creía que era la amante de su marido. Y Lilian no era la amante de nadie. Sus hijos y la guerra habían sido su vida aquel último año. La guerra en los telediaros, las conversaciones con Marcus en la distancia, la vida triste de una mujer que le teme a la guerra y lamenta que su esposo sea soldado. La guerra, la locura colectiva de los hombres había sido su único pensamiento. Lilian se supo muerta por los celos de su dentista y creyó ver la silueta de su padre convertida en el tronco inmenso de un gigantesco árbol que parecía esperarla pocos metros detrás de Gina.

Se oyeron cinco tiros. Pero Lilian no pudo oírlos, de su corazón brotaba la sangre de una niña que corría a abrazar a su padre.

Premeditación

Lo que había hecho era terrible, pero Gina sentía que tenía la autoridad moral para ejercer una venganza que representaba su propio sentido de la justicia. Durante un año había macerado en su boca la saliva del odio que la hizo juez y verdugo en el ajusticiamiento de Lilian. Porque en su lógica interna, el asesinato había sido una ejecución en toda regla, la simple aplicación de la pena de muerte. Gina no soportó el engaño. Se podría concluir que cometió un siniestro y premeditado crimen pasional, al menos ese hubiera sido el atenuante que habría esgrimido su abogado si ella se hubiera sentado en el banquillo. Pero Gina nunca pasó por el banquillo de los acusados, su plan era infalible y el devenir de los acontecimientos ligados a la desaparición de Lilian se lo demostró.

La rabia y los celos pueden desembocar en locura. La enajenación de alguien que se siente traicionado es peligrosísima, y Gina se sentía humillada por su esposo. Greg, el amor de su vida, el hombre por el que había dejado un mundo de posibilidades en la gran ciudad, la engañaba con la insulsa y pueblerina de Lilian.

El pensamiento obsesivo alrededor de esa relación adúltera la había transformado en un nudo de ira y desesperación. Porque Gina se había consumido en ese pensamiento circular del que solo consiguió salir cuando decidió matar a Lilian. Primero pensó en matarlos a los dos; luego, en idear un plan que demostrara el adulterio, porque Lilian también estaba casada. Pero luego decidió que su venganza debía tener matices más elaborados y menos impulsivos. La sentencia de muerte solo se aplicaría sobre Lilian, y a Greg le tocaría padecer la desaparición de su amante. Gina conocía bien el *modus operandi* de Greg, que aprovechaba que el esposo de Lilian estaba de servicio al otro lado del mundo para estar con ella. Ver el coche de Greg aparcado en el arcén de la calle de Lilian era una señal clara de los

encuentros. Una o dos veces por semana, Greg avisaba de que llegaría tarde, inventaba excusas varias: reunión de colegas, una copa con amigos o algún informe atrasado que requería horas extras. Gina entonces esperaba un rato y se daba una vuelta por las calles del pueblo hasta llegar al barrio de Lilian, donde veía el coche de Greg aparcado en la acera. Siempre en el mismo lado del arcén, junto al tramo final del jardín delantero de la casa. Era una zona de casas aisladas, por lo que solo podía estar en la de Lilian, de eso estaba segura.

El fatídico descubrimiento tuvo lugar un día en que los vio juntos en el supermercado: la coincidencia le pareció extraña, y en vez de saludarlos se dedicó a espiarlos mientras conversaban. Gina había dejado la consulta unos minutos para comprar unas compresas, se le había adelantado la regla y no le quedaban ni tampones ni salvaslips ni nada con lo que contener las repentinas cataratas del Niágara. Se fabricó una especie de compresa con gasas y salió a comprar un surtido de productos de higiene femenina en el supermercado que quedaba a unos doscientos metros de la consulta. Estaba incómoda y disgustada, todavía le esperaban varios clientes y le dolían los ovarios. Entró en el supermercado apresuradamente, y cuando estaba cogiendo el paquete de compresas maxi con alas escuchó la voz dicharachera de Greg piropeando a Lilian:

—Tú siempre estás guapa.

—Será que me miras con buenos ojos —respondió ella halagada.

Greg miraba con dulzura a Lilian mientras esta cogía los yogures y los metía en el carro. Él llevaba un paquete de cervezas en la mano.

—¿Tienes tiempo esta semana? —preguntó Greg mirándola fijamente a los ojos.

—Deja que vea si mi madre se puede quedar con los niños —le dijo Lilian sonriente.

—Avisa en cuanto lo sepas —respondió Greg comiéndosela con los ojos.

El hijo pequeño de Lilian jugaba dentro del carro con un cochecito verde y el mayor toqueteaba los paquetes de queso que estaban expuestos junto a los yogures.

Gina se quedó estupefacta unos segundos contemplando la escena. Cogió el paquete de compresas y se fue a pagar a la caja. No quería seguir allí, necesitaba aire fresco para digerir lo que había pasado. La conversación trivial de su marido y Lilian estaba llena de matices ocultos que ella reconoció como claras señales de alarma. Aquella tarde buscó la dirección de Lilian en su fichero y comenzó a espiarla.

Gina se había ido del supermercado con una idea errónea y absurda. No escuchó que Greg, después, le preguntaba a Lilian por su esposo Marcus, porque ambos habían sido compañeros en la escuela secundaria. Además, Greg quería ampliar la póliza del seguro de hogar de Lilian y Marcus porque habían reformado la parte de atrás junto al garaje para darle amplitud a la casa. Asegurar la zona que ahora funcionaba como cuarto de invitados era una buena idea. Greg trabajaba en una pequeña compañía de seguros y muchos de sus clientes eran sus viejos amigos de los años de la escuela. También eran pacientes de Gina. Lilian y su familia visitaban su consulta con cierta frecuencia. Cada vez que Marcus estaba de permiso se pasaba a verla, porque el estrés de la guerra y mascar tabaco sin descanso le dejaba las encías destrozadas.

Si Gina se hubiera quedado a escuchar, habría comprendido que Lilian quería ir un día a la oficina de Greg, sin los niños, para hablar de la nueva póliza de vida que les había ofrecido. Sus hijos eran pequeños y Lilian sufría con la idea de que a Marcus le sucediera algo: en el ejército tenía un buen seguro de accidente y minusvalía y ciertas compensaciones en caso de fallecimiento en acto de servicio, pero Greg le había sugerido que tal vez fuera conveniente que ella se hiciera un seguro de vida. Para revisar esos detalles se necesitaba tiempo y era mejor que los niños no estuvieran.

Así, una conversación trivial y fragmentaria degeneró en el pensamiento obsesivo de Gina. Porque no estaba pensando de forma racional. La escena de su marido y Lilian charlando en la sección de lácteos del supermercado tenía los matices de lo que para ella era la peor traición.

En los días que sabía que su marido volvería tarde, Gina conducía por delante de la casa de Lilian para cerciorarse de que el coche de Greg estaba allí. Y el automóvil siempre estaba en ese tramo final del jardín. No fallaba. Y cada vez que lo veía iba acumulando más rabia y odio.

¿Por qué no se enfrentó a Greg? ¿Por qué decidió planear el asesinato de Lilian? Ni ella podría habérselo explicado al juez, pero nunca tuvo que hacerlo. Simplemente se la llevó en el coche y la asesinó a sangre fría. La enterró junto a un gran árbol. El día anterior se había encargado de cavar una pequeña fosa que tapó con unas ramas. Con uno de los revólveres de Greg, le pegó cinco tiros y se quedó tan tranquila. Lilian era menuda, no le resultó difícil meterla en el maletero y una vez muerta tirarla al hoyo.

Le pareció que matar a Lilian era como sacar una muela del juicio podrida y vieja. Ese día usó el automóvil de Greg, le pidió que se lo prestara porque el suyo había amanecido con una rueda pinchada y no tenía tiempo de

cambiarla. Dejó a su marido en la oficina y luego fue a por Lilian. Entró en la casa y esperó a que llegara. Controlaba perfectamente sus costumbres. Sabía que volvería con algo de compra y que a esa hora nadie pasaba por aquella calle. Dejó el coche donde Greg solía dejarlo y la esperó en la cocina. Si Greg estaba en la casa, la sorpresa sería doble. Pero Lilian entró sin verla y ella la atacó por la espalda y le dio un fuerte golpe con la tabla de cortar los quesos, que la dejó inconsciente. Luego metió su coche en el camino del garaje y la arrastró hasta el maletero. Calculó que la conmoción duraría bastante, y que tal vez Lilian despertaría en el bosque. Tenía planeado decirle cuatro cosas cuando recuperase la consciencia y luego vaciar el cargador de la pistola de Greg. Gina lo hizo todo con precisión de cirujano, sintiendo que, como ella tenía la razón, nadie podría acusarla de nada. Llevaba guantes y gorro. En menos de treinta minutos, disparó sin compasión y la enterró, envuelta en una bolsa de plástico negra de cincuenta litros. Ese claro del bosque estaba a una hora del pueblo y hacía por lo menos un año que no cortaban madera por la zona. Había troncos viejos amontonados, pero el sitio ya no tenía interés para nadie y estaba abandonado.

Cuando volvió a casa, Gina se sintió aliviada. Dejó la pistola en la caja fuerte, se dio una ducha y se fue a la consulta. Esa tarde cambió con Greg la rueda de repuesto de su automóvil, cenaron juntos e hicieron el amor y se quedó profundamente dormida. La obsesión había sido tan intensa que llevaba tiempo sin pegar ojo.

Esa misma noche, la policía comenzó a buscar a Lilian de forma infructuosa hasta que días después, cuando Greg dejó aparcado su automóvil en la acera que daba a la parte final del jardín de Lilian, los policías lo interrogaron. Él les explicó que no sabía nada de la desaparición y que dejaba el coche en aquel lugar porque era un sitio discreto. Curiosamente, detrás del jardín había un camino que bordeaba una colina y llevaba a la parte trasera del club de alterne. Greg era aficionado a un local de bailarinas exóticas que estaba relativamente cerca de la casa de Lilian, y prefería dar un paseo por la colina y el caminito, y llegar andando a aquel lugar, que dejar su coche aparcado en la puerta. No quería que la gente del pueblo supiera que frecuentaba a las chicas, que le gustaba ir al menos una vez por semana a meter billetes en sus tangas y que muchas veces pagaba por sexo.

Quizá si Gina hubiese descubierto la verdad, al que habría matado de cinco tiros hubiera sido a Greg. Pero su mente no daba para imaginar que su marido la engañaba sistemáticamente con las bailarinas exóticas del club de alterne. Greg no tenía un romance secreto con una mujer casada madre de dos

hijos. Lilian nunca se fijó en el coche de Greg aparcado en la acera que daba al final de su jardín. Desde las ventanas de su casa no se podía ver, y solo cuando ella desapareció, y la policía comenzó a hacer rondas por esa zona, los vecinos se percataron del coche aparcado.

Entonces Greg confesó discretamente sus hábitos, y entrevistaron a las chicas y ellas confirmaron que era uno de los clientes que las frecuentaba y aplaudía sus contorsiones y estriptis. Quedó fuera de la lista de sospechosos hasta que un día en el taller, al cambiar el aceite del coche, encontraron en el maletero trozos de las uñas azules de Lilian y leves rastros de su sangre. La policía no se había dado por vencida y había pedido a los talleres mecánicos de la zona que todos los coches que pasaran por ellos fueran inspeccionados con meticulosidad por si aparecían posibles pruebas. La casualidad hizo que las encontraran cuando Greg dejó el coche unas horas en el taller. A Gina ni se le pasó por la cabeza pensar que Lilian había dejado un leve rastro de pedacitos de uñas azules debajo de la alfombrilla del maletero.

Cuando fueron a detener a Greg a su oficina y se lo llevaron preso, estaba perplejo y convencido de que se trataba de una equivocación. Al explicarle su abogado los cargos y las circunstancias, Greg pensó que el asesino había sido el mecánico del taller, que lo había involucrado colocando los restos de Lilian en el maletero de su automóvil.

Nadie lo creyó y lo presionaron para que contara la verdad, pero Greg no pudo decirles ni cómo la había matado ni dónde estaba el cuerpo. El juez interpretó su constante negación de los hechos como un síntoma que demostraba su falta de arrepentimiento. Creyeron que era un sádico sin escrúpulos y que no tenía ni la compasión ni la decencia de devolver el cuerpo de Lilian a sus familiares. Ahora Greg cumple una condena de cadena perpetua y casi no duerme por las noches.

Su mujer, extremadamente satisfecha con los resultados de su plan y las consecuencias de su crimen, le pidió el divorcio y se quedó con todo. Gina se cree perfecta y sigue pasando consulta y arreglando caries con la misma meticulosidad enfermiza con la que mató a Lilian.

El cazador de eclipses

Cada huella en la nieve marcaba el ritual de los caminos improvisados. Tom reconocía sus pisadas hundidas y profundas de unas horas antes y las comparaba con esas otras marcas de pasos diferentes. Alguien ligero acababa de pasar por allí con zapatillas deportivas. ¿Quién se habría adentrado en el bosque con ese tipo de calzado entre tanta nieve? Quizá algún adolescente, solo los jóvenes van con deportivas sin que les importe la nieve o el barro. A Tom le seguía doliendo la muela pese a la cura temporal. La visita al dentista a primera hora de la mañana había agravado su malestar en lugar de aliviarlo. Ahora se notaba pupas en algunas partes de la boca, y además el ganglio del lado izquierdo de la garganta estaba cada vez más inflamado. No era solo la encía, lo notaba en la garganta con un dolor que le latía en la mano cuando se tocaba el cuello. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué había asentido con la cabeza cuando Gina le había hecho la cura y lo había mandado de vuelta a casa con unos simples antibióticos? Tom se encontraba tan mal que le costaba caminar.

Había comenzado la primavera en el calendario, pero el invierno se resistía a abandonarlos y alargaba su aliento con nevadas abundantes, húmedas y densas. Las últimas nevadas del invierno eran las más traicioneras, dibujaban el paisaje más hermoso, pero la nieve se apelmazaba alrededor de sus botas, como queriéndolo tirar al suelo en cada pisada.

Tenía todavía la sensación del agujero en el diente. Su lengua jugueteaba inconsciente con la superficie áspera de las muelas. Suspiró con desagrado, se sentía fatigado y el bosque ya no le olía bien. Ya no podía sentir la blancura de la nieve cuajada en los troncos de los árboles dormidos. Trataba de salivar y buscaba pensamientos que lo reconfortaran. Pero los dientes eran su punto débil, de niño soñaba frecuentemente que se le caían todos a la vez, y aquellas imágenes todavía lo aterraban. Tenía que haberse quedado en casa, ¿quién le

mandó meterse en el bosque después de la noche que había pasado? Gina lo había recibido a las ocho de la mañana en punto; primero, le dijo, tenía que eliminar la pequeña infección y luego ya se metería de lleno en la muela. ¿Una cura temporal? ¡Qué manía con querer salvar la muela! Debería haberle pedido que se la quitara allí mismo. Pero entonces no le dolía tanto como ahora. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Siete horas? Tal vez lo que le había agravado el dolor era este frío denso del atardecer. Justamente hoy que esperaba un eclipse de luna y pensaba adornarlo con plumas de pavo.

No tendría que haber estado de caza todo el día. Se comportaba como un adolescente quejoso, resoplando contrariado por el cúmulo de sensaciones que iba arrastrando a lo largo de la jornada. Además, no había sido capaz de cazar nada, qué día tan absurdo.

De pronto oyó un ruido que lo hizo esconderse instintivamente. ¿Por fin el pavo salvaje que llevaba buscando el día entero? No, era el jovenzuelo de las zapatillas que volvía sobre sus pasos. Samuel River, nada menos. ¿Qué estaría haciendo ese sinvergüenza por aquí? Lo observó en silencio, Tom lo conocía bien por su afición a los petardos y a las peleas. No era cazador, era uno de los que trabajaban en el almacén del supermercado. Ordenaba las estanterías, etiquetaba los productos, pesaba el pescado, preparaba los paquetes de fruta. A veces hacía de cajero improvisado cuando las chicas tenían que ir al baño. Era descuidado y bastante provocador. Incluso en el supermercado podía regalarte una de sus miradas torvas con un extraño halo de desprecio. Eso a Tom lo sacaba de quicio. ¿Por qué era tan poco atento ese muchacho? Si el otro supermercado no hubiese estado tan lejos, sin duda se habría cambiado para evitar encontrarse con esa mirada tan poco amigable.

Quizá estaba siendo demasiado sensible y leía entre líneas señales equívocas. Obviamente, pues ni se imaginaba que cuatro años atrás el chico había sido testigo de su romance con la joven Valeria. El cruce de miradas escondía un significado que Tom jamás podría descifrar. Y parte del rechazo que el hombre sentía hacia el muchacho se basaba en cómo lo había visto actuar fuera de la escenografía de luz amarillenta e hilo musical de aquella tienda. Cada Cuatro de Julio regaba el aparcamiento al aire libre del supermercado con la pólvora de cientos de petardos y se dedicaba a asustar a las chicas y a los niños. En su risa había un inconformismo destructivo que a Tom le traía muy malos recuerdos.

Seguramente era eso, en Samuel estaban los fantasmas de su propia juventud y de aquellos sentimientos que le hicieron la vida imposible. Nunca debió haberse alistado en el ejército. La culpa la tuvo la guerra del

Peloponeso. Sonrió con una especie de amargura nostálgica, y notó que ya le dolía menos la boca. Se sentía como un niño que se había escondido para que nadie lo descubriera. Aunque se le estaba humedeciendo la espalda levemente, se encontraba cómodo acurrucado en un montículo de nieve detrás de unos arbustos pelados. Adormecido por el cansancio, se dejaba llevar por un cúmulo de sensaciones agridulces, mientras veía a Samuel alejarse por el valle, caminar ensimismado sin haberse percatado de su presencia. Solo Tom sabía reconocer el rastro de las cosas, solo él se paraba a observar las huellas del bosque y les ponía rostros o siluetas. Por aquí pasó un ciervo, también pasaron varios zorros, alguien caminaba pensando demasiado, alguien tenía mucha prisa, tiene que haber una madriguera cerca, ya nacieron las crías de los conejos. Tom no había cambiado, todavía jugaba a imaginar el mundo de los seres que dejaban sus marcas en la nieve o el barro; los cazadores saben leer el alfabeto de las huellas, las cicatrices de los árboles, la textura del viento.

«Si espero un poco saldrá la luna», pensó con ilusión mientras miraba la luz del atardecer filtrándose entre las ramas de unos árboles que parecían anunciar el espejismo de la primavera con diminutos brotes. Podía quedarse allí unas horas más y contemplar el eclipse desde el bosque. Estaba tan cansado y tan cómodo recostado en aquella postura que no le pareció una mala idea. Su plan inicial había sido cazar un pavo salvaje y cocinarlo toda la tarde para poder disfrutar de un poco de caldo mientras observaba desde el porche el fenómeno del cielo. Quería haber cazado el primer pavo de la temporada, pero no había tenido suerte, ninguno salió a su encuentro. Había deambulado durante horas por el bosque para solamente hallar pequeños rastros ambiguos que no lo llevaron a ninguna parte. Ahora solo le quedaba permanecer allí y presenciar el eclipse de luna. Cazar su silueta con el aliento de sus ojos cansados y disfrutar de los buenos recuerdos.

A Tom le fascinaban los eclipses. De niño coleccionaba anécdotas y datos históricos sobre el fenómeno. Los anotaba en un cuaderno gris de tapas duras y hojas cuadriculadas que le había regalado su abuelo. Buceaba en los libros buscando referencias que aludieran a ellos y jugaba a inventarse mitos particulares donde él también era el protagonista. Había visto al dios Ra atravesar el río Nilo con su barca solar dominando con su energía el mundo, mandándole señales y guiños con el sol. Había vivido en la China de la dinastía Shang para ver cómo tres llamaradas se habían tragado el Sol dejando un rastro de estrellas. Conocía al dedillo los debates sobre la crucifixión de Cristo y los posibles eclipses que la rodeaban. El eclipse de Ugarit en

Mesopotamia marcaba los comienzos de su colección. En ella se iban añadiendo apuntes meticulosos sobre lo que significaba la dinámica del ciclo de Saros, que repetía eclipses en el tiempo. Todos los datos, incluso los más científicos, le servían de excusa para jugar a inventar situaciones. La teoría general de la relatividad de Einstein se había confirmado con dos eclipses. ¿Cómo se habría sentido él contemplando aquellos eclipses y midiendo la intuición de Einstein para reescribir los secretos del universo? Apenas entendía muchas de aquellas fórmulas con fotos que copiaba de los libros, pero se creía científico, o a veces astrónomo, o sacerdote en un templo de sacrificios. Pero, sobre todo, le gustaba imaginarse como un guerrero exhausto entre los cuerpos inertes después de una batalla. En esos momentos era un soldado superviviente en la guerra del Peloponeso que arrastraba con amargura ensangrentada los despojos de una dramática victoria. Jugaba durante horas a fingir las luchas cuerpo a cuerpo de aquellos guerreros que se refugiaban en un escudo y combatían con su espada hasta el agotamiento. Sí, sus preferidos eran los dos eclipses anulares que aparecieron durante aquella guerra que duró un montón de años. Un anillo del Sol dibujaba los bordes de esa oscuridad imaginada. ¿Cómo debieron de sentirse aquellos hombres?

Tom sonreía con tristeza. Qué fácil le resultaba ahora evocar esa niñez de batallas soñadas donde el chasquido de las espadas se arrojaba con las sábanas las noches de luna llena. Era sobre todo durante el verano cuando perdía el sueño y muy bajito, para que los adultos no notasen que todavía estaba despierto, imitaba la voz de los guerreros y miraba la luna iluminada convirtiéndola en eclipse de Sol.

Le volvía a molestar la muela, incluso parecía que la infección se le hubiese extendido por el hombro izquierdo hasta el final del brazo. Un bostezo profundo, ahogado en una fuerte tos, le hizo darse cuenta de que se había quedado dormido. Quizá le dolía tanto el costado por la mala postura y el frío. Ya estaba la luna eclipsada, y el bosque parecía sumergido en el silencio de su oscuridad. Tom trató de incorporarse, pero le pesaba demasiado el cuerpo y sintió ganas de vomitar. Qué raro, había tomado un simple caldo de verdura del termo caliente hacía unas horas y sin embargo creía notar el malestar de una fuerte indigestión. Intentó levantarse otra vez, pero le faltaba el aliento y tuvo que resignarse y quedarse en esa postura que ahora le resultaba incomodísima. Le entró una especie de angustia hipocondríaca que comenzó a espesarse con un fuerte dolor en el pecho. ¿No estaría gravemente enfermo? ¿No estaría sufriendo un paro cardíaco? ¿Era esto el final de su vida? Trató de tranquilizarse, pero se dio cuenta de que le costaba respirar.

Volvió a pensar en el instante que estaba viviendo. En cada parte de su cuerpo. No notaba los pies y tenía los brazos entumecidos. No hacía tanto frío como para estar padeciendo de hipotermia. Esto era algo peor, incontrolable, quizá un infarto bajo el eclipse de luna. Estaba sudando, y sintió otra vez las ganas de vomitar y una fuerte acidez. ¿Era así de simple? ¿Era esto el final? Volvía a razonar mientras jadeaba nervioso e intentaba organizar sus pensamientos. El sudor frío se le metía por los huesos, tuvo ganas de llorar y dar un grito infinito que parase esos instantes.

¿Por qué la muerte había venido a buscarlo disfrazada de eclipse? La muerte que durante tantos meses lo persiguió en aquella guerra siniestra donde sus cicatrices dibujaban los padecimientos de unas torturas inolvidables. No, no podían ser aquellos recuerdos sus últimos pensamientos. Trató de calmarse, no será como esa muerte en aquel bosque donde todos quedaron descuartizados por las bombas y solo él sobrevivió durante días bebiendo el agua de los charcos y comiendo las raíces amargas de la maleza. La muerte en aquellos días se vestía con agentes químicos naranja, púrpura, blanco y azul. Era un eclipse de cielo total en una escenografía de adrenalina y gritos. Un arcoíris eclipsando el cielo, una nube densa de colores. Tom sintió la punzada de la muerte en su corazón y abrió los ojos para contemplar el eclipse de luna por última vez y así poder borrar el estruendo de las bombas de racimo que golpeaban su memoria. La sombra de la Tierra ya se había retirado y el astro redondo volvía a iluminar la noche. La blancura de la nieve daba una luz tenue al bosque y Tom se sintió observado. Buscó esa mirada. En efecto, muy cerca de sus ojos vio la silueta de un hermoso pavo salvaje que lo estaba observando con fijeza. Sus miradas se cruzaron durante unos segundos, y en Tom quedó grabado el leve gesto de una sonrisa, fruto de un último pensamiento en el instante perplejo del aliento que expira.

Círculo de la derrota

¿De quién era realmente su vida? Emily se miró las uñas, el esmalte rojo se había empezado a descascarillar por los bordes. Las contemplaba mientras trataba de dar sentido a sus pensamientos, a esas intuiciones brumosas que la llevaban asediando toda la mañana. «Mi vida es mía», se dijo a sí misma. Me pertenece y no voy a permitir que nadie se entrometa. Estaba decidida a defender su anodina vida. Sentía con incomodidad que sus uñas estuvieran estropeadas, tenía que haberse puesto guantes de goma para fregar el baño. Ahora estaba cansada y no le apetecía nada retocarlas. Metió el botecito de esmalte en el bolso, tal vez alguna de las chicas podía ayudarla a arreglar esas uñas de esmalte viejo. Su vida era profundamente aburrida, peor que eso, era una vida desgraciada que Emily escondía con una sonrisa inmensa mientras los hombres se emborrachaban a su alrededor. Quiso ser bailarina y aprendió a bailar con las puntas de los dedos en equilibrio. Durante su infancia su madre la llevaba a esos concursos absurdos de niñas que aspiraban a *misses*. El pelo fijado con laca. La cabellera rubia resplandeciente y moldeada de una forma artificial que la hacía entonces parecer una mujer diminuta y extraña. Las pestañas rizadas y llenas de rímel azul. Brillo rosa en los labios y coloretes de muñeca que daban un aspecto inquietante a los rostros de todas las niñas que como ella se prestaban al juego de ser mujeres hermosas antes de alcanzar la pubertad. Allí estaban su madre y su abuela aplaudiendo mientras ella salía al escenario de puntillas y daba vueltas sobre sí misma tratando de recordar unos pasos que nunca terminaba de aprenderse. Emily fue *miss* niña de pueblo y se alimentó de los aplausos de las señoras y los viejos que asistían como público a esos concursos. Emily dando sus pasos de baile en pequeños escenarios de hoteles que le parecían gigantescos palacios de cuento de hadas. Niñez de maquillaje, de uñas pintadas, pestañas postizas y

pelo cardado. La belleza rubia de Emily decorando postales y alcanzando primeros puestos en concursos estatales.

Qué poco le quedaba de aquella euforia infantil de sonrisa inmensa. Ahora tenía que conformarse con bailes sinuosos mientras se desnudaba para calentar a los borrachos. En su tanga se deslizaban billetes de un dólar, los sujetaba la fina tira. Con suerte, algunos le metían billetes de cinco o de diez. Los hombres que llegaban en grupo gritaban y aplaudían, los solitarios eran más discretos. Todos se emborrachaban; su desnudez era una fiesta de hombres excitados y ridículos. Qué asquerosamente ridículos eran aquellos tipos a los que tenía que entretener con sus meneos. Los borrachos le daban pena y asco, pero los amigos con ganas de fiesta le parecían un ganado vomitivo. Eran los típicos casados que alimentaban su erotismo con copas y sexo. Hombres que se sentían muy hombres y deseaban a las mujeres con gula codiciosa. Emily no se engañaba, llevaba ya una década en este negocio del contoneo y el sexo de pago. Ella era un objeto de deseo, deseo rápido y anticlimático. Los hombres casados buscaban en ella el erotismo que creían olvidado tras décadas de matrimonio. Los cincuentones eran los peores: sus cuerpos comenzaban una clara decadencia, pero se resistían a aceptarlo. Hombres de matrimonios eternos de casi tres décadas que presumían de la santidad de sus esposas mientras trataban de alcanzar el orgasmo. Orgasmos de hombres casados que vivían obsesionados con el sexo, y ella, incapaz de terminar con esa vida, los escuchaba solícita. Les inventaba historias para satisfacer su curiosidad momentánea. A veces les decía que tenía hijos; otras, que había estudiado una carrera y que hacía esto como un extra económico.

No les decía que llevaba doce años enganchada a las drogas y que se inyectaba la heroína entre los cartílagos de los dedos de los pies. No les decía que estaba harta de ellos, de su masculinidad apestosa, de sus risotadas, de la aparente ternura de muchos jugando a hacerse los simpáticos. Egoístas y miserables, así los veía Emily mientras les recordaba que el plazo de una hora estaba a punto de agotarse y que más valdría que se dieran prisa.

A veces sonreía pensando que tal vez les estaba haciendo un gran favor a sus santas esposas, porque esa noche no tendrían a sus babosos compañeros acosándolas, y quizá con la mala conciencia les caería algún regalito. Realmente les estaba haciendo un favor a aquellas santas, aguantar las embestidas de esos mastodontes era un sacrificio que solo compensaba la plenitud de una dosis de heroína. Follar para drogarse, qué ecuación tan tremenda. Prostituirse para ser feliz unos instantes. Qué mala suerte había tenido, la niña con más medallas. La niña más linda del estado a los seis años.

Ahora había perdido el rumbo de su existencia. Sabía que lo había perdido, aunque su vida le perteneciera. «¿De qué me sirve saber que soy dueña de mi vida si me vendo por un chute de heroína?». En sus momentos más lúcidos, Emily sufría y se sentía el ser más miserable de la Tierra. Entonces complementaba su afición a la heroína con ansiolíticos que compraba en el mercado negro. Al menos no fumaba, tenía los pulmones intactos. Además sabía drogarse, por ahora había logrado mantener un aspecto impecable. Había sido niña modelo y bailarina, pero ahora era una puta drogadicta. Un cero a la izquierda. Estaba segura de que los hombres con los que se acostaba, si alguna vez reconocían sus pecados o los pillaban, jurarían a sus esposas que las mujeres como ella eran pura gimnasia. Practicaban el sexo, el erotismo con un redondo cero a la izquierda. Su vagina era un cero a la izquierda, su boca, su ano, toda ella era un cero a la izquierda y mucha gimnasia.

Emily volvió a mirarse las uñas y pensó con nostalgia en su primer amor y en lo diferente que era su vida entonces. Amor que no se clavaba, amor que no dolía, amor que no la trataba como un saco de estiércol. Amor verdadero, del que te mira y sonríe, del que te desea a todas horas y celebra tu existencia. Amor que se pinta las uñas contigo y te acaricia el pelo y te hace un masaje. Esos masajes amorosos de manos suaves y dedos firmes. Masajes por todo el cuerpo antes de que la heroína se hiciera con su alma. Ese primer amor de verano que tanto disfrutó. Sentía nostalgia del amor vestido con gestos amables.

Tenía que haber sido valiente y haberse ido lejos con aquel amor, pero se quedó, confundiendo los términos de su existencia, mezclando las drogas con la sangre del corazón. Vaciando su ser para que los hombres casados que se aburrían de follar con sus mujeres llenasen su cuerpo. Esos hombres que llegaban en grupo los viernes por la tarde pero en realidad la buscaban entre semana. Entonces venían solos, trataban de justificar su deseo con la retórica de la incomprensión y el desafecto. Daba igual, Emily los aborrecía a todos. En cada embestida germinaba un profundo asco. Tan objeto era ella como ellos. Hombres jeringuilla que mezclaban su semen con el chute de heroína que se metía cada día.

Llegó al local cuando este acababa de abrir y encender su luz de neón, aunque apenas se distinguiera porque en la calle todavía era de día. Alfredo ordenaba las sillas. En el camerino no había nadie y Emily aprovechó para tumbarse en el sofá de terciopelo rojo. Estaba cansada y se sentía con las defensas bajas, notaba un leve cosquilleo en el labio superior, como cuando

va a salir una calentura. El camarero entró con una caja de bebidas y se puso a rellenar la neverita.

—Mira qué sorpresa, hoy has sido la más madrugadora —le dijo a Emily con tono cariñoso—. Te he comprado los zumos de piña que tanto te gustan.

—Hoy me pesa mucho el mundo, Alfredo —le respondió Emily con tristeza.

—¿Por eso has llegado tan temprano? —preguntó él mirándola con una sonrisa.

—Necesito que me retoquen las uñas, pensé que Sabrina ya estaría aquí.

—No vendrá, su hija se ha puesto enferma y me toca a mí solo atender la barra.

—Los martes suele venir poca gente —dijo Emily contrariada por la ausencia de Sabrina, y se observó las uñas—. Espero que hoy no te toque ningún borracho inconsciente al final de la noche. No sé cómo los soportas, eres tan bueno.

—Yo fui un borracho insoportable, por eso cargo con esta penitencia.

—¿No bebes? —preguntó Emily sorprendida—, pero si siempre tienes una copa en la mano.

—Sí, tónica con limón y mucho hielo.

—¿Nada de alcohol?

—No, Emily, no me lo puedo permitir, no puedo volver a ser el hombre que fui.

—¿Un borracho?

—Demasiado borracho, demasiado rabioso contra el mundo.

—Yo hoy me siento infinitamente rabiosa contra el mundo —dijo Emily aguantándose las lágrimas.

—Es que vuestra vida es muy dura, realmente dura —murmuró Alfredo con dulzura.

—¿Mi vida? —preguntó Emily.

—Las bailarinas tenéis demasiada presión en este local. No saben apreciarlos.

—Eres un hombre bueno, Alfredo.

—Soy un triste camarero, tocado por la pesadumbre de los que se lo bebieron todo.

—Yo soy una triste puta con las uñas descascarilladas y ganas de desaparecer —dijo Emily con voz quebradiza.

—No digas eso, ya verás como te animas en cuanto lleguen las otras.

—No valgo nada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alfredo entre sorprendido y preocupado, jamás la había visto reaccionar de esa manera.

—No entiendo en qué momento lo tiré todo por la borda.

Alfredo trató de consolarla hablándole de sus propias desventuras. Quiso así exorcizar la sensación de angustia de otro tiempo que él también arrastraba:

—Yo tuve que hacer los doce pasos. Mi vida se había vuelto ingobernable. No te imaginas las barbaridades que cometí por culpa de la bebida. Lo perdí todo, suena a cliché, pero no me quedó nada. En las sesiones de alcohólicos anónimos me ayudaron a reconocer mis defectos, para intentar reparar el daño que les hice a los demás. Me siento muy culpable, fui un monstruo, y no se me olvida. Ahora estar sobrio es como una religión para mí.

—¿Encontraste a Dios? —preguntó Emily.

Ella pensaba mucho en Dios, pensaba en Dios y en sus uñas descascarilladas y en esos chutes que le parecían el paraíso. Pensaba en Dios y en lo miserable que era su vida. El contraste entre el cielo y el infierno y su angustia alimentando esa sensación de ahogo, ese no querer ser lo que era.

—No, todavía no he encontrado a Dios, Emily, algunos exalcohólicos nunca encontramos a Dios, aunque hagamos todos los pasos. Dejé de beber pero todavía no me he llenado de su gracia. Eso sí —dijo con tono risueño para romper con la solemnidad de Emily—, no descarto que un día se me aparezca.

—Dios está en muchas cosas —dijo ella con convencimiento—, cuando me siento así de mal pienso que Dios me manda señales para que lo encuentre en las cosas que más aborrezco. —Emily se tapó la cara con las manos—. Odio follar con esos hombres que vienen aquí; odio lo que represento, lo que me hace mi cuerpo.

—No pienses en eso ahora.

—Es mi vida, mi vida es eso. Nadie se para a pensar cómo me siento, solo yo sé cómo me siento. Me siento fatal, todos los días son igual de asquerosos. Todo se repite. Mi vida es circular, es un gran cero, un agujero en donde no hay salvación.

—No digas esas cosas, te estás haciendo daño.

—No sería mala idea contárselo a los clientes. Con el servicio dar una charla sobre mi insignificancia, sobre cómo me siento. No solo soy carne, también hay un dolor dentro de mí, una rabia que en el fondo no sé cómo explicar, no entiendo exactamente qué me ha llevado a ser este cero redondo, este cero a la izquierda de todas las cosas.

Alfredo miró a Emily fascinado. En la expresiva vulnerabilidad de la joven quiso vislumbrar el aliento de Dios. Ese Dios que acompaña a los seres más desvalidos, a los perdedores absolutos, los que se hunden y son plenamente conscientes de la derrota y su trazo circular.

Apuestas y pagos

A David le quedó siempre un sentimiento de culpa. No intuyó que su amigo y compañero de oficina fuera un asesino. Que su gusto por las mujeres tuviera un lado criminal y perverso, ya que todas las pruebas lo habían delatado pese a su insistencia en negarlo. Haber sido el mejor amigo de un asesino deja un desagradable rastro. Te obsesionas buscando detalles de esa amistad que confirmen lo que parece imposible. Que expliquen el impulso de secuestrar, asesinar y esconder el cuerpo de una mujer. Durante meses, David esperó que se hubieran equivocado con Greg, que la cosa fuera un absurdo malentendido, el plan mezquino de alguien que quisiera implicarlo, pero todos los indicios lo fueron señalando, las pruebas forenses lo confirmaban, y a él también le tocó sufrir la desconfianza de los investigadores, pues, al principio, puso la mano en el fuego por su amigo.

Cuando trabajas en una compañía de seguros te llegan historias trágicas, accidentes de coche, muertes repentinas, siniestros del hogar, todo tipo de percances que acompañan a la vida. Suceden demasiadas cosas inesperadas, y David, con su discurso para ampliar la cartera de clientes, solía jugar con la idea de la prevención. Las pólizas de seguros nos ayudan a sentirnos protegidos y a anticipar los problemas más graves. Los negocios, las granjas, los locales, las casas, los coches, la vida, todo se asegura para estar más tranquilos y dar seguridad a los que nos rodean. Pero David no estaba tranquilo, hubiera jurado que su amigo Greg era una persona inofensiva. Es cierto que se podía poner pesado con algunos temas, y que le gustaban demasiado las mujeres y que a veces se obsesionaba, pero no podía ser un asesino.

Lo pasaban bien en la oficina, coleccionaban fotos de siniestros del hogar y otros percances como si fueran cromos. La de aquella casa en la que la bañera llena de agua caliente y sales espumosas atravesó el suelo y fue a parar

al sofá de terciopelo de tres plazas del salón. Nadie resultó herido y las caras de susto de los asegurados señalando con incredulidad las vigas podridas del techo eran un poema. La de la cocina saqueada por una familia de mapaches, o aquel atropello de mofeta que impregnó de un olor insoportable la carrocería de un Chevrolet y fue motivo de una intensa disputa: el asegurado se empeñaba en afirmar que la limpieza a fondo no era suficiente y que había que considerar aquello como un siniestro total y pagarle un coche nuevo ya que lo tenía a todo riesgo. A Greg le tocó ir al punto del accidente en la carretera a fotografiar el cuerpo aplastado de la apestosa mofeta. Y esa serie de fotografías del bicho muerto se convirtió en la broma secreta que usaban para reírse del jefe o de los clientes pesados. David y Greg parecían críos, hacían muchas veces de su aburrido trabajo una fiesta de carcajadas.

—Mira cómo se le quedó a esta la puerta, debía de estar hablando por el móvil y creyó que se estaba abriendo. —El morro del coche se había quedado empotrado en la puerta blanca del garaje—. Dice que no se le abrió, pero el mecanismo todavía funciona, se piensa que somos idiotas.

Las conversaciones que tenían sobre los siniestros de los asegurados eran intercambiables.

—El de los daños por la tormenta de granizo se empeña en que nos toca pagarlo a nosotros, resulta que lo puso a terceros.

—Vaya, el dios de la tormenta le ha jugado una mala pasada.

Los diálogos entre Greg y David estaban llenos de chascarrillos adolescentes:

—Tengo un caso de daños por plaga de gorgojos en una residencia unifamiliar. Creo que ha sido un infierno.

—Mientras sean gorgojos de la patata y no sean chinches.

—Es cierto, y sería mucho peor si fueran ladillas.

—Hombre, las ladillas suelen estar en terrenos acotados que tú conoces bien y que nuestro seguro del hogar no cubre.

—Graciosillo, como si tú no las hubieras tenido alguna vez.

—Anda, toma buenas fotos y ten cuidado no nos las traigas a la oficina.

Siempre había que hacer un buen reportaje fotográfico para acompañar el detallado informe y sumar a la colección de risas y rarezas.

—El de los sembrados que llamó ayer insiste en que han sido los extraterrestres los que le han quemado los brotes.

—¿No serán unos gamberros con un coche?

—No, no, que las marcas son de nave espacial circular, de platillo volante, y además le han jodido dos partes separadas del sembrado. Una cosa muy

rara, tal vez fueron dos platillos.

—Pero si nosotros no cubrimos incursiones alienígenas.

Nadie previno a David de lo que era una investigación policial en un lugar pequeño, de la meticulosidad incisiva de los detectives en el momento en que tienen algunas pruebas forenses y quieren cerrar el caso y dar sentido a lo que ha ocurrido, aunque el culpable se niegue a cooperar. David era la persona más cercana a ese monstruo que por poco le arruina también a él la vida. ¿Cómo pudo hacerle eso a Lilian? Y encima no confesaba dónde había escondido el cuerpo.

Los investigadores entraron en la oficina y se llevaron todas las pertenencias de Greg. También la estúpida colección de fotografías con anotaciones ridículas que solo les hacía gracia a ellos. David pensó que lo despedirían, pero las volvieron a traer con todos los archivos sin comentar nada. Entonces, simulando que estaba reorganizando los papeles de Greg y reasignando su cartera de clientes, las pasó por la máquina trituradora de documentos.

David tuvo pánico de que le llegara una orden de registro, de que pensaran que había sido cómplice, y quemó en la chimenea de su casa la colección de revistas porno de los setenta y ochenta. No quería que nadie supiese de sus pequeñas perversiones, se sentía vigilado.

Tardó mucho en recuperar la normalidad. Intentó mantenerse al margen de las noticias del juicio y la condena de su antiguo amigo. Pensó en marcharse y buscar trabajo en otro lugar, pero su hermana lo convenció para que se quedara.

—David, tú no tienes la culpa. ¿Por qué quieres exiliarte de tu pueblo? Nadie piensa que tengas algo que ver con ese crimen.

—Era mi amigo.

—Y resultó ser un loco asesino que está pagando su culpa en una cárcel de máxima seguridad con una cadena perpetua. ¿Por qué no te relajas y dejas de darle vueltas al tema?

—No lo entiendes, era mi amigo.

—Pues ya no lo es.

Sin amigos y sin ganas de tener nuevos, se dedicó durante meses a ver la televisión y a beber cerveza al volver del trabajo por las tardes. Ya no se

llevaba a su sobrino Sam los miércoles a merendar al restaurante de la señora Dolan. Le dolía imaginar ese lugar y pensar que habían estado con Greg allí bastantes veces cuando Lilian ya había desaparecido. Además, Greg era el que se encargaba de los seguros de toda esa familia. La herencia siniestra de su amigo lo desanimaba, pero tenía razón su hermana, no era responsable de que su compañero de trabajo hubiera resultado ser un monstruo. Si fuera tan fácil reconocerlos, él no estaría sintiéndose un imbécil por cubrirlo tantas veces cuando le mentía a su mujer y se iba a hacer horas extras al club de alterne. Precisamente había heredado también las pólizas de ese antro, y acababan de avisarle de una cañería rota en el baño de los camerinos.

—David, vete a ver esa fuga del baño —le había dicho Ronald— y mira bien dónde está el problema, que el dueño es bastante cara y si nos descuidamos nos pasa la factura de toda una reforma.

Claro que David sabía que el dueño era un sinvergüenza, nada menos que el abogado Garth Tickled, el jefe de su hermana.

Qué pocas ganas tenía de acercarse a ese lugar y cruzarse con las chicas. Fue temprano y se encontró a Sabrina y a Alfredo preparando el local; se alegraron de verlo.

—Menos mal que vienen los del seguro. Tengo cerrada la llave del agua desde ayer, porque cada vez que la abro no imaginas la que se arma en los camerinos —dijo Alfredo.

—El fontanero está en camino. Enseñadme el problema.

La cosa no parecía tan dramática como la había descrito el dueño del local, había una cañería rota, pero se podía arreglar en unas horas sin tener que tirar toda una pared. La humedad había levantado algunas baldosas, y la moqueta de los camerinos, que se había mojado el día anterior, ya estaba casi seca y David no veía necesidad de cambiarla.

—Apesta un poco —dijo Sabrina.

—Ya, pero no creo que sea por esta fuga —le respondió David—, decidle a vuestro jefe que invierta un poco y arregle esto, que no trate de endosarnos a nosotros las mejoras. La gente se piensa que los del seguro somos Papá Noel.

David trató de ser natural, sabía que este era el terreno de Greg y estaba incomodísimo. Cuando salía por la puerta se cruzó con Emily, que entraba a trabajar. La mujer lo reconoció, alguna vez había acompañado a Greg a tomar copas y le había puesto dinero en el tanga. Alfredo lo despidió desde la puerta con la mano, y David se metió en el coche y aceleró sin mirar atrás.

—¿Qué hacía ese aquí? —le preguntó Emily a Alfredo.

—Es el del seguro, ya sabes que tenemos el baño de los camerinos fastidiado.

—Joder, es el amigo del loco asesino.

—Bueno, ya, pero él no tiene la culpa.

—Yo me acosté con el asesino.

—Emily, mejor ni lo pienses.

—Mi vida no era suficientemente repugnante, he follado con el asesino de Lilian, fuimos al instituto juntas, y estoy aquí con una vida de mierda, y es a ella a la que asesinan y ni siquiera la pueden enterrar. Ahora resulta que he sido yo la que ha tenido suerte, porque también podía haberme matado a mí y nadie me echaría de menos.

—No, eso sí que no. Aquí te queremos mucho.

—Tengo que salir de esto, Alfredo. Viendo lo que ha pasado con Lilian, estoy venga a darle vueltas, tengo que acabar con la mierda que me corroe. Pero es que no se logra en doce pasos.

—Emily, yo te ayudo en lo que sea.

—Sí, y yo también. —Sabrina acababa de salir y estaba escuchando la conversación.

—Llama a los de SAMHSA, ellos pueden ayudarte.

Alfredo se refería a la organización que se encargaba de asistir a las personas adictas a sustancias estupefacientes.

—... Ellos te dirán en qué centro puedes desintoxicarte. Si tú quieres, se sale.

—Te vienes a mi casa el tiempo que necesites —añadió Sabrina.

Emily miró a sus compañeros con un gesto de agradecimiento, pero no podía quitarse la sensación de arcada permanente que tenía en aquel lugar.

—¿No os da asco este sitio? —dijo.

—La moqueta del camerino está hecha una mierda y el del seguro dice que no les corresponde a ellos cambiarla —respondió Sabrina sin entender la angustia que sentía su compañera.

Claro que Sabrina no tenía adicciones, trabajaba de camarera y no se tenía que prostituir por culpa de la heroína. El local estaba hecho una pena, pero todos los que trabajaban allí eran buenas personas. Sabrina se sentía a gusto con las bailarinas y con Alfredo, algo que no podía decir de su anterior trabajo en un bar de las afueras de Chicago, donde uno de los camareros intentó violarla una noche. Aquí estaba tranquila, aunque las noticias del crimen de Lilian, y que Greg, uno de los clientes, la hubiese secuestrado y matado, la desazonaron bastante. «Nunca se está a salvo», pensó.

—Creo que puedo dejarlo, creo que he tocado fondo. Que ese cabrón la eligiera a ella y no a mí significa que tengo una responsabilidad con la vida. Que el azar ha apostado por mí.

A Sabrina le sonó rarísimo lo que decía su compañera, pero para Alfredo tenía sentido y la miraba asintiendo con la cabeza.

—¿Sabéis que me he comprado un libro para ser crupier? —dijo Emily.

—¿Crupier? —preguntó Sabrina.

—Sí, se me dan bien las matemáticas y tengo una excelente memoria. Así en vez de pensar en los monstruos con los que me he acostado me centro en la ruleta. Tengo presencia, puedo ser crupier, trabajar en uno de los barcos casino del Misisipi, el *Rhythm City* de Davenport siempre busca gente y ellos te preparan.

—Emily, no es solo leer un libro. Creo que es un trabajo complicado —dijo Alfredo.

—Matemáticas, memoria y buena presencia. Sacaba buenas notas en el instituto, he sido *miss*, soy yo quien me llevo los aplausos de la noche. Estas manos pueden hacer maravillas con las cartas, con las fichas, ya me sé todos los números que hay en el paño verde y dónde están colocados. Solo necesito sacarme el veneno de las venas. Voy a ser crupier en un casino flotante, ¿qué os apostáis?

Lo dijo con tanto convencimiento que ni Alfredo ni Sabrina quisieron contradecirla. Su amiga tenía un largo camino que recorrer porque el veneno que se deslizaba por sus venas no abandonaba a sus víctimas tan fácilmente.

Hacerse viejo

«Naranjas en la nieve, qué imagen tan absurda», pensó el viejo Curtis mientras afilaba su lapicero y miraba por la ventana. Luego volvió a su cuadernillo de notas y escribió la lista de las cosas que necesitaba comprar. La primera palabra que anotó fue *naranjas*, igual de redondeadas que aquellas que rodaron por la nieve. De pronto se acordó, claro, lo había olvidado. Muchos años atrás, un camión cargado de naranjas volcó en plena autopista. Se salió de la calzada y al chocar contra los quitamiedos y la mediana se partió en dos, desparramando por la carretera un cargamento inmenso de naranjas.

Esa imagen era la que hoy se le aparecía con la luz del mediodía. Se mezclaba con el cansancio y los extraños olvidos que lo acosaban a diario. Olvidaba los pequeños encargos, las cosas más sencillas de su rutina. Miraba a su hijo trabajar en el garaje. Los coches estaban en fila esperando alguna pieza nueva, una batería, unas ruedas de invierno, un cambio de aceite, líquido de frenos o una puesta a punto exhaustiva. Sobre la mesa de la oficina había cartuchos de escopeta y una cajita de cartón con unos muellecitos de recambio para ajustar el mecanismo de las armas de fuego. El viejo Curtis suspiró mientras cogía uno de los cartuchos con una mano y se pasaba los nudillos del puño cerrado por los labios. Estaba agotado, llevaba cansado demasiado tiempo, pero no se planteaba aminorar el ritmo de trabajo, pese a sus lapsus cotidianos, pese a esos olvidos tan incómodos que le hacían equivocar las salidas de la autopista y conducir bastantes más kilómetros de la cuenta.

—Papá, tengo que salir un momento.

Allí estaba su hijo limpiándose la grasa de las manos con un paño.

—Mamá ha llamado y necesita que la ayude a mover unas cajas; me voy a acercar un rato.

El viejo Curtis sonrió y asintió con la cabeza. Sabía que ese hombre con las manos llenas de grasa de motor era su hijo, pero no estaba seguro de quién era la mujer a la que se refería como su madre. Él no creía estar casado. Tal vez lo estuvo y se separó de ella. Pero le parecía ridículo e innecesario ponerse a preguntar y pedir más detalles. La memoria le estaba jugando una mala pasada.

—Ahora vuelvo, ¿vale, papá?

El viejo Curtis miró a su hijo y asintió de nuevo con un gesto. Abrió la mano y se quedó observando fijamente el cartucho con el que llevaba un rato jugueteando. Se acordó de su amigo Tom y de las naranjas en la nieve. Había tantas que fue imposible recogerlas todas. Algunas se hundieron en la parte de la cuneta donde la nieve era profunda. Otras fueron rodando hasta que las fauces de la nieve húmeda se las comieron. Entonces Tom y él jugaron durante días a buscar naranjas en la nieve. Las guardaban en un cubo que arrastraban sobre un trineo. Se las llevaban al jardín trasero de la casa de Tom y allí tiraban al blanco con las naranjas de hielo que habían recogido. Cuando las balas las atravesaban, se esparcían en pedazos, dibujando una extraña luminosidad anaranjada sobre la fina capa de nieve helada que quedaba en el camino de baldosas de aquel jardín trasero.

—¡Limpiad ese desastre! —gritaba la madre de Tom desde la ventana de la cocina—. ¡Qué manía con mancharlo todo! ¿No tenéis nada mejor que hacer?

Tom y el viejo Curtis, en esa época un jovencuelo, no le hacían demasiado caso; sentían la superioridad de los adolescentes que creen saberlo todo y se reían del rastro anaranjado que adornaba el murete, el camino y la pequeña terraza donde la madre de Tom plantaba tulipanes todas las primaveras.

—No pongáis las naranjas sobre las cabezas de los gnomos. Ni se os ocurra disparar, que me los rompéis. ¡Tom, tengamos la fiesta en paz! —volvía a gritar la mujer, furiosa y amenazante.

—Es como Guillermo Tell. Venga, mamá, déjanos —respondía Tom jugando a poner nerviosa a su madre.

—¡He dicho que no! ¡No me hagas contárselo a tu padre!

El viejo Curtis sonrió, la madre de Tom tenía razón, aquellos gnomos de cerámica que adornaban el jardín se hubieran roto en mil pedazos en el primer instante que fallaran el tiro, y en aquella época los dos tenían una puntería muy dudosa.

¿Por qué le había vuelto ese recuerdo? Qué curiosa y anárquica era su memoria. Parecía una caja de herramientas desordenada en la que, cuando

buscas una cosa, aparece otra. Herramientas aparentemente innecesarias que tenían un extraño significado. Era como si en el momento que necesitaba una llave inglesa, la presencia del destornillador quisiera indicar que en algún lugar había tornillos flojos que necesitaban un pequeño repaso. El viejo Curtis se daba cuenta de esa imagen porque inconscientemente estaba ajustando con la uña los tornillos de uno de los cajones de la mesa. Se miró las manos, tenía las uñas largas y bastante sucias, los dedos torcidos y muy amarillentos de tanto fumar. ¿Qué hora sería? Se dio cuenta de que ya había pasado la mañana y todavía no había salido a fumar ningún cigarrillo. Estaba tan cansado que no notaba ni su pequeña adicción al tabaco.

«¿Qué se puede hacer con la vejez?», se preguntó mientras resoplaba, y sintió un poco de pena. Tom había muerto hacía más de un lustro, una muerte absurda, pensó el viejo Curtis abatido; como todas las muertes que llegan antes de tiempo, porque por entonces su amigo solo tenía sesenta y un años, y con esa edad uno espera poder vivir un poco más. Murió como aquellas naranjas hundidas en la nieve húmeda de las últimas nevadas del invierno. Le dio un ataque al corazón mientras cazaba. Tardaron varios días en dar con él, por culpa de su dichosa manía de salir solo y no decirle a nadie a dónde iba. Tom y su extraño sentido de la privacidad hizo que muriese solo, solísimo, como las naranjas que rodaron por la autopista y desaparecieron engullidas por la nieve de la cuneta.

«Hacerse viejo no sirve más que para recordar la tristeza», pensó Curtis mientras, tembloroso, se liaba un cigarrillo. Había cortado un minúsculo trozo de cartulina de una tarjeta de visita de un cliente para hacerse un filtro improvisado. «Soy demasiado viejo para dejarlo», se dijo a sí mismo cuando pegaba los bordes del papel con la saliva de la punta de su lengua. Su hijo asomó la cabeza en la oficina.

—Ya he vuelto, papá. —Lo miró a los ojos—. ¿Otra vez fumando? Ya sabes qué opina el médico, yo no digo más...

El viejo Curtis bajó la mirada y buscó un encendedor dentro de los cajones desordenados. Encontró un Zippo plateado con sus iniciales grabadas, pero no funcionaba. Se levantó y se fue al baño a por una caja de cerillas, allí siempre había porque usaban el método clásico del fósforo para esconder los olores del pequeño retrete sin ventilación. Encendió el cigarrillo y salió a la calle a fumar tranquilamente, dando pasos cortos y largas bocanadas que lo reconfortaron. Hacía frío y chispeaba un aguanieve que se pegaba en la ropa y cubría la nieve sucia con una nueva capa blanquecina.

Ahora era su hijo el que lo miraba con tristeza desde la ventana de la oficina del taller. Recogía con desaprobación los restos que quedaban de la tarjeta de visita convertida en filtro y guardaba los cartuchos de escopeta esparcidos sobre la mesa del escritorio. El hijo del viejo Curtis suspiró con un poco de angustia, presentía algo turbio en el extraño ensimismamiento de su padre. Sin embargo, no sabía cómo descifrar todas aquellas señales. Eran olvidos inconsistentes impregnados de anécdotas llenas de luminosidad. Le gustaba escuchar a su padre contar historias de su primera juventud y ver cómo las revivía con voz emocionada, como si fueran los instantes maravillosos de una vida plena. Por ejemplo, los tornados de la infancia de su padre parecían más tenebrosos y devastadores que los de ahora. Antes uno tenía que descubrirlos en el aire y en el cielo, nadie te avisaba de que venían. Estaban hechos con el aire denso e inmóvil de un cielo entre anaranjado y oscuro parecido al de las tormentas sin lluvia. Hubo otros tiempos en que los niños se hacían hombres con un rayo, una época en la que los incendios no podían apagarse hasta que todo ardía durante días dejando un inquietante paisaje carbonizado que tardaba décadas en regenerarse. Su padre había sido testigo de demasiadas cosas, de una especie de mundo legendario que ahora le parecía sagrado, y se vestía con la bruma de un olvido irregular que lo dejaba varios minutos abstraído y en silencio. Un olvido que se desmenuzaba en monosílabos cuando cenaban juntos y lo confundía con su amigo Tom.

—Que no, papá, que no soy Tom, que soy tu hijo.

—Es verdad —respondía el viejo Curtis avergonzado, pero luego se olvidaba de ese olvido y lo volvía a llamar Tom.

Desde la ventana se veía la carretera de entrada a la autopista, estaba toda cubierta de la nueva nieve que ahora caía con más fuerza. En el centro del aparcamiento, el viejo Curtis apuraba el cigarrillo. A lo lejos, los coches se deslizaban despacio porque la nieve estaba cuajando bastante y todavía no habían pasado las máquinas quitanieves. El viejo Curtis parecía hablar solo en el aparcamiento. Su hijo salió a buscarlo a la calle, no le gustaba ver a su padre comportarse como un loco.

—Papá, ¿qué pasa?

El viejo Curtis hizo como si no lo hubiera oído, o tal vez no lo había oído, y continuó gesticulando mientras escarbaba con los pies en la nieve vieja amontonada y dura. Luego se agachaba, se ponía el cigarro en la boca y metía las manos dentro de la nieve.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó su hijo preocupado.

—Busco las naranjas —respondió Curtis decidido—. Sí, las naranjas que se han hundido en la nieve; no han podido quitarlas todas. Hay cientos de ellas enterradas. Ven, ayúdame, busca un cubo, vamos a sacarlas. Vamos a darnos prisa antes de que anochezca.

—Papá, ¿de qué naranjas hablas?

El viejo Curtis se quedó en silencio, se incorporó y se puso a mirar hacia la carretera. Sus ojos estaban ausentes porque en su cabeza solo podía ver la imagen de aquellas naranjas en la nieve que esparció el camión partido en dos. La nieve inmóvil del accidente era, en su memoria, como la espuma blanca de una ola gigante que intentaba arrastrar a la arena de la orilla miles de naranjas que giraban sobre sí mismas mientras flotaban. Estaba mezclando recuerdos, se daba cuenta de que los mezclaba, pero era incapaz de separarlos. ¿Cuándo estuvo en aquella playa? ¿Qué era lo que flotaba? No, no eran naranjas, eran ballenas muertas, cientos de ballenas moribundas que encallaban en la arena de la playa. Algunas respiraban y movían las aletas, agonizaban y no eran capaces de encontrar su rumbo. Las arrastraba con varios amigos; Tom todavía vivía y lo estaba ayudando a empujar las ballenas de vuelta al mar. Era imposible salvarlas...

El viejo Curtis despertó tumbado sobre la alfombra de la oficina. Su hijo le había puesto un almohadón debajo de la cabeza. En su boca sentía la amargura de las naranjas, en su saliva, la acidez de un zumo recién exprimido.

—Comimos naranjas durante semanas —murmuró con la nostalgia resignada que acompaña a la gente mayor—. Eran perfectas, no sé de dónde las habían traído.

—Papá, ¿te encuentras mejor? —Su hijo le soplaba la cara y lo miraba con tristeza—. Creo que te ha dado un ataque epiléptico o algo así, porque has tenido convulsiones. Dime si crees que te puedes mover, te voy a llevar ahora mismo al hospital.

El viejo Curtis no contestó, respiraba con lentitud y parecía absorto en aquella insólita imagen, rodeado de las naranjas que cambiaron el paisaje de la nieve.

Espacio sideral

Adam lograba que sus cohetes se propulsaran con vinagre y bicarbonato de sodio. Se sentía como un científico espacial en su delicado juego de reacciones químicas. Preparaba sus cohetes sobre una mesa plegable que había instalado en el jardín trasero de la casa. Allí ordenaba sus materiales de trabajo y podía pasar infinidad de horas jugando solo. El tiempo de sus expediciones imaginarias se medía con la relatividad cronológica de otras galaxias. Normalmente fabricaba los cohetes con botellas cilíndricas de plástico de un litro. Le gustaba coronarlas con conos picudos de cartulina roja que pegaba con cinta aislante en la parte de abajo. Añadía los alerones de cartulina azul a lo largo del cuerpo, a veces también decoraba las diferentes piezas con rotuladores de tinta permanente.

Luego echaba tres dedos de vinagre en la botella. El bicarbonato de sodio, que solía ser unas dos cucharadas soperas, no podía meterlo directamente si ya estaba dentro el vinagre, por lo que usaba un pequeño truco: lo ponía en una servilleta de papel que ataba con un hilo a la boca de la botella, que cerraba con un tapón de corcho. Es decir, la bolsita quedaba dentro de la botella balanceándose sobre el vinagre sin llegar a tocarlo. Ese era el momento más delicado. La botella, para ser cohete, tenía que darse la vuelta y que el vinagre se mezclara con el bicarbonato generando el gas carbónico que haría presión y la empujaría con fuerza hacia arriba. Adam usaba, además, la parte de abajo de otra botella, que cortaba por la mitad para construir la base de lanzamiento. Las botellas subían al cielo gracias a un potente chorro de energía casera. El muchacho colocaba sus cohetes en una pequeña explanada donde las calvas del césped parecían dibujar las pistas de despegue.

Ese domingo era el día clave, y como capitán de una gran expedición científica de numerosos cohetes en busca de un planeta habitable, cargaba sobre sus hombros la responsabilidad de salvar la raza humana. ¿Se merecían

continuar en el universo? Adam lo había pensado con detenimiento, los humanos podían ser terribles, pero sí, su gran expedición —compuesta por cinco cohetes y un total de cien personas— era la última esperanza que le quedaba a nuestro planeta. Empezar de nuevo en un lugar similar a la Tierra, despegar con impulso y labrarse un porvenir en las estrellas. Su mente estaba absorta en una compleja trama de personajes y anhelos futuristas. Sus abundantes rizos pelirrojos, necesitados de un buen corte de pelo, brillaban con la luz de mediodía. Había dado un gran estirón, pero todavía conservaba los rasgos aniñados en la cara y le estaba costando adaptarse a las nuevas medidas que le marcaba la transformación de su cuerpo adolescente.

—Capitán Adam, estamos preparados para el despegue.

¡Qué responsabilidad!, se había quedado solo y le tocaba a él buscar otros planetas donde renacería la especie humana. Su hermano James estaba pasando el fin de semana en casa de un amigo que tenía una videoconsola, y, en ese momento, todo giraba en torno a la realidad violenta y sanguinaria de un videojuego llamado *Mortal Kombat*. No podía contar con él, es más, su hermano se burlaba de sus juegos infantiles con las botellas de plástico, como si salir a la calle a construir cohetes fuera algo de niños pequeños y hacerse mayor consistiera en obsesionarse con violentas luchas en la pantalla de la televisión apretando con fuerza los pulgares en los mandos de la consola.

Lo ideal hubiera sido compartir la ocasión con algún amigo que lo ayudara con los cohetes. Intentar un despegue paralelo de las naves él solo era imposible, porque había que dar la vuelta a las botellas para que se mezclasen el vinagre y el bicarbonato y convenía alejarse. Era importante que hubiese un espacio entre los cohetes para que no chocaran en el aire o le explotaran cerca de forma accidental. Su meticuloso plan consistía en tenerlo todo preparado pero darse suficiente tiempo y espacio entre nave y nave. Sus tripulaciones lo tenían informado: «Aeronave AM-48 a punto de despegar. Estamos listos, con todas las coordenadas establecidas para alcanzar el espacio sideral y poder propulsarnos con las corrientes galácticas». «Les deseamos toda la suerte del mundo».

Qué extraña emoción ver aquellas naves conquistando el cielo. Adam imaginaba la propulsión que sentían sus tripulantes en cada uno de los despegues. Se elevaban con el mismo impulso veloz que notaba en su mandíbula cuando se montaba en las atracciones de feria y las sillas voladoras lo lanzaban con fuerza, mezclando el vértigo del estómago con los sonidos estridentes que amenizaban los gigantescos aparatos mecánicos.

En agosto, su padre, un soldado veterano tocado por la amargura del secuestro y asesinato de su mujer Lilian, y que tuvo que dejar el ejército para ser padre y madre, los lleva a él y a su hermano a la gran feria estatal. Una parte está dedicada a los conciertos multitudinarios al atardecer y al entretenimiento continuo con trepidantes atracciones; la gran noria iluminada por las noches se distingue a kilómetros de distancia. Las casetas de comida desprenden un olor pegajoso. Hay caramelos de sal y nubes de algodón, perritos calientes empanados con harina de maíz y fritos en grandes calderos de aceite vegetal. Las gigantescas carpas blancas con aire acondicionado se llenan de gente sudorosa que se mezcla con el ganado. Los animales de las granjas son los protagonistas, los sectores están divididos por grandes fardos cuadrados de alfalfa seca. Hay exhibiciones de cerdos, de vacas y de caballos de todos los tamaños. Cientos de pollitos rompen el cascarón en un recinto adaptado para el nacimiento de las crías. En letreros rectangulares de pizarra está escrito con tiza blanca el tiempo aproximado que queda para que las ovejas, las cerditas o las cabras den a luz. Hay muestras variadas de semillas y tecnología agrícola de última generación. Tractores, cosechadoras y una gama sorprendente de máquinas para maximizar el cultivo y las cosechas.

La estrella de los niños es una enorme vaca de mantequilla de tamaño natural que acompaña a los certámenes de tartas y a la cata de todo tipo de quesos y mieles. Las calabazas gigantes se adueñan de las miradas de los más pequeños. Los tubérculos adquieren formas inquietantes: hay zanahorias con caras asustadas, con brazos y nariz, y boniatos que triplican su tamaño. Las manzanas dulces y las palomitas de maíz bañadas en mantequilla o caramelo camuflan el olor del heno y los orines de los animales. Una banda musical compuesta por soldados veteranos desfila entre las carpas y se detiene a rendir homenaje a las fotos de los jóvenes soldados originarios del Medio Oeste que han caído ese año. Sus rostros sonrientes, ajenos a su destino, se exhiben en un recinto de mesas informativas sobre el ejército, la policía, los bomberos y la guardia nacional. La vida y la muerte se mezclan en un mismo impulso de orgullo y celebración. Su hermano y su padre siempre se detienen a charlar con los soldados que reparten folletos y anotan los datos de la gente interesada en alistarse.

Adam se pregunta si en esa gran expedición de lanzamiento de cohetes que le está ocupando el día, no sería importante incluir muestras de semillas y animales como las de la feria estatal. Si sus naves son la esperanza del mundo, no puede dejar atrás los animales y las plantas. Además, no es bueno estar siempre comiendo alimentos deshidratados. Son naves de pioneros que

harán prosperar las nuevas tierras de los planetas que cultiven. Tal vez le dé tiempo de preparar dos cohetes más y en ellos pueda imaginarse una especie de jardín botánico y un arca de Noé. Incluso deben transportar un mar, crear una nave acuario con todos los seres marinos. Todavía le llevará un buen rato decorar esas nuevas botellas con las siluetas de animales y plantas. No ha comido nada, está abstraído en ese juego de lanzamiento de cohetes esperanzados. Nadie lo llama para que se siente a la mesa a comer. Cuando su abuela pasa el día trabajando en el restaurante y no está con ellos, el orden de las comidas se altera y se vuelve un caprichoso goteo de visitas al frigorífico.

Ha entrado en la cocina a buscar semillas. Se le ha ocurrido meter lentejas y granos de arroz en uno de los nuevos cohetes. Alguna vez había plantado en el colegio lentejas en vasos de yogur sobre una capa de algodón blanco humedecido. Enseguida germinaban y crecían sobre ese lecho mojado de pelusa esterilizada. Les explicaban el ciclo de las plantas y la magia de los brotes con unas simples gotas de agua. Adam busca en los armarios lentejas o arroz para su nave y solo encuentra latas de garbanzos, de cerveza, paquetes de pasta, botes de salsa de tomate y botellas vacías. Trata de no hacer ruido, sabe que no está solo en la casa, aunque lo parece porque su padre todavía duerme la resaca de una densa borrachera de whisky barato. Las botellas cuadradas de alcohol no sirven para fabricar cohetes, aunque sean de plástico. En su despegue se tuercen y caen de lado dejando un surco desolador en el suelo. Adam lo intentó una vez y entendió el mensaje oculto en aquella expedición fracasada con una de esas botellas vacías de whisky malo. Su padre está cautivo en un planeta extraño del que no puede escapar. Lleva mucho tiempo náufrago en una lejana galaxia de borracheras y abandono. Siempre vencido por un sueño profundo que emite silbidos y desliza babas de saliva por la comisura de los labios. Su cuerpo suena como el motor de una vieja máquina a punto de averiarse. Esa misma mañana, Adam ha tenido que limpiar el rastro de vómito y el pis de su padre, que se había quedado pegado alrededor de la taza del váter y sobre las baldosas del suelo. Se alegró de que James estuviera pasando el fin de semana fuera, no le gusta compartir con su hermano las miradas silenciosas cuando su padre toca fondo y él trata de borrar el rastro que deja su alcoholismo.

Por fin encuentra una bolsa con lentejas en el fondo de uno de los armarios. Hace mucho que no comen lentejas. Coge un puñado y sale a la calle para meterlas en una de las botellas. Quiere decorarla con la silueta de las frutas: manzanas, peras, uvas, plátanos, naranjas. Imagina los árboles frutales, las palmeras, las parras, los jardines creciendo en una nave, en

pequeños recipientes como los brotes de lentejas en una lejana clase de ciencias naturales.

—Adam, ¿qué estás haciendo? —La voz de su padre suena como un estruendo ronco.

—Estoy con los cohetes.

—¿Y tu hermano?

—Sigue en casa de Brian.

Marcus, el padre de Adam, va descalzo, en camiseta y calzoncillos. La luz del sol le molesta, bosteza y se cubre la frente con la mano. Mira la mesa de Adam llena de objetos y botellas de plástico a medio preparar.

—Vas a tener que recoger todo esto y ayudarme a bajar cosas al sótano.

—¿Ahora? —pregunta Adam contrariado.

—Anda, tenías tú el bicarbonato. Guarda todo esto dentro y no dejes nada fuera, dice la abuela que hay aviso de tornado, que está muy cerca y que nos pongamos a cubierto. ¿No oías el teléfono?

—No —responde Adam.

—Yo tampoco. Dice que ha tenido que llamar cinco veces.

—Esta nave ya está lista. ¿Puedo lanzarla?

—Venga, date prisa, pero solo esa, las otras las guardas en casa y me ayudas a cerrar ventanas. No me gusta cómo se está poniendo el cielo, y hay que avisar a tu hermano. —Marcus vuelve a bostezar y se nota la boca seca y pastosa, piensa que en cuanto bajen al sótano se va a tomar una cerveza bien fría—. ¿Sabes dónde está el número de teléfono de su amigo?

—En el listado de la nevera. Brian.

Adam se arrodilla y coloca el cohete con las lentejas y el vinagre. No le ha dado tiempo a dibujar todas las frutas que quería, pero ha puesto el cucurucho rojo y los alerones azules. Es importante que despegue esa expedición y que salgan cuanto antes de la Tierra ahora que anuncian el fin del mundo.

El cohete con las lentejas sube varios metros, el lanzamiento ha sido un éxito. La tripulación aplaude, les queda un largo viaje por el espacio sideral hasta que encuentren un planeta habitable. Le gusta esa nave llena de plantas. Cómo no se le había ocurrido antes. Adam sonríe y se afana en recogerlo todo.

—Entra ya, que esto se está poniendo muy feo. —La voz de su padre suena distinta, parece preocupado—. Date prisa, Adam. Corre.

Energía renovable

Aurora Altano estaba furiosa, no importaba que la brisa fresca de la mañana le acariciase la cara y que las pequeñas olas del mar fueran el indicio de un día delicioso en la playa. Estaba destrozada, todavía no podía creer lo que había pasado aquel último mes en la empresa.

Darío Barbero, el ser más cínico, manipulador y asqueroso que habitaba la Tierra, había sido nombrado subdirector. Nada menos que subdirector, en un puesto que se merecía ella. Esa subdirección le correspondía a ella. Por antigüedad, por méritos innumerables, por todo tipo de razones que al final no habían tenido ningún peso. El cantamañanas de Barbero con su gomina, sus trajes y sus camisas de marca, su perfume dulzón, sus horas de gimnasio, sus puritos mentolados, su habilidad para hacer pasar como suyo el trabajo de los demás. Darío Barbero, por perfecto impostor y gran mentiroso, se había quedado con el que tenía que ser su nuevo puesto. El día en que Aurora se enteró, por poco le da un ataque. El equipo al completo estaba reunido en aquella mesa de juntas acristalada cuando llegó el director general con el consejero delegado y el presidente. Todos engominados y con trajes de marca. Todos cortados por el mismo patrón de la chulería de hombres alfa que comparten una asquerosa camaradería de chanchullos y juergas dentro y fuera del trabajo. La dirección no quería que Aurora formara parte de aquel club exclusivo de sinvergüenzas. No importaban sus méritos. El nombramiento fue para Darío Barbero, el chulo de Barbero con sus dientes blanqueados y sus implantes capilares.

Darío Barbero fue felicitado y aplaudido sonoramente en la sala de reuniones. El mayor rival de Aurora sonreía a su lado con el móvil encendido, se sentía un hombre inmenso y mandaba mensajes con el dibujo de unos dedos victoriosos. Aurora estaba paralizada, notó cómo su rostro se transformaba en piedra dura, sus mandíbulas eran mármol. Le dolían las

enciás, le dolía la boca del estómago como si en sus intestinos hubiese habido una explosión que trataba de abrirse paso hacia dentro.

Aurora todavía podía sentir el eco doloroso de aquella perplejidad. El Consejo de Administración responsable de la organización de la empresa no solo le había negado la merecida subdirección, sino que además la desplazaba a miles de kilómetros.

—Para Aurora Altano tenemos un reto mayor —dijo el imbécil del director—: la conquista del mercado americano. A partir de ahora ocupará el puesto de supervisora jefa del área del Medio Oeste. Nos han dado la concesión de Nebraska y Iowa. ¡Enhorabuena!

La sala entera aplaudió con ganas. Aurora quiso sonreír para disimular su rabia, pero se le llenaron los ojos de lágrimas. Todos pensaron que se había emocionado.

—Felicidades —añadió Darío Barbero, dándole unas palmaditas en el brazo—, la verdad es que es un reto envidiable. Si no tuviera a los mellizos, yo mismo me hubiera ofrecido voluntario.

Aurora no tenía líos familiares ni hijos ni pareja conocida, y hablaba inglés mejor que nadie. Esa fue la lógica profesional de los directivos a la hora de asignar puestos. El currículum de Aurora era indudablemente el mejor, por eso la mandaban de pionera al fin del mundo. La enviaban a ocupar el virreinato del Medio Oeste. Mientras, Darío Barbero se quedaba con el reino de España, con el imperio ibérico de los molinos de viento. Sus méritos la desterraban de su patria.

Aurora no lograba asumir lo que había sucedido, evocaba las imágenes de aquella fatídica mañana y sus ganas de gritar volvían. La necesidad que sintió en ese momento de dar un chillido capaz de romper los cristales de toda la oficina. Que reventase la mesa de la sala de juntas, los vasos de agua, los paneles transparentes que separaban los espacios. Romper en mil pedazos ese lugar, triturar ese recuerdo que le estaba amargando las vacaciones.

Le quedaba una semana en la playa antes de embarcarse rumbo a su destierro. El nombramiento internacional de supervisora jefa del Medio Oeste le sabía a fracaso. Por eso estaba tan triste en esa playa maravillosa. Tenía un mar cristalino rozándole los pies en cada ola, un mar lleno de peces que celebraban la vida. La playa estaba desierta y las primeras luces del día daban una tonalidad mágica al recodo de la cala. Contrastaba el gris oscuro de las rocas húmedas con el verdor casi fluorescente de las algas, que parecían un musgo aterciopelado, una piel viva pegada a la piedra.

—Pobre niña, qué pena, está tan alicaída —repetían sus tías pesarosas cuando la veían salir temprano y cabizbaja hacia la playa.

—Nuestra Aurora no ha tenido suerte, y mira que es trabajadora y buena —se decían la una a la otra convencidas de que, en la lotería de la vida, a su sobrina no le había tocado ningún décimo, igual que a ellas.

—Ahora se tiene que ir sola tan lejos...

La tía Rocío se había tomado el traslado de Aurora muy a pecho. Era viuda y vivía desde hacía más de una década con su hermana Camila, que se había quedado soltera. La madre de Aurora era la menor y la antítesis de sus hermanas, se había divorciado dos veces y vivía en Barcelona ajena a cualquier pensamiento profundo o trascendental.

Aurora era la sobrina preferida de las tías. Fue la primera en llegar, la única hija del primer matrimonio fallido, y la más lista. Con el segundo matrimonio de la madre de Aurora llegaron dos niños ruidosos, sucios y peleones, que con la adolescencia se transformaron en unos vagos redomados. Todavía ahora, ambos con los treinta ya cumplidos, seguían viviendo en la casa familiar que la madre de Aurora se había quedado gracias a un divorcio ruinoso para el padre de los dos hermanos.

Aurora tenía una relación bastante fría con su padre biológico, se llevaba mucho mejor con el que durante más de quince años había sido su padrastro. Ingeniero de Telecomunicaciones jubilado, entendía muy bien el problema del traslado de Aurora y supo solidarizarse con su amargura.

—Menudos cabrones, han dejado a ese soplagaitas en la subdirección y a ti te mandan a tomar por culo. Madre mía, qué gentuza, lo lamento mucho, Aurora. Entiendo cómo tienes que sentirte trabajando con esa panda de gilipollas mamonzos.

Qué explícito y claro había sido su padrastro, con su voz atronadora. Un hombre regordete y afable. Era duro reconocerlo, pero tenía más calidad humana que sus verdaderos padres. Igual que sus tías, compartía con ellas la textura solidaria de las buenas personas. Los tres eran genuinamente buenos y le hacían la vida agradable a todo el mundo. Aurora estaba convencida de que su madre se había divorciado de su padrastro precisamente por ser buena gente, por poco ambicioso y por estar dispuesto a disfrutar de la vida simple y llanamente. Le gustaban las pequeñas cosas, como un buen partido de fútbol en la televisión y unas cervezas bien frías, un juego de mus con los amigos a media tarde o reparar electrodomésticos y motores de coches viejos.

A la madre de Aurora, esa simpleza bondadosa la enervaba. Su pensamiento no era mucho más profundo, pero estaba oscurecido por una

ambición aburguesada que le impedía ser feliz. Tal espíritu ambicioso la hacía sentirse infinitamente superior a aquel hombre campechano y rechoncho del que se había divorciado. Lo peor era que su madre había transmitido ese sentimiento de superioridad a sus hijos, que consideraban al padre como un auténtico «pringado» al que solo visitaban para pedirle dinero.

Aurora deseó muchas veces que, tras el divorcio, su padrastro hubiera vuelto a casarse y hubiese formado una nueva familia, y hubiese traído al mundo más bebés y así sus hermanastros hubieran tenido que espabilarse. Claro que, para espabilado, el impostor de Barbero. Sus hermanastros eran unos simples caraduras que habían seguido el modelo de su madre. La aspiración burguesa de las apariencias combinada con la picaresca clásica del que quiere vivir sin trabajar o haciendo lo mínimo.

Aurora se sintió culpable de pensar esas cosas de su madre y de sus hermanastros. Sabía que tenía razón, pero le dio pena sentir tanto desapego por su familia. Al menos sus tías y su padrastro habían estado a la altura. Con ellos se había atrevido a compartir este último golpe. Había aspirado a un puesto directivo en Madrid, en su ciudad. Lo malo era que no podía decir que no a la aventura americana. Aunque significara renunciar definitivamente a la vida personal, abandonar sus raíces y de alguna manera arrancar otra vez de cero. Eso es lo que conllevaba empezar de nuevo en otro país y asimilar los códigos de otra cultura.

—Vivirás en Des Moines, la capital del estado —le había dicho el gerente con tono de curita sabelotodo—. Necesitamos a uno de los nuestros en primera línea. Es la única forma de controlar esa región y lograr imponernos.

Qué honor, estaba en primera línea, nada menos que en una ciudad de poco más de doscientos mil habitantes. Encontraría grandes posibilidades en un horizonte de campos de trigo y de maíz aderezados con numerosas granjas de cerdos. Le estaban haciendo creer que aquellas tierras por conquistar eran una gran ínsula de la que sería la máxima gobernadora. Pero Aurora sabía muy bien que el Medio Oeste era en el fondo una especie de ínsula Barataria en la que no alcanzaría la fama eterna ni la felicidad indecible de los cuentos de hadas o las leyendas. Le faltaba ilusión para encarar ese destino. Ella que era tan querida y respetada en su empresa de energías renovables, ella que sabía los secretos de todas las turbinas de los molinos de viento. La primera de su promoción, la más lista, la novia de Eolo, dios del viento con su fuerza invisible. La experta en hélices y motores. La niña bonita, con cuarenta y cinco años recién cumplidos, emigraba para abrir nuevos mercados en las

llanuras. América se llenaría de molinos de viento, de gigantes de acero agitando sus puños. ¡Qué honor abrir mercados en medio de la nada!

Las vacaciones pasaron volando y Aurora Altano se acostumbró primero a sus pensamientos desgraciados y luego los fue difuminando. Los baños de mar la ayudaron a resignarse, el sol le dio un tono luminoso en la piel que la hacía parecer más joven. La última mañana que paseó por la playa ya no le pesaban los recuerdos de la oficina. Se alegró de no tener que volver a aquel lugar acristalado. De poder dar un giro a su vida y empezar otra vez. Con la luz del mar y el afecto de sus tías se había redimido de su obsesión. No podía darse por vencida antes de comenzar un nuevo ciclo. La vida parecía darle otra oportunidad para reinventarse. Con ese talante, Aurora embarcó rumbo a Des Moines, con escala en Houston.

Cruzó el Atlántico completando crucigramas y sudokus. Alineando letras y números. Tratando de encontrar en aquellos juegos un orden interior que le aportase serenidad. El viaje resultó demasiado largo, tuvo que cruzar Inmigración y hacer colas absurdas. Pasar por los controles de seguridad varias veces, abrir su equipaje de mano, quitarse los zapatos y sacar el ordenador. Estaba molida y todavía tuvo que esperar cuatro horas para el segundo vuelo. El cansancio se mezclaba con el miedo a lo desconocido. Las horas de diferencia hacían que cabeceara dando largos bostezos. Cuando por fin embarcó en el pequeño avión con destino a Des Moines, cayó profundamente dormida. Esas horas de sueño fueron una bendición.

Despertó sudorosa, abrió los ojos y la azafata le estaba dando un torrente de explicaciones indescifrable. ¿Qué clase de inglés había aprendido en España? Su certificado del British Council y sus títulos de la Escuela de Idiomas no valían nada ante ese acento vertiginoso de la azafata sonriente. Aurora tenía la boca pastosa y el cuello entumecido. La azafata se dio cuenta de que no la había entendido y volvió a explicarle más despacio la situación. No habían aterrizado en Des Moines, el clima adverso había obligado al avión a desviarse de su ruta. Estaban en el aeropuerto de Moline, en Illinois.

¿Moline? ¿Illinois? Qué palabras tan vacías y qué poco sabía de la geografía norteamericana. Aurora descubrió así que las condiciones climáticas los habían desplazado unas tres horas al oeste de su destino final, en el estado vecino. ¡Con las ganas que tenía de llegar y lo cansada que estaba! Además, la solución que le proponían era patética: tendría que esperar en el aeropuerto una noche y regresar a Houston en el vuelo de la mañana para tomar de nuevo el mismo vuelo a Des Moines que habían desviado y que salía todas las tardes desde Houston. Al día siguiente no había vuelos directos

a Des Moines que salieran de Moline. Por otra parte, los factores meteorológicos no obligaban a la compañía a hacerse cargo de nada.

Aurora tuvo reflejos y se negó a perder un día entero para llegar a su destino. En la terminal del aeropuerto alquiló un coche, un Ford Focus blanco automático con poquísimos kilómetros. Dentro del vehículo se sintió mejor. Conduciría un rato y buscaría un motel. Al amanecer saldría rumbo a Des Moines y con suerte llegaría a la hora de almorzar. Se sintió aliviada de estar en la carretera y no en la terminal convertida en ganado. Los aeropuertos habían deshumanizado a los viajeros y ya no era agradable volar. Ahora les daban de comer porquería y los trataban como si fueran presuntos delincuentes.

Encontró un motel a media hora del aeropuerto, cruzó la gran arteria del río Misisipi iluminada por el núcleo urbano y algunos barcos casino atracados junto a zonas de aparcamiento repletas de todoterrenos y furgonetas. Estaba tan cansada que celebró con ilusión casi infantil su habitación con cama inmensa y bañera con *jacuzzi*. Durmió ocho horas de un tirón y cuando despertó todavía era muy temprano. Decidió tomarse la mañana con calma y disfrutar de aquella habitación en la que había entrado casi sonámbula. No tenía necesidad de llegar a la hora de almorzar a Des Moines, nadie la esperaba hasta dentro de cuatro días. Las prisas eran una ficción que se había fabricado para ordenar su vida. Llegar pronto, buscar apartamento, situarse, confeccionar una lista de cosas que le hiciesen sentir que controlaba la situación. Toda esa ansiedad era innecesaria, y Aurora era consciente de que tenía que bajar el ritmo. Todavía notaba el cansancio del día anterior en forma de leves agujetas en los brazos y un ligero tirón en la espalda. Necesitaba remolonear y usar el estupendo *jacuzzi* de la habitación. El desayuno estaba incluido y le apetecía comer beicon y huevos revueltos. Necesitaba seguir sintiendo la plenitud de los días de playa.

Se quedó relajada y pensativa en la cama jugando con el mando de la televisión sin detenerse en ningún canal. Estaba en la América profunda. El país era gigantesco y Aurora aprendía a situarse en un mapa imaginario que fabricaba su pensamiento. Su territorio estaba al oeste de ese gran río Misisipi que había atravesado medio dormida. Las fronteras de Iowa eran naturales y tenían a ambos lados los ríos Misisipi y Misuri, ambos navegables, en su día las arterias del transporte en América, bombeando el movimiento de personas y mercancías. Ahora habían cedido su puesto a las carreteras anchísimas, al asfalto y a los neumáticos, y los barcos de vapor evocaban su grandeza reconvertidos en casinos.

El día había amanecido luminoso y apacible y Aurora continuó viaje a primera hora de la tarde. El motel estaba en medio de una planicie que daba a una pequeña área de servicio con un restaurante de comida casera y grasienta. El depósito de su Ford Focus estaba lleno y Aurora partió hacia Des Moines sintiéndose libre y aliviada. Este era el comienzo oficial de su aventura y se encontraba en paz con su soledad de viajera en coche de alquiler. Se acordó de la felicidad de su padrastro viendo el fútbol y bebiendo cervezas muy frías. Su felicidad era esa carretera solitaria y un coche automático en el que la velocidad estaba en su pie cuando apretaba el acelerador. Su pie convertido en extensión viva de aquel coche que atravesaba las llanuras de Iowa.

La ruta 80 hacia el oeste era una carretera inmensa. Un paisaje de granjas y plantaciones de maíz que ella llenaría de molinos de viento. Transformaría esas tierras en una nueva Castilla. Esa planicie tenía la textura del infinito, esas extensas llanuras pedían a gritos rebautizarse con el nombre de La Mancha del Medio Oeste. Tierras agrarias donde los molinos de viento serían la energía renovable, salvadora. Energía limpia que desplazaría a las centrales nucleares. Aurora estaba pletórica con sus pensamientos mesiánicos. Planeaba españolizar ese paisaje con aspas gigantescas.

A la hora y cuarto de viaje, el cielo luminoso de nubes blancas y esponjosas sobre fondo azul empezó a amarillear. Luego, una gran mancha irreal de color denso y casi anaranjado se formó en el horizonte. Aurora tuvo un mal presentimiento. El cambio tan repentino de aquel cielo le pareció sospechoso. Puso la radio buscando noticias y al momento encontró la clave de su intuición. Todas las emisoras emitían una alarma de emergencia. Sonaba un pitido profundo e intermitente acompañado de instrucciones claras y bien pronunciadas. Por algún lugar cercano estaba pasando un tornado. Tenía que ponerse a cubierto. El miedo que Aurora experimentó no se parecía a ningún otro miedo. Jamás se había visto en una situación semejante. Recordó cómo de niña vio a un hombre a punto de ahogarse en la playa. El mar lo arrastraba hacia dentro y luego lo lanzaba contra las rocas. La gente que estaba en la arena formó una cadena humana, y después de muchos esfuerzos lograron sacarlo vivo, aunque magullado.

«Al mar hay que respetarlo —decían sus tías en tono solemne—, está lleno de los espíritus de los ahogados imprudentes».

Aquel hombre tuvo suerte, pero Aurora estaba sola en un océano de campos de soja y maíz. Iba a la deriva en un paisaje que se preparaba para recibir un remolino de fuerza brutal que lo arrastraba todo a su paso. Aurora pensó en su muerte, la vio con la piel de un cielo anaranjado que oscurecía el

paisaje. Giró a la derecha, salió de la carretera y se metió por un camino de tierra entre los maizales. La adrenalina le hacía apretar con fuerza el acelerador. Le dolían las manos de sujetar el volante con firmeza.

«Este camino tiene que llevarme a una granja», se decía a sí misma con una convicción asombrosa. Parecía que hubiera sufrido un desdoblamiento interior y la Aurora precavida de los crucigramas y los sudokus se hubiera hecho con el mando de la nave. El tornado estaba acompañado de un viento intenso que arrancaba los arbustos de raíz. Vio pasar ramas y mazorcas, pero Aurora sabía que al final de aquel camino debía de estar la granja donde encontraría refugio. Se negaba a dejar de existir. Ya la habían desterrado al fin del mundo, no era justo morir en su primer día de pionera. No era justo morir tan lejos de los suyos en esa tierra que acababa de rebautizar para la causa de los molinos de viento. El torbellino gigante de infierno y devastación no podía alcanzarla; se merecía una oportunidad, ella amaba la vida.

La vida ese día también quiso que Aurora Altano se salvara. Al final del camino estaba la granja de la señora Rita, que tenía trece gatos y dos galgos corredores cojos que había salvado de morir cuando dejaron de servir para las carreras. Rita, la de las cestas de mimbre. La mujer que había heredado las mejores tierras de la zona y se había encargado de hacerlas prosperar sola y sin la ayuda de ningún hombre. Rita y su granja de tejado rojizo y porche de madera labrada.

Fue Rita, con su dulzura, la que dio cobijo a una Aurora llorosa, a los trece gatos gritones y a los dos galgos aulladores. La gran Rita, la que logró calmar los ánimos en ese sótano lleno de cestas de mimbre y frascos de mermelada casera. Rita, la buena de Rita y su talante optimista a prueba de las peores catástrofes. A prueba de infiernos y hundimientos.

Aurora se quedó varios días en aquella granja. Aprendió a digerir el susto y a respirar despacio. A expulsar el aire de los pulmones lentamente. A cepillar el lomo de los galgos y dejar que los gatos se acurrucaran junto a su cabeza por las noches y le chuparan el pelo. El ronroneo baboso de los felinos era un murmullo tranquilizador que la ayudaba a dormir, a perder el miedo a la oscuridad y sus ruidos.

El Ford Focus de alquiler aguantó con resignación todos los golpes de las ramas y otros objetos. El motor de encendido sonaba bien, dispuesto a continuar viaje. En su chapa quedaba un rastro claro de roces y abolladuras, y el cristal de una de las puertas traseras se había roto. Rita le puso un trozo de cartón con cinta aislante, y Aurora Altano, llena de infinito agradecimiento y

energías renovadas, pudo proseguir su aventura por aquellas tierras donde los vientos esparcen las semillas o arrancan las casas.

Un rezo propio

En la rutina cotidiana de Marcela Sánchez faltaba una palabra esencial. Su vocabulario más básico carecía de ese *no* tan necesario cuando los días solo tienen veinticuatro horas y al menos siete de ellas se deben emplear en dormir. Marcela Sánchez tenía muchas virtudes y ese pequeño defecto. Su incapacidad para decir que no la esclavizaba, comprometiéndola a hacer cosas que no le interesaban lo más mínimo. Una de ellas era acompañar a su vecina al servicio religioso de la parroquia que tenían a varias calles. Todos los domingos, la señora Claire recogía a Marcela y si hacía buen tiempo caminaban juntas a ese insufrible servicio religioso oficiado por un pastor bastante apocalíptico que anunciaba los peligros del pecado dando alaridos. A la señora Claire, que rondaba los ochenta años y había vivido toda su vida en ese ambiente de fervor religioso disparatado, tales sermones le resultaban sumamente inspiradores. Pero Marcela Sánchez se aburría, no era capaz de seguir ni la mitad de lo que aquel energúmeno decía con esas palabras afiladas que parecían increpar y clavarse en sus dóciles feligreses. Marcela coreaba el «amén» con profundo escepticismo mientras se distraía con la silueta del horizonte sinuoso que dejaban traslucir las vidrieras.

Allí estaba Marcela Sánchez con el libro de Salmos tratando de descifrar lo que expresaba aquel vocabulario abigarrado de letras góticas. Pensaba en lo que le quedaba por hacer antes de poder disfrutar del descanso dominical. Su itinerario vital estaba salpicado de pequeños compromisos. A veces los enumeraba en su mente mientras murmuraba el sonido de las plegarias: cambiar y asear al padre del señor Curtis, ayudar a la señora Claire con su jardín, lavar la ropa, llevar la basura a los contenedores de reciclaje...

Una mañana de domingo, el sermón se alargó más de la cuenta. Ese día, el religioso estaba profundamente irritado por la falta de fe en el mundo y arremetía contra el universo entero. Anunciaba un castigo divino inminente y

Marcela se sentía muy incómoda. En el ambiente de la parroquia se respiraba una densidad extraña, como la de esas tormentas de primavera que tanto asustaban a Marcela, sobre todo los primeros años, cuando llegó a este pueblo grande del Medio Oeste. Con las temibles tormentas, los sembrados se llenaban de electricidad y un rayo atravesaba el cielo dibujando en el horizonte un mapa de luz. A Marcela le daba pavor ese sorprendente espectáculo.

Por aquel entonces vivía en un pequeño remolque con dos amigas. Al otro lado de la carretera estaban los sembrados de maíz y ese cielo inmenso que parecía quebrarse con el golpe seco de los truenos. Le costó años acostumbrarse a esas tormentas que arrancaban con la primavera y que con su lluvia espesa marcaban el compás de los días hasta bien entrado el verano. Lo más difícil era sentir su intensidad rebotar sobre la chapa de la pequeña caravana. Marcela Sánchez se tragaba el sabor del miedo invisible en su saliva, pero no decía nada. Simplemente se sentaba en una esquina, doblaba las rodillas contra el pecho y suspiraba después de cada trueno.

Mudarse a una casa de madera fue un gran avance. Aunque fuera una casa diminuta, significaba salir de aquel remolque miserable junto a los sembrados. Ninguna de sus amigas la acompañó, una se fue a vivir a otra caravana con su novio y la otra decidió probar fortuna en otro estado donde los inviernos fueran menos intensos.

Marcela llegó sola a esa casita ubicada en un vecindario lleno de esculturas de gnomos y flamencos rosas. Su casero era el señor Curtis, que había heredado aquella casa de su madre y que vivía con su padre a tres calles. El señor Curtis dirigía un taller que había pertenecido a su padre, un mecánico muy habilidoso sumergido ahora en la densa neblina del olvido vestida de un alzhéimer muy avanzado. El señor Curtis conocía a Marcela de verla limpiar el pequeño restaurante familiar de la señora Dolan, y le ofreció la casita de su madre recién fallecida, con los gastos del agua, la luz y la calefacción incluidos, a cambio de que le limpiara el taller y la casa y le ayudara unas horas al día en el cuidado de su padre enfermo.

El trueque le pareció estupendo a Marcela. Sus obligaciones con el restaurante de la señora Dolan, a una calle del taller mecánico, eran compatibles con los servicios al señor Curtis. La casa de la madre del señor Curtis tenía todo lo necesario, incluidos sus objetos, ropas y muebles. El señor Curtis no había tocado nada, todo estaba impregnado de la esencia de la fallecida. Al parecer, la mujer tenía un carácter insufrible y se había divorciado de su esposo al poco tiempo de nacer Curtis. Había sido incapaz

de superar la muerte súbita de su primera hija y proyectó muchos de sus miedos en la crianza de su segundo hijo. Así, la infancia del señor Curtis, bajo la sombra sobreprotectora de su madre, navegó entre dos casas, tres calles y un pequeño taller mecánico, donde aprendió el oficio de su padre y de su abuelo. Siguiendo la tradición familiar, se había convertido en un estupendo mecánico de coches y motos, y además arreglaba escopetas de caza. Él mismo era un cazador consumado y coleccionaba varias escopetas y un par de pistolas antiguas, que lucía en una vitrina en el salón de su casa.

Aquel domingo en el que acompañaba a su vecina a la parroquia y escuchaba con estupor las diatribas del sermón del pastor iracundo, Marcela le había prometido a la señora Claire que, al volver de asear al viejo Curtis, la ayudaría con el jardín. Se pasaría la mayor parte de la tarde arrancando los innumerables dientes de león que habían salido en el césped de su vecina. A Marcela no le molestaban en absoluto, de niña jugaba a soplar los molinillos de viento que salían cuando las flores amarillas se secaban. Sin embargo, a la señora Claire le parecían un horror esas plantas invasoras que rompían con la armonía de su césped brillante rodeado de enanitos, pequeños ciervos y otros adornos. Marcela Sánchez pensaba en el césped de la señora Claire y se aguantaba las ganas de bostezar y salir de aquella parroquia absurda donde el pastor parecía anunciar el fin merecido del mundo con más energía que nunca. Al párroco se le hinchaban las venas del cuello mientras con los brazos alzados clamaba al cielo. Marcela suspiraba como en los días de tormenta en el remolque, donde se acurrucaba en una esquina y temerosa rezaba para que pasasen los rayos y truenos cuanto antes. Pero el suyo era un rezo distinto al de esta parroquia. Era un rezo propio, un diálogo secreto con la naturaleza para que la dejase vivir, para que de esa tormenta no naciera un tornado devastador, para que los pocos árboles que la rodeaban no se partieran en dos, para poder estar viva al día siguiente y seguir fregando los suelos del restaurante familiar de la señora Dolan.

El rezo de Marcela se alejaba de este mundo, no tenía nada que ver con los sermones inyectados en rabia que escuchaba los domingos ni con la docilidad bovina de aquellos feligreses que seguían atentos las disparatadas amenazas del párroco de voz gangosa y áspera que impregnaban las paredes de la parroquia. El rezo de Marcela era transparente y luminoso en las imágenes que evocaba. Se acordaba de su abuela, doña Natividad, de su pobre abuela viejita y trabajadora infatigable. Qué dulce era el recuerdo de cuando les hacía chocolate en un cacillo en la lumbre y se lo daba con pedacitos de galleta rota, y les pedía, a ella y a sus hermanos, que dieran gracias a Dios con

esa fe silenciosa que acompaña a los más pobres. Ya podría aprender ese párroco de la fe de su abuela, y del chocolate caliente con galleta rota, de esa comunión tan rica que no necesitaba del sentimiento de culpa ni de la absolución. La voz cálida de doña Natividad podía redimir todos los pecados del mundo en su cazo de barritas de chocolate a la taza con un poco de agua. El Dios de su abuela escuchaba los murmullos de la tarde y no te arrastraba a ningún templo. Te dejaba jugar en las calles de arena hasta que la luz se enfriaba con las sombras de la noche.

«¿Dónde estará ahora la abuela? —se preguntaba Marcela Sánchez en silencio—. ¿Habrà conocido a la madre del señor Curtis? ¿Nos mirarán desde arriba? ¿Podrán ver los tejados de las casas?». Qué extraño era pensar en los muertos. Pensar en su quietud, en el tiempo que pasan contemplando la infinitud de las cosas. Su abuela doña Natividad ahora estaría por fin sin hacer realmente nada. Tal vez incluso estuviera muy entretenida mirando la rutina de los días que vivían todos sus nietos. Ella había sido la más valiente, o eso creía la dulce Marcela mientras se arrodillaba siguiendo los movimientos de la señora Claire y de los otros feligreses. Se necesitaba mucha curiosidad y una extraña valentía para cruzar la frontera y caminar por el desierto con una botella de agua. Qué sorprendente era la vida. Ahora Marcela era feliz en una casita de madera confortable. Qué orgullosa estaría su abuela doña Natividad si pudiera verla. Tal vez sí, tal vez podía verla e incluso comentaría con la madre del señor Curtis los pormenores y mañas de algunos muebles de la casa, o de la lavadora que a veces se tragaba los calcetines.

Sí, ahora tenía su propia lavadora en el sótano. Marcela Sánchez se imaginaba la cara de satisfacción que estaría poniendo su abuela. Además, Marcela estaba segura de que, pese al carácter difícil de la madre del señor Curtis, según le había explicado con todo lujo de detalles su vecina, pese a ese genio abrupto y otras manías, la anciana señora Maggie Curtis estaría contenta de saber que Marcela era una inquilina ejemplar, que mantenía la casa tal y como se había quedado el día en que ella murió de un derrame cerebral sobre la mesa de la cocina. Aquella mañana, la señora Maggie Curtis se levantó muy temprano y murió con un sorbo de té en los labios mientras contemplaba la luz brumosa del amanecer. Marcela la conocía de vista, alguna que otra vez se había cruzado con ella en el baño de señoras del restaurante cuando Marcela lo estaba limpiando. La señora Maggie Curtis solía comer allí con su hijo una vez por semana. Fue ella la que le sugirió a este que se planteara contratar los servicios de una inmigrante para aliviar un poco el peso de la responsabilidad amarga de atender al padre. «Una

enfermera constantemente es algo innecesario —le había dicho—, lo que necesitas es alguien que lo limpie y lo asee. No va a mejorar, busca a alguien que te cueste la mitad de la cuarta parte de lo que estás pagando». Era cierto, ella costaba bastante menos que una enfermera diplomada. Así que el señor Curtis la contrató y, cuando su madre murió, le ofreció la casa instaurando ese trueque peculiar que le permitía a Marcela vivir dignamente en aquella vivienda llena de cosas que jamás pensó que tendría.

Por fin terminó el sermón y Marcela y la señora Claire pudieron regresar a sus casas. Pero poco antes de salir de la parroquia, el pastor se acercó atento y solícito a saludar a la señora Claire y a preguntarle por su salud. La anciana le detalló sus dolencias y lo afortunada que era de tener a Marcela de nueva vecina en la casa de Maggie Curtis. La señora Claire destacó la inestimable compañía y la generosa ayuda dominical de Marcela, que no solo la acompañaba al servicio religioso, sino que además la ayudaba quitándole las malas hierbas de su immaculado jardín. El párroco miró complacido a Marcela Sánchez y la felicitó por ser tan buena vecina, celebrando que la casa de Maggie Curtis, la pecadora irredenta que estaría ardiendo en el infierno, estuviera ahora habitada por un alma caritativa y temerosa de Dios. Marcela Sánchez se sintió incomodísima al escuchar aquellas palabras. No había en la casa de la señora Maggie Curtis ningún indicio que mostrara que hubiera sido una pecadora. ¿Cómo podía atreverse ese hombre repugnante a manchar de esa forma la memoria de la señora Curtis, a la que indirectamente ella debía tantas cosas buenas? Marcela Sánchez volvió a casa furiosa y muy frustrada consigo misma por haberse quedado callada, por no haber replicado al pastor.

«Ese hombre es el demonio», pensó mientras se calentaba unas barritas de chocolate a la taza con un poco de agua en un pequeño cazo. Esperó que desde algún rincón del cielo la señora Maggie Curtis perdonara su cobardía. De pronto oyó el sonido chirriante de la puerta de la cocina y para su sorpresa vio cómo el párroco se metía dentro y trancaba la puerta. Venía decidido y se abalanzó sobre ella como si hubiera planeado esa meticulosa coreografía de golpes. La lanzó al suelo y le dio una patada en la tripa que la dejó inmóvil, luego la arrastró tirándole de los pelos y de allí la llevó al sótano, al cuarto de la lavadora, donde la obligó a arrodillarse mientras murmuraba que era una pecadora inmundada, tan repugnante como la vieja Curtis, incluso más, porque ella tentaba a sus feligreses con ese culo. Estaba excitadísimo. La levantó por el cuello y la penetró por detrás. En cada embestida la lavadora temblaba y Marcela, medio inconsciente, no podía creer lo que estaba ocurriendo. El dolor agudo que sentía, la sal en la boca, el labio hinchado, y esa punzada

intermitente que le quitaba la respiración y le destrozaba la carne. Quiso morir en ese instante, evaporarse con el olor a chocolate quemado que impregnaba la cocina y que hizo saltar la pequeña alarma de humos en el mismo momento en que el religioso se corría con una fuerza venenosa. Se abotonó rápidamente mientras miraba a Marcela con asco y la amenazaba de muerte si le contaba algo a alguien. La volvió a agarrar del pelo y le escupió con desprecio en la cara antes de marcharse con gesto de enorme satisfacción.

Marcela subió las escaleras temblorosa y apagó el fuego que había convertido el chocolate en una masa negra y seca. Abrió la ventana para que se fuera el humo y golpeó la alarma con el palo de la escoba para que saltara la pila y dejara de pitar. Subió al baño. No daba crédito a lo que acababa de pasar. Ni en sus peores pesadillas hubiera sido capaz de imaginar una experiencia tan espantosa. Estaba sangrando, tenía la sensación de que la habían roto por dentro. En el papel higiénico se mezclaba la sangre con el semen y Marcela tuvo una arcada tan intensa que se cayó al suelo del baño. Allí se quedó llorando durante más de una hora. Se duchó mecánicamente, como una autómatas que nunca volvería a sentir. La tristeza la ahogaba y lloraba con lágrimas inmensas reviviendo el espanto de la violación mientras descubría los golpes en todo el cuerpo. Se vistió, se maquilló y caminó hasta la casa del señor Curtis. Le tocaba lavar a su pobre padre demente, asearlo y cambiarle las sábanas. Llegó temblorosa y con ganas de llorar otra vez. El señor Curtis leía tranquilo el periódico, saludó a Marcela con un gesto rápido y siguió sumergido en su lectura. Marcela pensó en contarle lo que había pasado, pero no se atrevió; en la amenaza del párroco había algo diabólico que la aterrorizaba, como si desvelando aquel pecado ella misma se condenara. Fantaseó con la vitrina de las escopetas y las pistolas antiguas. Ojalá tuviera coraje para volarle los sesos a ese pastor inmundo.

Marcela Sánchez se metió en el cuarto del anciano enfermo y empezó a asearlo con cuidadosa diligencia. Mientras lo lavaba, pensó en su abuela y en sus rezos transparentes, en su niñez luminosa jugando con las amigas a inventarse aventuras. A los pocos minutos llegó el señor Curtis nerviosísimo:

—Marcela, Marcela, hay alarma seria de tornado, corre al sótano —dijo mientras envolvía a su padre en una sábana y lo cargaba en brazos.

—Pero si no hay tormenta, señor Curtis —respondió Marcela sorprendida.

—Vamos, corre —dijo él, y empezó a bajar con su padre las escaleras del sótano y luego lo acomodó en un sofá raído que había junto a la lavadora.

Marcela se sentó al lado del viejo Curtis y lo cogió de la mano pensando que así se sentiría menos asustado. El anciano babeaba con la mirada absorta.

Al rato, un ruido estridente atravesó la calle como si un tren gigantesco pasara al lado de la casa partiendo las vías.

Se quedaron en silencio un par de horas; incluso el viejo Curtis, desde el fondo de su enfermedad, parecía haber descifrado el significado de aquel sonido atronador que había pasado junto a la casa. El señor Curtis encontró una pequeña radio con auriculares en una de sus cajas de herramientas y escuchó con atención las noticias en el canal de emergencias.

—Ya podemos salir, ya ha pasado —le dijo por fin a Marcela.

El señor Curtis y Marcela Sánchez subieron con cuidado las escaleras y respiraron aliviados cuando vieron que la casa estaba intacta. Sin embargo, a través de las ventanas se podía contemplar un escenario espantoso de tejados, coches estrellados, maderos y árboles partidos por la mitad. El señor Curtis bajó al sótano de nuevo para llevar a su padre de vuelta al dormitorio, y Marcela abrió la puerta de la calle para contemplar con estupor el paisaje de casas derruidas. Al salir golpeó sin querer un objeto que se había quedado enganchado en el marco inferior de la puerta, lo miró fijamente y descubrió con horror que era una cabeza humana arrancada de cuajo, que por los avatares del tornado había ido a parar allí. No era, sin embargo, cualquier cabeza: era, ni más ni menos, la estúpida cabeza del párroco, que, como una ofrenda macabra, el viento de la religión transparente que rige el alma verdadera de las cosas parecía haber puesto a sus pies.

Despedidas

Se sentía sofocada y le asustaba el aura de una posible migraña. En uno de sus ojos notaba los destellos leves de luz que anunciaban las señales inequívocas del cansancio. Tenía además la boca seca después de siete horas al volante masticando recuerdos amargos. El lugar al que iba todavía se estaba recuperando de los estragos de un tornado, donde su tía Claire había muerto por un absurdo traspié. El hogar de su tía estaba intacto, pero dos calles atrás habían desaparecido quince casas. «Es como una triste lotería —le dijo el encargado de la funeraria—, te la arrancan de cuajo o no pasa nada». Pobre tía Claire, las alarmas debieron de asustarla y se quedó para siempre con los ojos llenos de infinito junto al último escalón del sótano. El cuarto de la lavadora de pronto se volvió un abismo inesperado y la anciana se precipitó por el tramo de escalones de madera astillada que había cedido por culpa de la humedad. Fue un golpe seco y contundente del que la octogenaria nunca se despertó.

¿Cuánto hacía que no volvía por allí?, pensaba Irene mientras masticaba ansiosa y casi sin saliva un chicle de nicotina. Trató de relajar la espalda moviendo un poco los hombros. Se sintió varias veces tentada de parar a comprar tabaco en alguna de las gasolineras y dejar el intento de acabar con el mal hábito de fumar para cuando solucionara lo de su tía. Resoplaba con ansiedad, el regreso no le hacía ninguna gracia y odiaba los camiones gigantescos que la adelantaban a gran velocidad por el lado izquierdo. Autopistas inmensas, sembrados de soja, trigo y maíz, y los recuerdos de su tía dándole vueltas en la cabeza. Ninguno de los primos quiso hacerse cargo, pero ella se sintió responsable aunque hubieran pasado más de quince años desde la última vez que se habían visto, cuando la tía Claire se presentó en el funeral del primo Stephen diciendo insensateces.

«Menuda bruja —dijo el primo Arthur—, que se encargue la gente de allí y que se pudra en el cementerio de esa parroquia de mierda donde estamos ya todos condenados».

Arthur era el hermano gemelo de Stephen y tenía todo el derecho a estar todavía furioso con ella. La tía Claire llegó al funeral de su sobrino diciendo que el muchacho había sido castigado porque era un pecador sodomita, pero que ella intentaría interceder ante Dios para que su condena en el infierno fuese más llevadera. Si le hubieran hecho caso, insistía mirándolos a todos con superioridad, con un buen tratamiento en un centro religioso para reeducar invertidos, Stephen habría recuperado la cordura y el gusto por las mujeres y ahora no estaría muerto, cosido a puñaladas por provocar a los hombres. Y lo volvía a repetir con un retintín malsano junto a su hermana, que apenas la escuchaba contemplando deshecha el ataúd cerrado donde descansaba el cuerpo mutilado de su hijo.

Arthur, que sí la oyó claramente, no le perdonaría nunca a la tía Claire aquellos comentarios, y ahora, con su madre sumergida en una profunda demencia senil, no le importaba lo más mínimo la suerte que corrieran sus restos. Lo mismo pensaba el primo Andrew, el más pequeño, que se había ido a vivir a otro continente y no planeaba volver en mucho tiempo. Irene, que se debatía entre parar a comprar cigarros o seguir con los chicles de nicotina, tampoco le perdonaba aquella intervención a la tía Claire. El funeral del primo Stephen había sido uno de los episodios familiares más dolorosos. El drama de un chaval de veinticinco años asesinado a puñaladas por un grupo de homófobos que nunca fueron identificados. Un crimen sin resolver que se archivó. Los asesinos de su primo caminaban libres y probablemente se jactaban en algún lugar de su sanguinaria hazaña. Eso jamás dejaba de doler, y desde luego el Dios de la tía Claire, si también estaba detrás de todo aquello, era un indeseable.

Después del funeral de Stephen nunca volvieron a coincidir con ella, que regresó a su rincón de llanuras y maizales, y sus sobrinos decidieron desterrarla de la memoria familiar para siempre. Todos menos Irene, que había sentido una extraña lástima y todavía la llamaba una vez al año para saber cómo estaba y cerciorarse de que aún respiraba la mala baba venenosa de una vejez que la había vuelto más beata y peor persona. Sin embargo, ese comportamiento tan inapropiado y retorcido con su familia directa contrastaba con la perspectiva de los vecinos, que opinaban que aquella ancianita era un dechado de virtudes a la que sus familiares habían tenido la desvergüenza de abandonar a su suerte. Irene todavía estaba digiriendo aquella llamada:

«Parece que es usted el único familiar con el que mantenía algo de relación». Efectivamente, ella era la única que continuaba en contacto con su tía. Tal vez porque su madre murió cuando era niña e Irene, en algún momento, esperó que su tía ocupara parte del espacio afectivo que su madre había dejado. Pero más que una madre, la tía Claire resultó ser una de las peores madrastras. Por eso Irene se alegró de que solo pasaran juntas sus primeros tres años de orfandad y no le importó que ya adolescente la mandaran a un internado en la otra punta del país, aunque tuviera unos profesores con la mano muy larga, obsesionados con Dios y el pecado. Los castigos y la represión eran al parecer por su propio bien, para lograr entre todos que ella no saliera a su madre. Irene era ilegítima y su tía Claire siempre se aseguraba de que no lo olvidase. «Esa mancha de tu madre soltera la llevas tú, que te quede claro», solía recordarle a la menor oportunidad.

A Irene no le estaba gustando nada rememorar todo aquello, y mucho menos en ese viaje solitario rodeada de camiones gigantescos cargados de mercancías que no dejaban de acecharla con adelantamientos vertiginosos. La muerte de su tía había despertado una serie de imágenes y fantasmas que la hacían desear más que nunca un cigarrillo, o incluso un paquete entero. Se imaginaba saboreándolos durante horas como si generaran el verdadero aire que hace que nos sintamos vivos. El humo de un cigarro transformado en reposo, en pensamiento vago o en un simple bostezo perezoso y picante. El tabaco, por más que fuese un veneno para la garganta y los pulmones, no le resultaba tan nocivo como su difunta tía. ¿Merecía la pena plantarse allí a encargarse de los restos de la vieja? Irene se sintió ligeramente culpable. No le dolía que su tía hubiese muerto, porque no le había dejado ningún recuerdo bonito. Sin embargo, seguía dando vueltas a los años que vivió con ella. Quería creer en una posible sensación luminosa, en la calidez de la casa con los gnomos en el jardín cuando jugaba sola a las muñecas. Tal vez eso era lo que Irene buscaba recuperar con este viaje. No le interesaba el dinero que hubiera dejado. Imaginaba que la tía lo habría donado todo a la parroquia y le daba totalmente igual. A ella simplemente la atraía la posibilidad de volver a aquel lugar a curiosear y a tratar de reconciliarse con aquellos sórdidos años de su niñez. Entraría en la casa y podría pasear por sus rincones en completo silencio sin tener que soportar los comentarios despectivos de su tía. Quizá podría descubrir alguno de sus secretos. ¿Pero qué secretos podía tener una vieja beata que se había pasado media vida condenando al infierno a toda su familia?

¿La gente mala necesita razones para actuar del modo en que lo hace? Lo peor era que su tía no parecía ser consciente del daño que había infligido a su familia. Cómo machacó, por ejemplo, a la pobre tía Rhoda, madre de los gemelos y que tuvo la mala suerte de casarse con un borracho. Rhoda era algo menor que su hermana Claire y sufrió muchas penalidades. No solo perdió a un hijo, también padeció los malos tratos de un esposo que volvía embriagado a casa casi todas las noches a propinarle palizas monumentales. Menos mal que se murió de una cirrosis hepática y la dejó tranquila, pero desgraciadamente quedaba su hermana Claire para martillearla con críticas constantes y retorcidos episodios de chantaje emocional. La tía Claire se creía con la autoridad suficiente para cuestionar al milímetro todos y cada uno de los episodios de las vidas de sus hermanas y, por extensión, de sus sobrinos. En esa ecuación destacaba notablemente la madre de Irene, que en palabras de su tía era de lo peor, porque entre otras cosas se quedó embarazada sin estar casada, y ella, Irene, existía por la compasión de Dios, porque su madre desnaturalizada había intentado abortar haciendo barbaridades.

La tía Claire solía decir que posiblemente Irene no había sido el único embarazo de aquella fresca, pero que Dios, por lo que fuera, había decidido protegerla justo a ella. A Irene se le hacía un nudo en la garganta recordando esas escenas con el eco de las palabras de su tía mezclando la lástima más ruin con un elaborado desprecio. Aquellos primeros años de orfandad fueron un infierno, estaba claro que escuchar a su tía murmurando horrores sobre los demás le había dejado un rastro de ansiedad existencial que todavía la hacía llorar. Por eso ese siniestro internado fue una penitencia bastante más llevadera que la convivencia con su tía. Pasó mucho frío y la obligaban a rezar constantemente por el alma de todos los mortales, pero algunos de los profesores, pese al ambiente represor, tenían un poso de compasión impensable en el alma de su tía. Esa mujer creía en un universo donde ninguno de los miembros de su familia podría salvarse y se sentía en la obsesiva obligación de recordárselo en cuanto tenía ocasión. Irene estaba ya condenada por los pecados de su madre, y todos y cada uno de sus primos, que eran hijos de un borracho maleante y una necia, también. Tenía razón Arthur, no debía haber hecho ese viaje, le estaba sentando fatal recorrer esta ruta de imágenes de odio que la tía Claire había ido forjando a lo largo del tiempo. Paró en un área de descanso y salió del vehículo a que le diera un poco el aire. No había un solo coche y los baños estaban bastante sucios. Debía haberse detenido en la última gasolinera por la que había pasado media hora antes. Miró al horizonte, la luz rojiza del paisaje del Medio Oeste con

sus sembrados y sus cielos inmensos se adueñaba del atardecer. Ya faltaba muy poco para llegar y tenía que hacer un esfuerzo para mantener la serenidad. Imaginarse ajena al rastro de rencor que le quedaba y ser capaz de reencontrarse con los restos de su tía.

El cadáver de Claire reposa con gesto plácido en un ataúd acolchado de la funeraria del señor Johnson.

—Hemos tenido una semana muy dolorosa —le dice el encargado a Irene—. El tornado trajo innumerables desgracias. Imagínese, el pastor murió nada menos que decapitado. El tornado arrancó la parroquia de cuajo con el religioso dentro y solo apareció la cabeza. La gente está desmoralizada, y lo de su tía ha sido muy desafortunado. Era una gran mujer, lo lamentamos muchísimo.

Irene se siente nerviosa. No sabe bien cómo comportarse en esa habitación llena de sillas con el cadáver solitario de su tía en un ataúd rodeado de flores.

El encargado continúa hablando:

—Hemos dado aviso para que los vecinos puedan pasar a despedirse de ella. No le importa, ¿verdad?

Irene le responde con dulzura:

—En absoluto, que vengan todos los que quieran.

Suspira y observa con curiosidad a su tía dentro del ataúd abierto: se la ve mayor, parece tranquila, debía de tener ochenta y tantos. Han pasado quince años desde la última vez que se encontraron. Un extraño tiempo de recelos que poco a poco se irá evaporando.

—Le hemos hecho la permanente y la hemos maquillado un poco, aunque ella no era de las que se arreglaba demasiado —dice el encargado.

—Le sienta muy bien el colorete —replica Irene.

—La verdad es que los difuntos ganan muchísimo con unos retoques, y es importante que los familiares se puedan llevar un buen recuerdo.

—Claro. —Irene sonríe—. Yo me llevo un estupendo recuerdo.

En el marco de la puerta asomaba la cabeza de Marcela Sánchez. Contemplaba la escena con respeto silencioso, sin atreverse a acercarse a saludar. Había caminado varios kilómetros para despedirse de la señora Claire ahora que Dios la había acogido en su seno. Imaginó que la difunta andaría

dando instrucciones a los ángeles celestiales para que la colocaran bien lejos de donde estuviera Maggie Curtis, su antigua vecina, con la que no simpatizaba. La apenó imaginarse a las dos mujeres con caras largas en el más allá, que se hubieran llevado a la tumba la antipatía que sentían la una por la otra. ¿Con qué clase de equipaje cargamos cuando morimos?

A Marcela le alegraba saber que ella se encontraría a los suyos. A los que se fueron muriendo cuando vivía ya demasiado lejos, en estas llanuras del Medio Oeste, y no pudo acompañarlos en sus despedidas. Por eso los nombraba cuando rezaba y seguía viendo sus rostros sonrientes contenidos en las imágenes de los buenos recuerdos. Pero le entraba tristeza, porque decían que Panchito se murió de sed en el desierto de Arizona y en su casa todavía lo esperan. Suspiraba con congoja porque Emiliano se desangró por culpa de la Bestia, pues cayó mal desde el techo de ese tren de carga que cruza la frontera y perdió las dos piernas y nadie lo ayudó. Lo devolvieron en una saca en tres partes, ni se molestaron en coserle las extremidades al cadáver. No eran mayores que ella y ya estaban muertos. Como Camila, que se ahogó con su hijita de tres años en el río Bravo. A ninguno pudo ofrecerles sus respetos, acercarse a su ataúd, coronarlos con flores, tomarles las manos y despedirse de sus cuerpos inertes. No pudo decirles adiós, pero seguían hablándole con la voz de la memoria: «La iré a ver, Marcela —le había dicho Panchito en alguna conversación telefónica—. Cuando cruce yo, lo primero será ir a verla a usted».

El demonio estaba detrás de aquellas muertes. Los mataba por gusto, aunque luego no pudiera arrastrarlos hasta el infierno porque eran gentes de bien. Los mataba por fastidiar, porque eran pobres y en la pobreza desesperada afilaba sus uñas y sus colmillos. Ella había visto al demonio muchas veces haciendo daño, metiéndose en los cuerpos de los hombres para que obraran mal y luego despedazarlos.

Marcela vio salir del salón del velatorio a Irene con el encargado, los saludó con los ojos y aprovechó que ya no estaban para acercarse al ataúd de la señora Claire y poder ofrecer sus respetos a la muerta. Pensó que el maquillaje le daba un aspecto extraño. Parecía más joven, como una muñeca de porcelana antigua. Trató de ser amable:

—Se ve linda, le traje flores.

Marcela había hecho una coronita de claveles rosas y dientes de león y se la puso alrededor de las manos.

—Cuidaré de su jardín, no se preocupe.

No supo qué más decirle a la anciana, pero le daba apuro dejarla sola. Lo que más asustaba a Marcela de la muerte era la soledad de los cuerpos. Por eso le dolía tanto que nunca hubiera aparecido el de Panchito, que no se lo velase como se merecía. Su rastro se había perdido cerca de la frontera en el desierto de Arizona y, con tanto tiempo como había pasado, solo debían de quedar sus pobres huesos esparcidos por la superficie de la tierra seca y dura.

El rastro del perdón

Irene pudo sentir la desolación del tornado rodeando la casa de su tía Claire. El barrio estaba malherido pero la casa seguía intacta, con el mismo gesto bondadoso que recordaba de los años de la niñez. Porque, aunque su tía hubiera sido una auténtica bruja, aquella casa no tuvo culpa de nada y fue testigo silencioso de los desvaríos de su dueña. La muerte de su tía también la había dejado huérfana a ella, e Irene no podía resistir la tentación de hurgar en todos los rincones que le fueron prohibidos cuando era niña. Los gnomos del jardín estaban viejos y habían perdido el color vivo que tanto le gustaba. Sobresalían, además, un par de nuevos inquilinos que le resultaron curiosos: un dragón alado de piedra y una rana de hierro oxidada.

El jardín parecía mucho más pequeño, al igual que la casa. Los ojos de su niñez creyeron ver una mansión donde realmente solo había una modesta vivienda. Pequeña era la entrada que daba a una sala donde había un sofá de cuero adornado con paños de ganchillo. Pequeña era la cocina donde su tía acumulaba infinitos frascos de especias y hierbas aromáticas. Pequeñas eran las dos habitaciones del piso de arriba separadas por un cuartito de baño decorado con baldosas rosas y dos cuadritos con motivos florales. Las paredes del dormitorio de su tía seguían empapeladas con suaves formas geométricas y sobre la cabecera de madera de la cama todavía estaba el sobrio crucifijo de metal dorado. Nada había cambiado en aquella casita y era Irene la que ahora se sentía una gigante recorriéndola con curiosidad e inquietud.

La vida de su tía se concentraba en aquellas paredes y todo era abrumadoramente simple. Muebles sencillos y desgastados por el uso. La Biblia, el único libro sobre la mesilla de noche. La misma colcha de lana gruesa de diferentes colores cubriendo la cama. El misterioso cuarto de su tía parecía no esconder ningún secreto. El objeto más metafísico era esa Biblia manoseada por las infinitas lecturas. La cinta para marcar las páginas era roja

y estaba despeluchada por su tramo final. Irene abrió el texto sagrado buscando el que pudiera ser el último pasaje que habría leído su tía y no se sorprendió al descubrir que la página marcada hablaba de la ira vengadora de Dios. Lo leyó con curiosidad, era la profecía sobre Nínive donde Dios era celoso y vengador. Ese pasaje donde EL SEÑOR, con letras mayúsculas, se venga de sus adversarios y guarda rencor a sus enemigos. «Un Dios lento para la ira pero grande en poder que no dejaría impune al culpable, porque en el torbellino y la tempestad estaba su camino y las nubes eran el polvo de sus pies».

Probablemente, en la lógica de su fallecida tía, este pasaje estaría confirmando que el efecto del tornado sobre el pueblo era el resultado de la ira de Dios llevándose por delante las casas de los pecadores. También hubiera sido interesante conocer su opinión respecto a su propia y desafortunada muerte. Cómo explicaría ella, experta en la vida de los demás, su propio destino. Ella, que todo lo analizaba a través del prisma del Señor, ya no contaba en ese presente. La ira de Dios, que secaba mares, agotaba ríos y marchitaba las flores, era ahora el simple gesto curioso de Irene leyendo aquellas páginas. Ese era el imaginario de su tía, pensó con tristeza. El Dios de la ira que le hablaba desde esa Biblia de las Américas que describía la destrucción total de Nínive. ¿Y dónde diablos estaría esa ciudad sobre la que caía toda la ira del Dios de su tía?

Irene no tenía ni idea de que aquel lugar había sido la capital del Imperio asirio donde vivió el rey Senaquerib. El implacable rey Senaquerib, que castigó despiadadamente a Babilonia, conquistó la Cilicia y obligó a los reyes de estirpe griega a inclinarse ante el poderío asirio. El rey que hizo que Nínive fuera capital de su gran imperio. Doce años tardaron diez mil prisioneros en erigir la plataforma sobre la que se asentaron los majestuosos edificios de su ciudad. Mandó construir además el acueducto de Jerwan para que trajera agua fresca desde cuarenta y ocho kilómetros de distancia. Agua con la que regar los jardines de su inmenso palacio lleno de lujosos cuartos, salones y patios. La ciudad de Nínive crecía, mientras que Babilonia, asediada por su ejército, era saqueada, destruida, incendiada e inundada por las aguas del río Éufrates. El rey Senaquerib se sentía poderoso en la lejana Nínive, junto al río Tigris, localizada justo frente a la moderna Mosul. Se sentía superior destruyendo otras ciudades, aplastando ejércitos, trazando el nuevo mapa de su imperio. Se sentía incommensurable en la hermosa ciudad, pero sobre ella caía la profecía de su destrucción.

En las palabras impresas en la Biblia de la tía Claire bullía la efervescencia del mundo antiguo, e Irene solo alcanzaba a imaginar el gesto de su tía anunciando la ira de Dios al escuchar las alarmas del tornado, buscando refugio en el sótano, el mismo lugar donde hallaría la muerte. Aparte de la Biblia sobre la mesita de noche, no había ningún otro rastro que indicara cómo había sido su universo en aquella casa. Irene quería narrar la vida de su tía buscando los vestigios de su lado bondadoso. Quería evocarla desde sus rincones cotidianos como un acto de compasión para redimirla de los abominables recuerdos. La tía Claire era tóxica, se sentía un ser superior y había condenado a toda su familia, con la que ya no se hablaba, al infierno. Había dejado un rastro ingrato en la memoria emocional de sus hermanas y sobrinos. Era una bruja en toda regla. Una tipa mala, pero Irene quería pensar que, cuando su tía estaba sola en aquella casa, tal vez sus pensamientos también cobijaran cosas buenas. Esa venenosa superioridad moral con la que juzgaba a sus allegados no podía ser el único ingrediente que albergara su corazón. Irene recorría el dormitorio inspeccionando los armarios y solo encontraba ropa y sábanas impregnadas del olor rancio del algodón que amarillea en los espacios cerrados. No había cajones con cartas viejas ni secretos que mostraran la otra cara de la tía Claire. No había cartas de ningún soldado ni postales de amigos lejanos, no había nada. Su tía había vivido la vida más anodina del mundo en aquella habitación.

El otro cuarto de la planta de arriba, que Irene había ocupado durante tres largos años después de que su madre muriera, seguía casi igual que entonces. La pequeña cama nido y el escritorio con un flexo plateado, tal y como lo recordaba. Ahora, además, había una máquina de coser de las antiguas y un confortable sillón orejero con una lámpara de lupa para bordar. Al parecer su tía se había puesto a coser, a bordar y a tricotar en las últimas décadas de su vida. A Irene le hizo gracia descubrir que el armario en donde había guardado su ropa muchos años atrás olía bien, a lavanda fresca, estaba lleno de lana de diferentes colores y guardaba un par de manteles de hilo primorosamente bordados con juegos de seis servilletas.

Al fin le encontraba una virtud a su inaguantable tía. Cuando vivió con ella nunca la vio coser, bordar, hacer punto o ganchillo. El que había sido su cuarto de pequeña mostraba una faceta de su tía que le agradó. Además, en los últimos años Irene se había aficionado al punto y al ganchillo. Solía reunirse con un par de vecinas a compartir patrones y charlar mientras tricotaban. La casa de Claire tenía un lado interesante donde los ovillos de lana de colores, ordenados en los cajones del armario, parecían querer dar una

versión alegre de las cosas. Irene buscó un par de cajas y fue metiendo todo aquello en el coche. Las lanas, la lámpara con forma de lupa, la caja de la costura, las agujas de ganchillo y las de punto. Incluso se llevó la máquina de coser, que pesaba un montón porque era bastante antigua, y tuvo que adelantar los asientos de atrás para que cupiera el correspondiente mueble.

Luego subió al dormitorio de su tía para echar un último vistazo. Volvió a coger la Biblia, quitó el marcapáginas de tela rojo y buscó un nuevo pasaje abriéndola por el principio: la historia del cielo y la tierra. Y pensó en esa tierra que fue soledad caótica donde el abismo estaba cubierto por las tinieblas. Y entendió que el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas y que con su voz se hacía la luz. La imaginación de Dios dibujaba el paisaje con sus palabras y creó un firmamento que separaba unas aguas de otras. Hizo aparecer lo seco, que llamó tierra, y con toda el agua se inventó los mares. Y cuando hizo que brotara de la tierra la vegetación con todos los árboles frutales, Irene pensó que era el momento de irse y dejar que en aquella casa también brotaran las semillas de los mejores deseos y se quedara en el gesto del Dios que se inventó el mundo, antes de que las estrellas iluminaran la noche, mucho antes de que la humanidad poblara el planeta.

Pensó en los mares inmensos y en los árboles sobre la tierra, en los bosques y en su madre llevándola de la mano a recoger manzanas un otoño. Una niña en un bosque con una cesta de mimbre y tres pequeñas manzanas. Y vio a su madre muerta hacía tantos años con una nitidez que la asombró y dijo «mamá» imitando al Dios creador, nombrándola con un amor infinito y tan inmenso que por unos instantes aquella casa se llenó de luz y se pareció al paraíso.

Fuego y agua

Lo que no pudo hacer un tornado, lo hizo un incendio. Las llamas consumieron el club de alterne en menos de tres horas. Fue un fuego tan potente y agresivo que los bomberos y la policía trabajaron con mecánica diligencia, priorizando su contención, porque eran conscientes de que nada de lo que había dentro se podría salvar. Acordonaron la zona para que los curiosos somnolientos, a los que despertaron las sirenas, no se acercaran demasiado y evitar así accidentes, pues el fuego atrae las miradas. El local ardió con un ansia de humo tóxico que obligó a los bomberos a ponerse las máscaras de oxígeno para respirar y poder acercarse con las mangueras y humedecer bien los alrededores. Ampliaron en dos ocasiones el círculo de seguridad mientras asistían impotentes al crepitar de aquella pira iracunda de llamas azules. Alfredo contemplaba estupefacto el espectáculo de la combustión desde la colina, a la que daba la parte trasera de ese local de bailarinas exóticas en el que había trabajado durante casi dos décadas. Allí le habían pedido que se quedara y desde allí contemplaba la coreografía de los bomberos. Pocas horas antes había visto el baile de las chicas cautivar a los borrachos en la tarima dorada, sus cuerpos decorados con purpurina y su elasticidad jugando con la cilíndrica barra metálica y dando vueltas en el aire. Cuerpos perfectos los de aquellas mujeres medio desnudas, como perfectos eran los de aquellos hombres vestidos con grandes parkas naranjas tratando de impedir que se propagase el fuego.

Fue algo extraño, ocurrió cuando Alfredo estaba terminando de recoger y pasaba el escobón por debajo de las mesas. Ya se habían marchado todas las chicas con los últimos clientes; entonces apareció el humo con su lengua de fuego. La sala era solo silencio agrio de goterones de cerveza y él andaba quitando los chicles secos que estaban pegados debajo de las mesas y la barra del bar con un cuchillo, mientras pensaba en lo cochinos que llegaban a ser

los clientes, porque casi todos los meses tenía que hacer ese mismo ejercicio de raspar la goma de mascar adherida a las superficies ocultas. Con las chicas había dejado claro el asunto de los chicles, y al menos ya no tenía que limpiarlos de la parte de abajo del mostrador de espejos de los camerinos, pero los clientes carecían de educación y seguían deshaciéndose de la goma de mascar pegándola en cualquier lugar escondido. Notó que le picaban los ojos y creyó oler a quemado, entonces vio salir el humo de detrás de las cortinas. «Mierda», pensó, y corrió a por el extintor que había detrás de la puerta de la cocina. Quitó el pasador de seguridad y buscó la base del fuego para apuntar contra ella con la pequeña manguera, pero las cortinas y el humo no le permitían ver el origen exacto de las llamas, que se extendían rápidamente por varias zonas. Trató de apagarlas apretando con fuerza la palanca y dejando que la nieve carbónica inundara el escenario. El anhídrido carbónico formaba copos blancos y daba un aspecto nevado a la sala, pero aquella bombona era insuficiente porque todo el local parecía estar hecho de materia inflamable. La tarima de madera forrada en algunas partes con terciopelo rojo, la moqueta peluda en las escaleras de acceso a los camerinos, las paredes empapeladas con dibujos dorados sobre fondo granate, las vigas de troncos envejecidas, todo parecía entregarse con resignación al ímpetu de las llamas que iban prendiendo como la cabeza de una cerilla gigantesca.

«Mierda, mierda, mierda», repetía nervioso Alfredo mientras se llenaba los bolsillos con la recaudación de la caja y no era capaz de encontrar su móvil. ¿Dónde lo había puesto? Estaba desorientado por la tensión, debía salir de allí cuanto antes. El humo, ese humo denso, podía matarlo, y sentía el corazón en la boca y tenía la misma sensación de irrealidad que se tiene en los accidentes de automóvil cuando se pierde el control y algo te saca de la carretera y ves cómo tu vehículo te arrastra golpeándose contra todo lo que le rodea. Unos meses atrás, Alfredo se había salido de la carretera por culpa de un pequeño boquete en el asfalto que le reventó una rueda. Los dichosos boquetes que se abren una y otra vez a causa de los cambios extremos de temperatura. Las grietas, los agujeros, las señales inconfundibles que dejan los días helados donde el termómetro se precipita hacia el abismo del frío sordo que carcome la piel.

Alfredo tuvo suerte de no chocar contra el coche que venía de frente por su lado izquierdo; simplemente se salió de la recta, fue campo a través y frenó en seco tras dar una vuelta completa de campana. Escuchó el primer reventón como una explosión seca y luego sintió cómo el coche se arrastraba por el terraplén y una suma de golpetazos. Los segundos que duró la coreografía del

accidente eran una mezcla de respiración contenida y perplejidad que luego se transformó en susto. El coche, un viejo Oldsmobile Cutlas del 85 azul metalizado y sin airbags, quedó detenido en medio del sembrado. Alfredo pensó que se mataba al sentir la voltereta y la fuerza del cinturón de seguridad clavándosele en la ingle y en el pecho. Cuando salió del coche a la luz cálida que se filtraba entre las nubes, respiró la savia de las plantas rotas y aplastadas, vio las abolladuras y las ruedas reventadas por los golpes y pensó aliviado en la suerte como una energía invisible y salvadora.

El mismo alivio sintió Rita, que volvía del supermercado con el avituallamiento de la semana e iba en su camioneta por el carril contrario. Vio horrorizada cómo sucedía el accidente frente a sus ojos y creyó que aquel coche azul invadiría su carril y se la llevaría por delante. Había repostado en la gasolinera y había comprado además dos garrafas de repuesto llenas de gasolina para la maquinaria de la granja. Un choque entre ambos hubiera sido una verdadera catástrofe explosiva. Rita intentó reducir la velocidad y apartarse. La fortuna quiso que el coche de Alfredo no fuese de frente hacia donde estaba ella y saliera disparado como un cohete por la derecha, donde cayó por el pequeño terraplén que daba a los sembrados. Rita observó cómo el Oldsmobile Cutlas azul del 85 se precipitaba y ascendía para luego golpearse con el morro y súbitamente frenar y dar una espectacular vuelta de campana. Acercó su camioneta y fue corriendo a auxiliar a los pasajeros. Del coche salió Alfredo bañado en los cristales de la ventanilla.

—¿Estás bien? —preguntó Rita.

Alfredo caminaba aturdido alrededor de su coche encallado entre los incipientes brotes del maíz. No daba crédito a lo que acababa de vivir. La sensación de irrealidad lo llevaba a mirar a la mujer con asombro.

—He estado a punto de matarme —le dijo a Rita con voz afónica, como si su garganta se hubiera secado de repente.

Desde la carretera se veían las marcas de las ruedas dibujando un nuevo sendero entre las plantas.

—Se me ha ido el coche. Se ha reventado una rueda.

Todas estaban destrozadas, también el eje que las sujetaba. El pobre vehículo había quedado bastante dañado. El respiradero del morro estaba lleno de hojas y tallos y parecía una boca rota.

Rita observaba a Alfredo y trataba de averiguar si tenía alguna herida o contusión grave.

—Ten cuidado con los cristales. Ven conmigo a la camioneta, tengo agua destilada, hay que limpiarte la cara y las manos.

—Me duele un poco el pecho.

Alfredo se desabotonó la camisa y le mostró a Rita la marca roja que le había dejado el cinturón de seguridad.

—Eso es el roce del cinturón, has parado con mucha fuerza —dijo ella mientras sacaba de la parte de abajo del asiento trasero una botella de tres litros de agua destilada.

Rita le explicó que la usaba para mezclarla con sal y hacerse lavativas nasales porque sufría de pólipos.

—El agua destilada no es para beber, ¿tienes sed?

—Me bebería una cerveza bien fría. —Alfredo se moría por tomar un trago.

—Lo siento, pero no llevo cervezas, pero tengo jugo de granada, que está buenísimo y tiene muchos antioxidantes. —Rita sacó una botella de forma redondeada que contenía un líquido granate—. Ya verás como te ayuda a sentirte mejor.

Alfredo bebió el jugo de granada que le había ofrecido Rita. Tenía un sabor amargo que le recordó levemente al vino, y se sintió más sereno.

—¿Dónde quieres que te lleve? —le preguntó la mujer.

—Deja que busque mi cartera y mi teléfono, y los papeles del coche.

Alfredo caminó hacia su vehículo y se sintió sorprendentemente lejano del hombre que unos minutos antes había tenido el espectacular accidente.

Los bomberos riegan las ruinas del local. Alfredo todavía siente el recuerdo del agua destilada mojando su cara y sus manos. Qué bien le vendría ahora un buen trago de jugo de granada. El amanecer olía a madera quemada, a pintura plástica derretida, a incendio venenoso, a espanto. Tantos sobresaltos en tan poco tiempo. Alfredo se sentía afortunado una vez más en la que parecía ser la ruleta de su vida. No había pedido jugar, pero allí estaba ganando otro día más el juego, ahora sintiendo la boca seca, saboreando los restos de la combustión. Podía haber sido una tragedia, pero por fortuna él fue el último en abandonar el antro. Pensó en el río Misisipi, en el casino flotante donde Emily había conseguido redimirse como crupier, tal vez ella pudiera ayudarlo a encontrar empleo. Esos barcos necesitan cuidados, funcionan las veinticuatro horas, hay barras y gente bebiendo, ceniceros que limpiar, chicles que despegar, él era un hombre dispuesto que se adaptaba bien a todo tipo de trabajo; además, de niño siempre lo fascinó ese río inmenso, esa arteria de agua gigantesca que cruzaba las tierras del Medio Oeste.

Feminismo

Diana P. se miró en el espejo del baño. Tenía el blanco de los ojos decorado con abundantes y finísimos hilos rojizos. Parecían dos lunas de sangre en medio de un eclipse celestial. Llevaba una semana en la granja de su madre masticando la amargura de su despido, pero fue en ese momento, mirándose fijamente a los ojos enrojecidos, cuando se dio cuenta de que había tocado fondo. Se apresuró a volver a la cama y se tapó la cabeza con las sábanas. Tocar fondo tumbada en su cama nido de la niñez le parecía más llevadero que verse en el espejo demacrada y llorosa.

Lo cierto es que el despido la pilló desprevenida. Pensó que, con el nuevo equipo directivo formado por mujeres, ella, que era de las pocas féminas que colaboraba desde tiempo inmemorial con el periódico, permanecería. Pero fue la primera en caer, sus canas mal teñidas y su miopía no encajaban en aquel nuevo equipo de feministas de quinta ola que acababa de llegar.

En menos de un mes la pusieron en la calle. Se sintió como los galgos tullidos que recogía su madre. Esos perros que se dejaban la piel en las carreras, que se destrozaban las patas corriendo sin descanso detrás de una liebre falsa para que los ludópatas arruinaran a sus familias. La vida miserable de los galgos de carreras era como la suya. La tuvieron corriendo hasta que se le reventaron las patas y ahora estaba en la casa de su madre lamiéndose las heridas. En tan solo veintisiete días habían decidido prescindir de sus servicios.

Ella, que había entrado en la época de las colaboraciones intermitentes y los acuerdos verbales, no tuvo nada a lo que aferrarse. Se quedó sola con su dignidad de mujer pionera en la era del patriarcado. Qué irónico, ahora que llegaba la era del feminismo, su feminidad sobraba. Ella, que era la periodista más flexible y cumplidora, que fue durante un tiempo la reina de los reportajes que nadie quería cubrir, que se tragaba las suplencias de los días de

fiesta, y que incluso fue capaz de inventarse durante tres meses los estúpidos párrafos del horóscopo. Sí, ella, la que se hizo pasar por el oráculo del *Prairie Sun*, nunca anticipó el horrible despido.

¿Era esto el triunfo de las mujeres? ¿Quemar vivas a las Juanas de Arco, a las pocas que comenzaron solas e hicieron bien su trabajo en el mundo de los hombres? Diana P. había pensado ingenuamente que con el nuevo equipo su labor sería por fin reconocida, y que su columna de los lunes podría incluso ampliarse a una nueva contribución quincenal en el suplemento dominical, donde escribían los más veteranos. Cuando en el contestador automático escuchó que su jefa quería hablar con ella, pensó que la llamaba para incluirla en el nuevo proyecto del periódico. Pero resultó que no. Simplemente quería informarla de que al mes siguiente prescindirían de ella porque estaban buscando nuevas voces y planeaban transformar las columnas de opinión. Era mentira, por supuesto, porque con los otros cuatro colaboradores, todos hombres, no se atrevieron, y ellos también tenían sus propias columnas.

Diana P. se tuvo que tragar el sapo de ver cómo ponían a una amiga de la directora bastante mediocre en su sitio. Por lo visto, ese nuevo feminismo consistía en hacer intercambiables a las mujeres. No importaban los méritos, la etiqueta de mujer era suficiente. El carnet de sexo femenino y amiga de la directora bastaba. Qué gran autoridad la de su nueva jefa. Qué valiente ese feminismo de amiguitas cantamañanas: se llenaban la boca con la palabra *mujer*. El nuevo feminismo era tan sectario como la política de partidos y ahora Diana P. estaba en la calle, y era una mujer, tan mujer como su jefa y con un currículum mucho más brillante.

—Hija, no te puedes quedar todo el día en la cama —le dijo su madre con dulzura desde la puerta de la habitación—. ¿Vas a seguir mortificándote con lo que te han hecho esas brujas?

Diana P. cerró los ojos y suspiró:

—Son unas cínicas. No hay derecho, mamá, están abusando del sistema, se han apropiado de la lucha de todas las mujeres para montarse el chiringuito. Se escudan bajo un falso feminismo que terminará destruyendo el verdadero.

—¿Y metida en la cama te vas a enfrentar mejor al falso feminismo? Cariño, las mujeres malas son tan viejas como el mundo, yo también luché mucho criándote sola, y no fueron precisamente las mujeres las que más me ayudaron. Si yo te contara las zancadillas que me han puesto algunas. Mi vida ha sido mucho más penosa que el despido maquinado por unas malas pécoras. Mis tiempos fueron horribles. A tu pobre padre lo mataron en una guerra a

la que no quería ir, fue carne de cañón, éramos tan jóvenes. Menos mal que por aquel entonces no nos obligaban a ir a nosotras.

La madre de Diana P. tragó saliva y creyó ver en los ojos de su hija la mirada de su marido fallecido; habían pasado más de cuarenta y seis años, pero no había dejado de pensar en él ni un solo día.

Se fue acercando a la cama de su hija y trató de persuadirla.

—Venga, Diana, levántate, vuelve a ser la de antes y olvídate de esa mierda. ¿Te sentirías mejor si te hubiera despedido un hombre?

—Mamá, no lo entiendes. Ellas vendían la idea de reformar el periódico y luchar por la igualdad, por la paridad. Pero era la paridad de sus amigas. ¡La paridad de su grupito de mujeres! —enfaticó Diana P. con rabia.

—¿Por qué pensabas que por ser mujeres serían mejores personas?

La madre de Diana P. se sentó en el borde de la cama y observó a su hija con ternura; tenía la mirada de su padre, pero el resto lo había heredado de ella. Desde el físico hasta la voz y la manera de expresarse. A veces le parecía que hablaba con una versión de sí misma veinte años menor.

—Prometieron a los lectores que defenderían a las mujeres, y mis colaboraciones eran impecables —respondió al fin Diana P. con la mirada perdida.

—Hija, venga, sal ya de la cama —le rogó su madre—. Llevas una semana enredada en estos pensamientos. La lucha contra el falso feminismo, o como quieras llamarlo, no se puede hacer lamentándote bajo las sábanas. Tú misma lo has dicho, tienes un currículum impecable, y con toda tu experiencia seguro que hay otros periódicos que estarán encantados de poder contar contigo.

—No lo sé, mamá. Yo no me he dedicado a hacer amiguetes, no tengo contactos. Y me siento una fracasada. ¿Cómo le explico a la gente que el nuevo equipo de mujeres que ha venido a revitalizar el *Prairie Sun* ha decidido prescindir de mí, que soy tan mujer como ellas, y lo han hecho de forma arbitraria?

—Pues explícalo así cuando te pregunten. Como en las columnas que escribes. Lo que te ha pasado es un buen ejemplo de las prácticas siniestras del falso feminismo.

Diana P. mira a su madre y piensa en lo pisoteada que se siente por culpa de ese feminismo impostor que está adquiriendo poder político y utiliza el discurso de la igualdad para ocupar puestos por paridad, no por méritos. Se imagina la columna que sugiere su madre, a la que considera un millón de

veces más inteligente y valiente que su jefa y todo su nuevo equipo, y trata de verbalizar la idea:

—Es verdad, mamá, con ese falso feminismo se establece un nuevo tipo de corrupción, ser feminista deja de ser garantía de igualdad, ahora que han adquirido poder han comenzado a corromperse al convertirse en sectarias.

—Querida, aquí hay un artículo. Deja que todo lo que te ha pasado repose, busca más casos como el tuyo y escríbelo.

—Es demasiado personal y me duele. A mí lo que me gusta es escribir con la mente abierta, pensar sobre lo que sucede en el mundo y contárselo a mis lectores de forma positiva. Escribo sobre la actualidad y las preocupaciones que tenemos todos.

—Pues estas malas prácticas pueden ser un tema de actualidad que interese y sirva para que el feminismo haga autocrítica y mejore.

—Mamá, no soy objetiva, me han echado. Esas brujas me han echado — repitió Diana P. con pesadumbre.

—Claro, el falso feminismo de las brujas te ha puesto en la calle. Por eso tienes que levantarte y dejar de esconderte en este cuarto.

Diana P. se incorporó y salió de la cama, caminó un par de pasos y se detuvo a mirar a través del cristal de la ventana. En el poyete exterior había tres gatos que contemplaban la escena con atención. Golpeó levemente el cristal con la uña y uno de los gatos maulló respondiendo a su saludo. En el horizonte se veía un tractor verde con un vagón enganchado en la parte de atrás. Lo seguía otro tractor que aspiraba el grano y lo expulsaba por un tubo sobre el vagón del primero. Ya estaban recogiendo la cosecha y Diana P. llevaba una semana lamentando su humillante despido. Sin apenas levantarse de la cama, sin ducharse ni peinarse. Convertida en una mujer descuidada y llorosa. Se acordó del verano en el que uno de sus primeros novios la dejó plantada y ella se metió en la cama y solo salió cuando no le quedó otro remedio. Estuvo encerrada en ese mismo cuarto hasta que se le atragantó la llantina y le entraron ganas de vomitar y el olor de su sudor se convirtió en una sensación rancia. La habían abandonado y apestaba a derrota.

Y ahora el despido la había empujado a una regresión que la llevaba de vuelta al infierno de la adolescencia. También entonces hubo un grupo de chicas que le hicieron la vida imposible. A la ecuación del primer desamor se sumó el malicioso comportamiento de varias compañeras que se dedicaban a martirizarla a la hora del recreo. Lo que más rabia le daba era no haberse defendido ni antes ni ahora. No haber mandado a su jefa al infierno y haberle dicho que, si despedirla era parte del nuevo discurso feminista, se le tendría

que caer la cara de vergüenza porque en definitiva era tan impresentable como los hombres que tanto criticaba. Porque la renovación feminista con mujeres así, que reproducían la misma mierda que los hombres, era de chicha y nabo, una pose que desmerecía la verdadera lucha por las mujeres, que estaba, por cierto, en otros campos de batalla. ¿Quién defendía a las abuelas negras de los barrios periféricos, rodeadas de nietos porque sus hijos estaban en el cementerio atravesados por las balas? Esas sí que estaban jodidas y merecían una revolución. O las niñas prostitutas en los confines turísticos de los países asiáticos. El listado de las mujeres por las que merecía la pena luchar era interminable, las causas se dibujaban en un mapamundi imaginario de países donde el abuso contra las mujeres era sistemático. Todo eso la llenaba de coraje. El periodismo era su gran vocación, creía en las transformaciones sociales, creía en sus lectores como almas comprometidas que entendían y compartían sus preocupaciones. Y, sin embargo, al nuevo equipo de mujeres su voz le había parecido tan insignificante que la habían despedido. Qué paradoja, su voz femenina, la pequeña antorcha encendida junto a litros de testosterona durante años, había sido apagada por la humedad viscosa del estrógeno que rezumaba el falso feminismo.

La madre de Diana P. era menuda, enérgica y vitalista. Miraba a su hija y se compadecía de su berrinche. Canosa, arrugada y de aspecto endeble, era, sin embargo, una mujer de acero que sentía una profunda empatía por el sufrimiento. Tal vez por eso recogía animales abandonados y se preocupaba por la gente más vulnerable. La viudedad había marcado su juventud y tuvo que parir y criar a su hija sola. Padeció lo indecible cuando la informaron, estando embarazada de Diana P., de que su marido había muerto torturado a manos del enemigo. Durante años se despertaba en mitad de la noche llorando y llamando a su esposo en sueños. Pero en la granja, que casualmente heredó de un tío lejano de su esposo, pudo encontrar la calma. Se hizo granjera y aprendió a entenderse con los sembrados y el horizonte de nubes que cubría el cielo. Su hija, sus gatos y sus galgos, y una vida sencilla escuchando la radio y trenzando cestos de mimbre se transformaron en los ingredientes de su felicidad cotidiana. Su hermana vivía en otro estado, a casi mil kilómetros de distancia, y tuvo que conformarse con recibir la visita de sus sobrinos una vez al año. A ella le hubiera encantado tenerlos cerca. Cuando sus padres murieron, sintió que su hermana era el cordón umbilical que le quedaba con la infancia.

La guerra había sido su final antes del principio. La guerra de los hombres, ese abismo de odio a donde mandaban a morir a los jóvenes

soldados. La madre de Diana P. todavía lloraba con rabia infinita la horrenda muerte de su esposo. La guerra le había robado la vida, y cuando nació su hija pensó aliviada que al ser niña no tendría que ir al campo de batalla. Luego la historia cambió y alistarse ya no era obligatorio. Tanto hombres como mujeres podían ser soldados y enrolarse en el ejército como profesionales. Menuda mierda de feminismo, pensó entonces la madre de Diana P., la igualdad ahora consistía en ir juntos a las trincheras a matar y dejarse matar, ser soldado profesional era ahora una opción vital igualitaria, pero en realidad era una triste opción para los pobres. Porque los pobres eran los que al final iban a todas las guerras. La patria de los pobres soldados. Si ella hubiera podido cambiar el curso de la historia, habría prohibido las guerras. En eso consistía su forma de entender el feminismo, en que los hombres también se hubieran quedado en casa, junto a las mujeres.

Ahora su hija no tenía trabajo y a la pobre el despido le dolía el doble porque se había creído que el feminismo de su jefa, y de ese equipo de mujeres que la acompañaba, era una garantía de calidad. Pero no se había dado cuenta de que, a esas alturas, en la sociedad en la que vivían la calidad humana no tenía sexo ni género.

—Diana, voy a recoger un galgo que querían sacrificar, acompáñame, anda.

Diana P. salió de su ensimismamiento.

—No entiendo por qué continúa abierto ese canódromo.

—Mientras haya quien apueste, seguirán explotando a los perros —respondió su madre con gesto serio.

Madre e hija fueron hacia la camioneta. Diana P. contempló su aspecto derrotado en el reflejo de la ventanilla y su madre trató de consolarla dándole perspectiva a su disgusto:

—Hay seres que tienen una vida más triste que la tuya.

—Ya lo sé, mamá, todo lo que nos pasa es relativo, pero las pequeñas injusticias, los gestos diminutos malvados suman en el infierno.

—¿Ahora crees en Dios?

—Ojalá, mamá, ojalá creyera en Dios o en fuerzas bondadosas sobrenaturales que ejercieran justicia todos los días. Pero por ahora solo creo en el infierno. Todo lo que sucede está impregnado de gestos malvados y egoístas.

—Nosotras somos una fuerza sobrenatural que se va a traer otro perro a casa. Vamos a ser las diosas de ese infeliz que quieren matar porque se ha quedado cojo. Nadie quiere a un perro cojo. Pero nosotras sí.

—Visto de ese modo, me haces sentir mejor.

Diana P. la escuchaba con enorme simpatía. Su madre era una diosa en medio de los sembrados y los cielos inmensos. Los gatos y los perros la adoraban, también los inmigrantes y sus familias, a los que ayudaba y daba un trabajo legal y bien remunerado cuando tocaba sembrar o recoger las cosechas. Aquella mujer había obrado pequeños milagros con unas tierras fértiles en las que el maíz, la soja y la cebada crecían de forma abundante y, curiosamente, siempre se libraban de las plagas.

Llegaron a la gasolinera donde habían dejado la jaula con el triste galgo cojo. Los galgos son animales extremadamente sensibles y el bicho temblaba lloroso, consciente de su soledad. La madre de Diana P. se acercó a la jaula con una correa y un collar en la mano. El animal pudo oler su bondad, aunque no la conociera, e intuyó que aquella mujer menuda era su rescatadora y se incorporó con timidez mientras ella abría la jaula y le acariciaba la cabeza.

—Pobrecito, qué guapo eres —le dijo con voz tierna.

El galgo era gigantesco y tenía un aspecto sucio y descuidado parecido al de su propia hija, que observaba la escena a pocos metros.

—Eres precioso —dijo la madre—, y te voy a llamar Feminismo.

—Mamá, por Dios, que es un perro; además, es macho.

—Te aseguro que eso al verdadero feminismo le trae sin cuidado. Lo importante es que pensemos en él con verdadero amor.

—¿En el perro o en el feminismo?

—En los dos.

Diana P. y su madre volvieron a casa con Feminismo, y los gatos y los otros dos galgos tuvieron que acostumbrarse a su presencia. Feminismo era un galgo enigmático y bueno al que los gatos siempre contemplaron con desconfianza. Era el más grande de todos, pero estaba tullido de una pata delantera que tenía una herida abierta purulenta y que al final tuvieron que amputarle. Aunque su porte era impresionante, le costaba mucho moverse y no podía correr. Le gustaba tumbarse en el porche y acompañar a la madre de Diana P., que se pasaba las horas trenzando cestas de mimbre. El animal vivió una vejez feliz en aquella granja pese a su desventurada juventud en las carreras y su pata amputada. Y Diana P., como ya había anticipado su progenitora, encontró trabajo en el periódico de la competencia y siguió escribiendo artículos y columnas. Nunca se atrevió a escribir el artículo sobre el falso feminismo, aunque su madre de vez en cuando se lo recordaba:

—Hija, no te olvides de desenmascarar a los que se aprovechan del feminismo y lo corrompen. Cuenta lo que te pasó.

—¿Cómo anda Feminismo? —se apresuraba a preguntar Diana P.
—Bien. Es muy cariñoso —le respondía su madre.

El tiempo de las semillas

Aquella mañana Diana P. se dio cuenta de que su madre nunca la vería envejecer. Tuvo ese inquietante pensamiento mientras se lavaba los dientes y escupía el agua con la que se estaba enjuagando la boca. Su madre se hacía mayor y Diana P. se resistía a entender ese proceso. Sin embargo, al mirarse al espejo ese día tan temprano, se vio casi idéntica a la imagen en presente continuo que tenía de su madre. Se sintió su vivo reflejo, solo le faltó exclamar «mamá» y que el espejo le respondiera con la suave voz de su progenitora. La misma nariz, las mismas facciones, las mismas arrugas alrededor de los ojos y en la frente. Aunque ella siempre dijera que la mirada era la de su padre, Diana P. se había convertido en una especie de clon de su madre. De esa imagen nítida que tenía de ella desde que era adolescente. Tal vez haber dejado de teñirse contribuía al parecido. Quizá estar trabajando con Eloy, un fotógrafo al que sacaba más de dos décadas y al que tenía que recordar reglas básicas como la puntualidad o que no fumara en el coche, le hacía parecerse aún más a ella. ¿En qué momento dejamos de ser hijos y nos convertimos en adultos responsables?

Un reportaje sobre la conservación de las semillas y la fragilidad de las abejas la había sacado del ensimismamiento adictivo de las pantallas, leyendo sin parar en la oficina las noticias que llegaban de las agencias de información. Volver al campo para descifrar el apocalipsis que anunciaban los ecologistas. Confirmar de primera mano el estrés de las abejas y las enfermedades raras que acosaban a los insectos polinizadores. Aprender sobre todas las posturas y los enfrentamientos entre los orgánicos y los agroquímicos, y que se lo explicaran con detalle para que ella pudiera traducírselo a los lectores de forma clara. La noche anterior, Diana P. había estado a punto de llamar a su madre para que le diera algunas ideas sobre su

experiencia con la granja, pero pensó que sería más fácil consultarle después de las entrevistas, cuando le surgieran dudas concretas al escribir el reportaje.

Eloy corría hacia la explanada del aparcamiento consciente de que llegaba tardísimo. Con Diana P. lo mejor era marcar bien las distancias; si a ella le molestaba la inmadurez del joven fotógrafo, a él le parecía un castigo tener que trabajar con aquella señora que le recordaba a su madre. Uno se independiza, se llena de tatuajes, pendientes y *piercings*, logra un buen trabajo haciendo lo que le gusta, para al final tener que pasar días enteros con una versión avinagrada de su propia madre. Podían haberlo mandado a trabajar con Cathy o con Richard, que eran más jóvenes y divertidos, pero no, le tocaba trabajar con la señora mayor, a la que por lo bajini llamaban la Doña. Había sido la última en llegar, pero se daba bastantes aires, porque, según contaba, la avalaban años de duro trabajo en el periódico de la competencia. Al menos su madre se teñía el pelo y se preocupaba por ir arreglada. Diana P. tenía un carácter parecido al de su madre, pero el inconfundible aspecto de su abuela Renata. Aunque su abuela era bastante más elegante y se recogía el pelo blanco en una bonita trenza con moño, mientras que Diana P. solía llevar el pelo suelto y despeinado, lo que le daba un aspecto de vieja loca, que lo regañaba por fumar o poner la música demasiado fuerte, sobrepasar la velocidad o hacer amagos de adelantamientos bruscos.

«Eloy, por Dios, que no tenemos tanta prisa».

«¿Estamos en las carreras y yo no me he enterado?».

«El imbécil de delante ya nos ha demostrado que es un temerario, ni se te ocurra seguirle, Eloy, que te conozco».

Los reportajes de un día eran llevaderos, pero en este estarían cuatro, y a él le había tocado ser el chófer porque Diana P. odiaba conducir en autopista y le producía jaqueca. Delegaba en él la conducción mientras le daba instrucciones, consejos y órdenes: «El mapa dice que tenemos que subir por un camino forestal que sale a la derecha».

Eloy se esforzó para ver la salida que le indicaba Diana P. y redujo la velocidad. El día anterior había bebido y trasnochado, y se sentía como un vampiro agónico escondido bajo unas gruesas gafas de sol. A él le sentaba fatal madrugar, mientras que a Diana P. le daba nuevos impulsos. Lo que ella odiaba eran las noches, despertarse acalorada en mitad de un sueño a las dos de la mañana y no volver a pegar ojo. Eloy, en cambio, dormía como un bendito cuando regresaba de sus juergas, de cerrar los bares y ganar a todo el mundo a los dardos. Sabía que tenía un reportaje de varios días con Diana P. y

que les tocaba madrugón, pero las risas de los amigos en la barra le habían hecho llegar tarde a la cita y tener el primer encontronazo: «¿Te parece normal tenerme esperando cuarenta y cinco minutos?». Ese había sido el saludo de Diana P. mientras Eloy murmuraba una disculpa y se aguantaba las ganas de fumar un cigarrillo que le ayudara a sobrellevar la resaca. No se atrevió a pedirle que condujera ella. Confió en que a las ocho de la mañana no hubiera controles de policía. Había dormido pocas horas y debía de quedarle bastante rastro de la juerga noctámbula en las venas. «Son diez kilómetros por esta carretera. Ten cuidado, que las pistas de arena pueden ser traicioneras».

Ni siquiera tuvieron tiempo para tomar un café, Diana P. había concertado la primera entrevista al mediodía y le daba apuro retrasarse. «La gente tiene sus horarios, Eloy, por eso la puntualidad es importante. La tardanza de uno genera una espiral de tiempo perdido en los demás».

Eloy pensó en ese tiempo maravilloso de las sábanas y la almohada, en lo delicioso que era poder dormir toda la mañana hasta que el cuerpo dijera basta. Diana P. iba pensando en una disculpa por el retraso. Su reportaje ahondaría en la polaridad de las opciones agrícolas, el cultivo ecológico y sus esfuerzos por preservar la diversidad genética de las semillas originales frente a la extensiva con pesticidas y semillas modificadas genéticamente de la agroindustria. David contra Goliat en una lucha silenciosa en la que los insectos polinizadores empezaban a desaparecer. Diana P. había aprendido con los años que los gestos salvadores los hacían las personas. Rita, su madre, era el gran ejemplo, su vida era un largo gesto bondadoso, por eso a ella le dolía imaginarse a sí misma anciana sin tener a su madre al lado, contemplar la vejez desde el vacío de la ausencia que algún día iba a dejar la persona que más quería en el mundo.

«Diana, ya estamos», la voz de Eloy interrumpió su pensamiento. Habían llegado al centro de conservación de las semillas al final del largo camino de tierra. Estaba en una explanada rodeada de pequeños huertos. Constaba de dos granjas y una nave gigantesca sin ventanas de nueva construcción. Una pradera rodeaba una parte de las instalaciones, y detrás, subiendo un poco por la colina, asomaba el arranque de un tupido bosque. Los recibieron una pareja de inmigrantes centroamericanos con sombrero de paja, guantes y peto de trabajo, que estaban arreglando uno de los huertos: «Lewis está arriba con las abejas, no tardará en volver».

Eloy preparó la cámara y comenzó a sacar fotos. En realidad, lo que quería hacer era echarse a dormir en esa pradera junto al primer árbol solitario que anunciaba la espesura de sus hermanos. Lewis apareció con su traje de

apicultor colgando del brazo. Era un hombre sesentón con algo de barriga y una abundante barba blanca. Diana P. pensó con humor que el mítico David, que se enfrentaba a la especulación y a la sobreexplotación salvaje de la tierra, tenía el aspecto de Papá Noel. Lewis les mostró las instalaciones y el compromiso de su proyecto con las abejas y las semillas. Aquel lugar guardaba una colección de más de veinte mil semillas de enorme calidad. Para Lewis, el tiempo de las semillas era ahora. Si no se actuaba de forma contundente y se trataba de preservar el máximo de muestras de forma global, no quedarían semillas de calidad en el futuro. El impacto de la agricultura modificada genéticamente comprometía seriamente los cultivos orgánicos. Había riesgo de contaminación porque los insectos polinizadores no distinguían el tipo de flores. El almacén de Lewis tenía vocación posapocalíptica, una parte de la construcción era un búnker inmenso excavado en el suelo donde se conservaban las semillas. Lewis aspiraba a que su proyecto fuera una especie de arca de Noé con todas las semillas del mundo.

Diana P. pasó unas horas recorriendo los rincones de los edificios y los sembrados mientras tomaba notas y grababa parte de las conversaciones. Eloy hizo las fotos de rigor y deambuló a su aire por la finca. Por la tarde siguieron ruta hacia el norte, al día siguiente tenían planeada una visita a una granja familiar de cultivos parecida a la de su madre, aunque mucho más grande, y una serie de entrevistas a unos médicos rurales que trabajaban por la zona. El periodismo de investigación es amigo de los moteles de carretera, y cuando despuntaba el anochecer con su bostezo anaranjado eligieron un Inn de dos plantas, de paredes rosadas con amplios ventanales. A Diana P. le tocó la habitación 8 y a Eloy, la contigua. Diana P. entró bostezando a la suya, con ganas de tomar un té de manzanilla de las bolsitas de infusiones que siempre llevaba en el bolso y darse una larga ducha. Eloy se sentía fresco y despejado. Había conjurado el cansancio de la mañana con una larga siesta en la pradera junto al árbol solitario mientras Diana P. seguía metida en el interminable búnker conversando sobre la importancia de las semillas y las abejas. El día no había ido tan mal, les dieron de comer guiso de verduras con pollo de granja, y los tipos que trabajaban con aquel ecologista mesiánico eran hondureños como su padre. Estaban contentos con el patrón, plantaban todo tipo de flores silvestres y ayudaban a clasificar las semillas. No parecía un mal lugar para retirarse a esperar el fin del mundo.

Eloy salió de su habitación y se encendió un cigarro que le supo a gloria. Diana P., con sus neurosis medioambientales, le había pedido que no fumara en la granja de las semillas, y Eloy se había estado aguantando las ganas para

evitar una bronca absurda como las que tenía con su madre por culpa del tabaco. Aprovechó para fumar un segundo cigarro y contemplar la caída del sol. «Es el instante de los vampiros», pensó malicioso, se ducharía y saldría a dar una vuelta. A unos quinientos metros había una especie de bar caravana que tenía buena pinta. De pronto sintió un granito doloroso en el pliegue detrás de la oreja. Parecía tener algo raro pegado en la piel. Tuvo un mal presentimiento y llamó a la puerta de la habitación de su compañera. Diana P., recién duchada, vestía un pijama de algodón de flores; con esas pintas era realmente la versión estadounidense de su abuela Renata.

—¿Qué pasa? —le preguntó Diana P.

—Tengo algo que me duele detrás de la oreja —dijo el muchacho nervioso.

—Deja que lo vea —le dijo ella, y buscó sus gafas de cerca y lo condujo al baño.

La luz del espejo estaba adornada con bombillas redondas a modo de camerino que iluminaban el espacio con intensidad.

—Eloy, no te muevas, tienes una garrapata.

—¡Qué asco! —gritó el muchacho con repugnancia.

Diana P. sacó unas pinzas del neceser, algodón, alcohol y buscó uno de esos frasquitos herméticos que llevaba para guardar los pendientes.

—Te la voy a quitar, es bastante grande.

—Mierda, Diana, mierda. Me tumbé a dormir la siesta en la pradera mientras estabas en el búnker con las entrevistas. ¿Tú crees que la he cogido allí?

—Sí, cariño, no debes nunca salirte del camino, las praderas son el área de paso de los ciervos y las garrapatas. Te voy a tener que inspeccionar a fondo.

Eloy se asustó, notaba pinchazos en las axilas; la idea de tener más parásitos gigantescos chupándole la sangre le pareció repugnante.

—Contagian enfermedades, ¿verdad? —preguntó asustado.

—No te preocupes, te las voy a quitar todas, las llevamos mañana a los médicos de la clínica rural y que te den antibióticos si lo consideran necesario. Te has dado cuenta muy rápido, verás que no te pasa nada. La enfermedad de Lyme necesita bastantes más horas para inocularse, estarás bien.

Eloy se alegró inmensamente de estar viajando con Diana P. En total le encontró cinco garrapatas: la de la oreja, una metida en el ombligo junto al arito del *piercing*, dos al final de la pantorrilla y la última en la axila derecha. Diana P. fue concienzuda y muy delicada, le recordó a su madre y a su abuela

Renata buscándole piojos cuando era niño y volvía a casa rascándose la cabeza con las dos manos. Diana P. examinó a Eloy con la misma meticulosidad con la que ayudaba a encontrar garrapatas en los animales que adoptaba su madre. El cuerpo de aquel muchacho lleno de tatuajes parecía el mapa oculto de un mundo paralelo. Estaba habitado por dragones y seres mitológicos, por extrañas letras y rostros oscuros. Toda una exhibición de fuerza y poderío, que ahora se entregaba temblorosa a las minuciosas manos de Diana P., a sus pinzas y a sus gafas para la vista cansada.

Notar la respiración de la mujer recorriéndole la piel era un alivio contra el miedo y la repulsión que Eloy sentía. El muchacho recordó unas fotografías del *National Geographic* que acompañaban un reportaje sobre la relación entre esos ácaros y los dinosaurios con plumas. Hace cien millones de años las garrapatas ya chupaban la sangre de los antepasados de las aves. Los restos de los sufridos dinosaurios con plumas eran huesos viejos en los museos de ciencias naturales, y aquellos indeseables parásitos de ocho patas parecían, sin embargo, el adorno interior de una hermosa joya fosilizados dentro del ámbar birmano.

El sentido de las cosas

Samuel no encontraba su lugar en el mundo, pero se esforzaba. Aunque se acercaba a la treintena, seguía teniendo el gesto de adolescente desgarbado. Había ajustado los horarios en el supermercado para poder ayudar algunos días en la granja de Rita. Allí siempre se lo pasaba bien con los galgos. Los múltiples gatos recogidos que Rita tenía no le hacían tanta gracia, pero los perros le encantaban. Su favorito era Feminismo, el último adoptado y el más tullido de los tres, porque había perdido una de las patas delanteras, requería cuidados especiales y le habían colocado una estructura con ruedas que le daba una relativa independencia. Luego estaban Lloyd y Keaton, que eran unos galgos más inquietos y con mucha mejor movilidad pese a sus respectivas cojeras en las patas traseras. A Samuel le gustaba cepillarlos, darles de comer y sacarlos un rato de paseo. Los galgos se ponían tan contentos al verlo que a él le entraba una extraña alegría. Esos perros tullidos eran el mejor ansiolítico, lo sacaban de la angustia y los pensamientos obsesivos.

Con los catorce gatos era más despegado e incapaz de distinguirlos. Y eso que los felinos le mostraban mucho afecto y se restregaban en grupo en sus pantorrillas cuando les ponía kilos de galletitas secas en los comederos de madera que Rita había fabricado.

—No sé cómo puedes saber cuál es cuál, a mí todos me parecen iguales —le decía a la mujer.

—Son muy distintos. Mira, Samuel —le respondía Rita mientras señalaba a una gata atigrada de cuello alargado y patas finas—, esta es Isis, la recogí sucia y golpeada, la pobre estaba en la carretera, llena de garrapatas y embarazada de cuatro gatitos. —Rita suspiró—. Parece que fue ayer y han pasado ya siete años. ¿No ves su porte de diosa egipcia?, ¿no notas su energía?

—Ummm. —Samuel no sabía bien si darle la razón con contundencia o simplemente asentir con la cabeza y seguir con sus sonidos guturales—: Ummm.

—Y tuve que quedarme a todas sus crías, porque, aunque fueran hijas de una diosa, por aquí nadie quiere más gatos. De pronto, a los siete que ya tenía de diferentes batallas, se sumó esta familia al completo.

—Es verdad, la familia tiene que permanecer unida —respondía Samuel con cierta sorna.

—Por aquí viene su hija Cleo, diminutivo de la bella Cleopatra, y esos tres de allí atrás —Rita señalaba a tres gatos atigrados grises que los observaban en la distancia— son sus hermanos Keops, Kefrén y Micerinos, todos dignos faraones de una cultura ancestral.

»Y ese que te saluda es Groucho, ¿te has fijado en las manchas negras de la cara? Parece que tiene bigote y grandes cejas.

Groucho se restregaba con alegría en las piernas de Samuel.

—Claro, como Groucho Marx.

—Es el más viejo del grupo, vino un día a esta casa hace ya más de quince años. A veces los gatos son los que te eligen a ti. Sabías eso, ¿no?

—Yo la verdad, Rita, no soy muy gatero.

—Te buscan, te hacen regalos... Los gatos pertenecen a otra realidad, tienen su propia energía, por eso los faraones egipcios los embalsamaban y los adoraban.

Samuel miraba con curiosidad, tratando de recordar cuál era cuál. Groucho era de los pocos que podía recordar con precisión.

—Por aquí vienen Harpo, Zeppo y Chico.

—Harpo es este rubio peludo, ¿verdad?

—Has acertado. Creo que se le parece.

—Sí, tiene un aire, mi madre me llevaba a ver las películas de los hermanos Marx cuando era pequeño.

—¿No me digas que tú conociste el viejo cine?

—Claro.

—Pensé que a tu generación ya no le tocó, recuerdo llevar a mi hija, pero ella es mucho mayor que tú. Qué engañoso puede llegar a ser el tiempo, ordenar todos los recuerdos de forma cronológica es lo más difícil.

Rita se quedaba pensativa y miraba hacia el horizonte con un gesto ausente y enigmático y Samuel no sabía bien cómo sacarla de esas extrañas ausencias. La mujer le contaba cosas y de pronto se ensimismaba en aquellas frases que parecían aludir a su vida.

—¿Te gustan las comedias en blanco y negro? —preguntaba Samuel para romper el hechizo mientras se agachaba a colocar las galletas secas en el comedero y Groucho y Chico se le subían por la espalda y maullaban alegres.

—¿Lo dices por todos mis homenajes?

—Sí, se nota que te gusta el cine de antes.

—También está Marilyn, que es la más reciente y juguetona.

En ese momento apareció con la cola en alto una gata rubia atigrada de ojos marrones y con elegantes manchas blancas en las patitas a modo de guantes. Samuel la acarició, Groucho y Marilyn eran los más cariñosos con él y los únicos que podía reconocer sin dudar. Y Marilyn todavía era una gatita que no había cumplido el año y se liaba en sus piernas jugando a todas horas. Sumaba el minino número catorce; con su llegada había conjurado el fatídico número trece.

—Faltan las mujercitas, deben de estar en casa.

Rita se refería a Meg, Jo, Beth y Amy, cuatro gatas de diferente pelaje y procedencia que eran viejas y preferían quedarse en la casa durmiendo. Ellas ya no tenían prisa para comer y en todo caso se levantaban por la mañana temprano cuando Rita repartía platos con comida húmeda de unas latas *gourmet* con las que complementaba la comida seca.

—Me voy a ir de viaje diez días, Samuel, y voy a necesitar que te encargues de estos.

Cuando Rita le contó que planeaba tomarse unas vacaciones, toda la plana de gatos y perros estaba en el porche de madera observando atentamente la reacción de Samuel.

—¿Crees que podrás quedarte a dormir en la granja mientras estoy fuera? —preguntó la mujer.

A Rita le preocupaba que los animales se quedaran solos demasiado tiempo. Los sembrados tenían otro ritmo, y los trabajadores podían apañarse bien por su cuenta, pero los gatos y los perros la necesitaban, vivían del cariño y la seguridad que ella les daba. Aunque quizá era ella la que en realidad necesitaba a los animales.

—No tendrás que trenzar mimbre en el porche como yo, simplemente te traes unos cuantos libros y te quedas en la casa.

—No me vendría mal aprender a hacer cestas de mimbre —le dijo Samuel sonriendo—, a mi madre le gustan mucho tus cestas.

—Hace años las vendía, pero ahora no soy tan constante, hago muchas menos y me duelen las articulaciones. —Rita se miró las manos y se quedó

pensativa en la textura fina de sus arrugas—: Lo que me gusta es mecarme y descansar.

—¿Podré sentarme en tu mecedora mientras estés fuera? —dijo Samuel con tono juguetón.

—Claro, esa es la idea, que no noten mi ausencia, porque tú vas a estar vigilándolo todo desde aquí.

—Tendré que organizarme con los del supermercado.

—Te lo agradeceré mucho —respondió Rita, aliviada al ver que Samuel podría quedarse al cuidado de sus animales.

—¿A dónde piensas ir? —preguntó él con curiosidad.

—Todavía no lo sé, pero quiero poner las cosas en orden. Hacer un viaje que me ayude a entender mi vida.

Samuel la escuchó divertido, Rita era mayor que su madre pero tenía una forma de ser que la hacía parecer más joven. Le resultó curioso que tuviese deseos de emprender un viaje para entender su vida. Se preguntó qué sería eso de poner la vida en orden con un viaje para una persona como ella.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó.

—Dentro de dos semanas. ¿Podrás tenerlo todo arreglado y venirte aquí a vivir?

—Tranquila, que lo soluciono.

Samuel pensó además que aprovecharía para ajustar sus propias vacaciones, tomarse unos días y descansar rodeado de los galgos y los gatos. Cogió una de las pelotas de tenis vieja y mordisqueada que había en el suelo y se la lanzó a Lloyd, que la atrapó al vuelo.

—Es curioso que tus galgos no persigan a los gatos —le dijo a Rita.

—Saben que tienen que convivir con ellos.

—Pero el impulso de los galgos es correr detrás de todo lo que se mueve.

—Mis galgos no tienen ese impulso, es como si supieran que los gatos son parte de este lugar. Nunca los han perseguido.

Rita le quitó a Feminismo la estructura de ruedas y puso al animal sobre una colcha junto a la silla.

—A este me lo tienes que cuidar bien, y controlar cuándo quiere descansar tumbado.

—No te preocupes, Rita, todos estarán estupendamente. Me gusta venir aquí a ayudarte, me gusta tener la oportunidad de pasar más tiempo con ellos, puedes irte tranquila.

Aquella noche, Rita pensó en ese viaje que podría servirle para entender su vida. Le había soltado la frase a Samuel de forma casi inconsciente y ahora

debía ser consecuente con ese impulso. Sus galgos no corrían detrás de los gatos, pero ella había verbalizado el anhelo de correr, de emprender un viaje. Lo divertido es que no tenía planeado ninguno, simplemente se le había ocurrido contarle eso a Samuel, porque en el fondo quería obligarse a salir de la granja y darse un respiro. Verse desde fuera, mirar su vida desde los márgenes de la rutina.

A veces le llegaban postales de su ahijada, Heather, que se estaba convirtiendo en una gran viajera, y Rita pensaba en los viajes que nunca haría porque ya la había pillado todo demasiado mayor. Heather era una jovencita inquieta y decidida. Acababa de terminar su primer curso en el Center for Cartoon Studies, en Vermont. Quería obtener un certificado de dos años en aquella original escuela que formaba a los nuevos creadores de cómics. Dirigida por un prestigioso autor de novelas gráficas, estaba ubicada en White River Junction, un pueblo de casi dos mil quinientos habitantes que había sido clave en el desarrollo ferroviario del siglo XIX, pero que había perdido su fuerza a mediados del XX por culpa de los coches y las autopistas. La escuela, fundada en 2004, era un espacio estimulante para los prometedores jóvenes que querían vivir de crear cómics alternativos y novelas gráficas.

A la madre de Heather, amiga de Rita desde hacía tres décadas, le había preocupado mucho que su hija, nada más terminar la escuela secundaria, quisiera usar el dinero de la universidad que le habían dejado sus abuelos en una cartilla para ir a esa extraña escuela de gente rara que dibujaba cómics. Rita había apoyado a su ahijada y tranquilizado a la madre:

—Que la mayor rebeldía de tu hija sea querer dibujar cómics. Deja que se saque ese certificado y sea feliz. Para ella todo tiene sentido cuando dibuja.

—Con lo lista que es y lo bien que se le dan la historia y la literatura —se lamentaba la madre de Heather—. No entiendo el empecinamiento con ese mundo.

—Son otros tiempos. —Rita trataba de justificar la pasión de su ahijada por las historietas y sonreía pensando cuán diferente era su amiga de ella, mucho más joven y más asustadiza con todas las cosas que se salían de lo convencional.

—Queremos que vaya a la universidad, esos estudios técnicos son una cosa poco clara. Es algo demasiado nuevo, antes debe ir a una universidad en condiciones, estudiar una carrera normal, y luego que haga una maestría o una titulación en rarezas.

—Si ella cree que irse a Vermont y estar con gente del cómic va a ayudarla, mejor que lo haga ahora. Obligarla a hacer algo que no quiere solo

generará conflictos, las clases en la universidad requieren estudio y compromiso académico y ella no quiere eso. Yo estoy dispuesta a echarle una mano si no quieres que use los fondos de sus abuelos para esta aventura.

—No es eso, es que no entiendo de dónde le viene esa manía con las caricaturas y los dibujos.

Heather explicaba el mundo dibujando viñetas, narraba la vida a través de los dibujos, su lenguaje eran cuadernos llenos de bocetos y apuntes ilustrados. Después de su primer año en aquella original escuela de Vermont, se había ido a España a documentarse para un proyecto de cómic pedagógico autobiográfico con el que quería coronar el certificado de su segundo año. Heather había descubierto que la península ibérica estaba llena de enclaves arqueológicos y tenía la idea de trazar una ruta contemporánea sobre la romanización. Esa travesía por España era el comienzo de un proyecto vital en el que los viajes, dialogando con la historia de los lugares, darían sentido a sus novelas gráficas. Además, España era un país seguro para una chica estadounidense con mochila y ganas de recorrerlo.

Heather sentía una enorme gratitud hacia su madrina Rita por su apoyo incondicional, y le mandaba postales caseras que ella misma elaboraba, en las que dibujaba en gruesa cartulina blanca detalles de los increíbles monumentos que veía y le contaba breves anécdotas sobre las variadas costumbres españolas.

A Rita le atraía España, se había prometido visitarla desde que acogió en su granja a Aurora, una mujer española que andaba por la carretera cuando se formó uno de esos tornados que asolaban de vez en cuando la región. Fue una experiencia terrorífica de la que salieron ilesas, y desde entonces mantenían una buena amistad. Sin embargo, a Rita no le apetecía meterse en un avión, no quería cruzar ningún océano, ni hacer un esfuerzo excesivo. Tenía ganas de ver otros paisajes, de dejarse llevar, de romper con la rutina de la granja; tal vez era demasiado mayor para los grandes viajes y simplemente tenía que buscar uno a su medida. Visitar a su hija Diana P. podía ser una opción, alejarse un poco y quedarse en un motel con piscina pensando en sus cosas podía ser otra. Nada demasiado complicado, pero sí un toque de silencio y meditación en un lugar alejado para pensar de otra forma. Solo tenía que trazar una pequeña ruta, con algún museo o lugar pintoresco, y dejarse llevar. De pronto se ilusionó con la idea del viaje y se fue quedando dormida. A sus pies tenía un ejército de gatos enroscados en su propio sueño. Los tres perros descansaban en las alfombras que había a los lados de la cama. Todos dormidos abrazados a la sensación plena de la dicha que alberga el reposo.

Aquella noche Samuel se fue a casa contento. La idea de quedarse solo cuidando de la granja de Rita le pareció estimulante. Llevaba toda la vida haciendo cosas por inercia, viviendo la simple rutina del supermercado, abriendo cajas, colocando productos, observando a la gente comprar cosas. Podía narrar la vida de cada uno de los clientes a través de sus hábitos alimenticios. Casi todos comían fatal, también él, que se conformaba con la comida precocinada de la sección de congelados.

Ya ni recordaba cuántos años llevaba trabajando en aquel supermercado con la luz amarillenta y el hilo musical que desde hacía décadas entonaba la misma melodía. Era como si aquel lugar fuera el tiempo repetido hasta el infinito. Rita le había dicho que quería viajar para poner en orden su vida. Él tenía la suya tan simplificada que su única preocupación era recordar los nombres de los catorce gatos y reconocerlos cuando pasaban a saludarlo o le pedían comida. Él no necesitaba entender su vida, vivir era vivir, en ese hecho fundamental se basaba la rutina de su trabajo y su conformismo con lo que le había tocado ser. Ahora debía esforzarse un poco para distinguir a todos esos gatos, tenía que reconocerlos. Se puso a enumerarlos y, como siempre, solo recordaba a Marilyn y a Groucho, y también sabía quién era Harpo, como el mudito de rizos de la bocina. Las gatas mayores, que dormían casi todo el día en el sofá de la casa, eran las mujercitas, pero no le apetecía leerse la novela de la que Rita había sacado los nombres.

Tal vez si él les ponía sus propios nombres a esas cuatro podría al menos diferenciarlas. El problema era verlas a cada una en su propia esencia, pero no tenía en su mente demasiados nombres femeninos con los que poder asociarlas. Claro que Rita había llamado a uno de los galgos Feminismo, y era un macho, por lo que sintió que él también podía tomarse una licencia secreta para bautizar a las mujercitas como le diera la real gana. Al fin y al cabo, era su pensamiento el que estaba tomando todas las decisiones y le apetecía que ellas fueran cuatro de los Vengadores originales que crearon Stan Lee y Jack Kirby en 1963.

Los miembros de aquellos equipos de superhéroes de Marvel podían ser todos los gatos. De niño había sido muy fan de los Cuatro Fantásticos y todavía lo era, pero asociaba el personaje de Sue a la señorita Valeria, una maestra de primaria de la que se había enamorado platónicamente hacía muchos años, y no quería tocar esa imagen. Si los gatos de Rita se convertían en superhéroes del equipo de los Vengadores, sería capaz de recordarlos a todos sin ningún problema. Es más, esconderían su personalidad secreta de

superhéroes bajo la identidad que Rita les había dado, así podrían convivir ambos nombres, y él sería el único que conocería la verdadera identidad de justicieros que luchan contra los enemigos. Todo tenía sentido en su cabeza y ya estaba deseando volver a la granja para observar con detenimiento a cada uno de aquellos mininos y discernir qué personaje se escondía debajo de las manchas atigradas. Samuel tenía un talento especial para disfrutar de la vida, para darle nuevas posibilidades a su pensamiento, y con esa idea, con ese pequeño reto de descubrir y trazar la trama que habitaba en los gatos de Rita, se fue durmiendo y, una noche más, descansó plácidamente.

Desprendimientos

Sobre una cartulina blanca, Aurora Altano escribió en mayúsculas las dos palabras mágicas que resumían el cierre definitivo de su capítulo americano: MOVING SALE. Ya solo le faltaba deshacerse de lo que había en la casa, desprenderse de los objetos que habían dado sentido a su aventura en el Medio Oeste y que no podía llevarse de regreso a España. Su vajilla de cerámica negra con guiños japoneses, su tostadora plateada, su tetera, su máquina de café que imitaba a las de las cafeterías y le permitía incluso espumar la leche para prepararse deliciosos *latte macchiato*. Sus toallas de algodón azules, sus sábanas crema de cuatrocientos hilos egipcios, la cubertería y las tazas del desayuno con diferentes dibujos e inscripciones. También vendía todos los muebles: el dormitorio con un estupendo colchón, la cabecera de la cama y las mesillas en madera de pino haciendo juego, la mesa redonda de cristal del comedor con cuatro sillas metálicas, un escritorio antiguo que ella misma adquirió en otro *moving sale*, porque su vida allí se había construido con cosas de las que otras personas se habían desprendido. En algunas ocasiones ni siquiera estaba la excusa de una mudanza para hacer una venta informal. Podía suceder que los objetos del pasado ocuparan demasiado espacio en la casa y conviniese airearlos y que salieran a la calle para que formaran parte de otras vidas. Ese ejercicio de pequeña limpieza se anunciaba con unos letreros que decían YARD O GARAGE SALE.

A Aurora Altano le gustaba pasear por el barrio cuando sus vecinos se desprendían de la materialidad caótica de sus vidas anteriores. Las sacaban en cajas de cartón que solían oler a humedad por el reposo indefinido de las cosas olvidadas en los sótanos. Discos de vinilo, juegos de mesa, jarrones cilíndricos de cristal, medallas y copas que reflejaban la victoria en todo tipo de torneos, ropa pasada de moda, figuritas de cerámica desconchadas que fueron la razón de ser de alguna vitrina, libros de texto, juguetes de plástico

viejo, y cómics, muchos cómics de superhéroes, que fueron el tesoro de algún hijo adolescente que ya se habría graduado en la universidad y no los echaba de menos. Como si la madurez implicara olvidarse de los superpoderes que evocaban aquellas páginas llenas de viñetas.

El gesto de todo lo que se vendía era un adiós definitivo a las cosas que un día tuvieron sentido. Para Aurora Altano, el devenir de la existencia humana no podía arrastrar todo el equipaje de los objetos que nos han acompañado, por eso había que desprenderse de ellos. Y tenía que hacerlo de una manera digna, dándoles la oportunidad de seguir siendo útiles en la cotidianidad de sus nuevos dueños. ¿Qué hubiera sido de Aurora Altano sin aquellos tenderetes improvisados en las explanadas de acceso a los garajes de las casas? En España la gente no vendía sus cosas viejas de esa forma. Si uno quería objetos baratos, se iba a los rastrillos, a los puestos callejeros o a las tiendas de segunda mano. No veía a sus vecinos exhibiendo sin pudor lo que una vez fueron sus tesoros o los de algún familiar cercano que no había regresado a por ellos. En ese menudeo vecinal había también un poso de olvido, de transformaciones familiares en las que algunos miembros dejaron de tener protagonismo en sus propias casas.

Las figuritas de cerámica aludían a las abuelas fallecidas, que no habían podido llevárselas a la tumba. A Aurora le agradaba encontrarse con figuritas que sobre todo repetían diseños de bailarinas y payasos. Muchas de ellas eran de Lladró, una exitosa firma de porcelana española que en los años setenta se abrió un hueco en las tiendas de decoración norteamericanas. Habían sido muy populares en su día, pero ahora esperaban apagadas y algo mugrientas a que alguien les diera otra oportunidad. Aurora sintió compasión por ellas y durante los cinco años que vivió en el Medio Oeste se dedicó a coleccionarlas. Algunas estaban cascadas y otras eran imitaciones dudosas que, sin embargo, tenían suficiente entidad para que Aurora las sumara a la colección. Ahora le tocaba a ella desprenderse de su peculiar surtido. Pensó en llevarse una de recuerdo, la de la niña con el cervatillo, que estaba casi intacta y fue la primera que adquirió cuando se instaló en su casita de alquiler de una planta y se hizo asidua a lo que llamaba «los desprendimientos de los demás». Pero ¿qué sentido tenía meter esa porcelana en la maleta? ¿De verdad quería rememorar su aventura americana con esa figurita? En realidad, se había aficionado a los Lladró porque le recordaban a sus tías Rocío y Camila. Había sido la nostalgia, la sencilla añoranza la que impulsó el deseo de coleccionar esas cerámicas. Volver significaba que ya no tendría que evocar a los seres queridos con extraños objetos. Aurora pensó en los

altarcitos que ponían sus vecinos mexicanos en sus casas para el Día de los Muertos. Las velas y las fotos familiares de los que ya no estaban, las calaveras de azúcar y el papel de seda de colores sobre un mantel bordado.

A Aurora la idea de la muerte de sus mayores la horrorizaba, su colección de figuritas de Lladró era un homenaje a la existencia viva de sus adoradas tías, ya algo mayores. Aquel lustro que Aurora había estado en la pequeña América del Medio Oeste, tratando de dar sentido a su carrera profesional, contó con la lealtad inquebrantable de sus dos tías en forma de epístolas. Las dos mujeres establecieron la costumbre semanal de escribirle cartas a mano donde la informaban puntualmente de sus rutinas, acontecimientos familiares y lo que consideraban las noticias más relevantes de España. La abdicación del Rey Juan Carlos y la nueva monarquía de Felipe VI les dieron mucho juego. Sus cartas se mezclaban con útiles recetas de cocina. A las tías les encantaba sumar a los recortes de la actualidad política el recetario de un universo de platos variados, que estaban al alcance de cualquiera: torrijas, flan de huevo, arroz con leche o rosquillas. Los postres solían ser la receta estrella en esa correspondencia tan poco correspondida por Aurora, que muchas veces pensó en imitar a sus tías y devolverles el cariño con largas cartas manuscritas narrando sus aventuras. Pero solo lo hizo el primer mes, cuando se estaba aclimatando y no sabía bien cómo digerir su nueva vida. Escribió un par de cartas largas contándoles sus peripecias. Como su escabrosa llegada en 2012, cuando experimentó de primera mano el efecto devastador de los tornados. Se había mudado para ser supervisora jefa en una empresa en expansión de aerogeneradores, para ser la reina de los parques eólicos con sus molinos de más de 67 metros, y la recibió uno de esos torbellinos gigantescos que se forman con la fuerza brutal del viento.

Menos mal, solía rememorar Aurora, que le dio cobijo Rita, una mujer maravillosa que vivía en una granja rodeada de los gatos que había recogido y de los galgos tullidos que adoptaba. Los años habían pasado, pero mantenía el contacto con ella, su salvadora, a la que consideraba una especie de tercera tía, la tía americana a la que trataba de visitar un par de veces al año, aunque viviera algo lejos. En alguna ocasión, mientras acariciaba esos galgos, Aurora le describió a Rita la enorme crueldad que todavía existía en algunas zonas de España con los galgos y los podencos. A Aurora le molestaba tener que hablar mal de su país, pero consideró que Rita, la redentora de galgos, tenía que saber la verdad de lo que pasaba con ellos en España. Se creaban leyes para proteger a los animales, pero había unas deleznable conductas sociales muy difíciles de erradicar. A Rita la dejó perpleja descubrir que eran los propios

cazadores los que los usaban para la temporada de caza y luego los ahorcaban, o en el mejor de los casos los abandonaban a su suerte. Los suplicios a los que sometían a los perros de caza eran una de esas cosas que sacaban de quicio a Aurora Altano. ¿Cómo era posible que los cazadores españoles se desprendieran de sus leales canes con tanto sadismo? En los orígenes de la humanidad estaba la caza, y en ese pasado tan remoto de tribus nómadas cazadoras y recolectoras se fraguó la amistad entre los humanos y los cánidos. Aurora pensaba en esos hombres primitivos de las cavernas y los imaginaba más generosos y empáticos que los cazadores del presente. La supervivencia dependía de la cohesión de la tribu y la domesticación de los animales tuvo que ser un factor muy importante. Se había perdido el sentido de grupo, el respeto a los seres vivos que forman parte de la familia, aunque no sean humanos. Aurora sabía que los veranos españoles se llenaban de perros y gatos abandonados, porque no solo los cazadores estaban implicados en este ritual tan triste del maltrato animal. Esa gentuza del presente no hubiera sobrevivido en otras épocas, porque el que abandona a sus mascotas es capaz de hacer lo mismo con sus padres; la de historias descabelladas de hijos desagradecidos que le habían contado sus tías.

Menos mal que la esencia del bien tenía destellos más potentes. Precisamente, su padrastro, que era un hombre cordial y bonachón, había recogido un perro abandonado en la carretera hacía unos meses.

—El bicho estaba desorientado y jodido, y me dio mucha pena —le contó a Aurora en una de sus conversaciones telefónicas—. No entiendo a la gente que abandona a sus perros. ¿Qué clase de tipejo deja a su mascota en la carretera? —seguía diciendo su padrastro—. El veterinario le buscó el microchip ese, y ni tenía. Le ha puesto las vacunas y un antiparásitos, debía de llevar tiempo solo, porque estaba lleno de garrapatas. Era un poema el pobre.

—¿Le has puesto ya nombre? —le preguntó entonces Aurora.

—Sí, lo voy a llamar Cañete —dijo su padrastro.

—¿Cañete?— respondió sorprendida.

—En honor a Santi Cañizares el dragón, uno de los mejores porteros que ha dado la historia de España.

Como su padrastro era futbolero, a Aurora le pareció divertido ese guiño personal a un guardameta.

—La gente no valora lo suficiente a los porteros, es el jugador del equipo que más presión tiene. Si vieras lo atento y dispuesto que es el bicho, lo entenderías —añadió el hombre.

—No lo dudo —respondió Aurora riéndose.

—Cañete ya está retirado, ¿sabes que se hizo piloto de ralis?

—No tenía ni idea —replicó Aurora.

—Pues sí, y compitió en Sierra Morena con la Suzuki. Me gusta la gente que se reinventa, como este perro. A saber qué clase de penurias habrá pasado.

—Menos mal que has aparecido en su vida.

—Ya verás lo majo que es cuando lo conozcas.

Aurora nunca se había animado a tener mascotas. Tal vez ahora, que regresaba a España de forma definitiva, fuera un buen momento. Ella también recogería a un perro abandonado como habían hecho Rita y su padrastro. Fantaseó con la idea de pasear con un perro por las calles de Madrid. Luego pensó que antes de tomar una decisión tan importante debería acostumbrarse a la ciudad y a la vuelta. Ella también había sido una especie de guardameta de la empresa de aerogeneradores para la que trabajaba, parando todo tipo de goles, dejándose siempre la piel sin que la apreciaran lo suficiente. Estaba agotada, le había llegado el momento de reinventarse y hacerse piloto de ralis como el portero que tanto le gustaba a su padrastro. Comprarse un terreno en las montañas, restaurar una casita e irse a vivir a una pedanía, como había hecho una antigua amiga del colegio. Volver al campo, volver a los pueblos, dibujarse en el paisaje de la naturaleza, buscar el paraíso perdido en la vida más sencilla. Porque Aurora no necesitaba demasiadas cosas para ser feliz. Ella hubiera sido una nómada perfecta recorriendo los oasis del Sáhara. ¡Qué fácil era idealizar otras vidas y otras épocas, escaparse de todo con el pensamiento! Eso era lo bueno de estar sola y sin ataduras, se podía imaginar a sí misma comenzando muchas vidas distintas.

A Aurora la reconfortaba saber que ahora su padrastro tenía a Cañete, igual que Rita tenía una legión de gatos y galgos. En aquellos animales se condensaba un antídoto contra la soledad. En la pequeña América del Medio Oeste había aprendido muchísimo sobre la soledad. Era una pena que esta se sintiera como una especie de vacío invisible y no tuviese la misma energía que los vientos buenos que movían las turbinas y se transformaban en electricidad. Pensó en los nuevos molinos sin aspas que se estaban diseñando, que ya no harían daño a los pájaros, en los avances tecnológicos que se preocupaban por mejorar el mundo. Pensó en el contraste entre el todo planetario y su propia insignificancia serena ordenando su casa para exhibirla durante el fin de semana. Desprenderse de los objetos y los muebles sería su

ejercicio de despedida. Darles otra existencia a las cosas, otra oportunidad para que perdurasen.

El *moving sale* arrancó el sábado por la mañana. La casita se llenó de vecinos y curiosos que se lo fueron llevando todo a precios populares. Incluso las figuritas de Lladró con sus fisuras, manchurroneos y descascarillados tuvieron su público. Aurora se sentía más y más liberada viendo cómo sus cosas encontraban acomodo en otras manos. La mañana del domingo llegaron dos jóvenes con una furgoneta de mudanzas de alquiler; la tarde anterior habían reservado muchos de los muebles. Cargaron con alegría la cama con su colchón y las mesillas de noche, el sofá del salón con la mesita auxiliar y el escritorio con su silla anatómica de oficina. La pareja de recién casados estaba feliz con el precio, casi regalado, que les había pedido Aurora por llevarse esos lotes. Aurora quería que la casa quedara vacía, devolverla tal y como la encontró. Anticipando que todo se vendería, compró una colchoneta inflable para pasar la última noche. Barajó alojarse en un hotel junto al aeropuerto, pero quiso despedirse de la casa a su manera. Dormir en ella hasta el final era su forma de decirle adiós. La mujer que se acomodó en la colchoneta de playa se sentía como una niña flotando a la deriva. Quizá era ese el efecto que perseguía en esa ceremonia de salida. Sentirse como un ser flotante, como un ser ligero que inhalaba el aliento confiado de la vida nueva que le esperaba a su retorno. En su respiración adormecida se condensaba un mundo de posibilidades. El universo pleno de los dulces sueños, de la vida madura que ofrece segundas oportunidades.

Aquella última noche, el vacío de la casa se llenó de una dicha incalculable, y Aurora Altano amaneció tan risueña que la sonrisa le duró todo el trayecto transatlántico. La felicidad esperanzada era parte de la naturaleza humana y ella había tenido que vivir muy lejos para entenderlo.

El vientre de la ballena

Tres días y tres noches pasó James debatiéndose entre la vida y la muerte en lo que pensó que era el vientre de una ballena. Se había empeñado en ser soldado como su padre y su abuelo. Si su madre hubiera estado viva, tal vez lo hubiese convencido para que eligiera una profesión menos dura. Para que aprendiera un oficio sin tantos riesgos y algo más agradecido. Porque ser soldado equivale a formar parte de una masa densa que se rompe en pedazos desde épocas inmemoriales. Pero James no entendía la abstracción dolorosa y mortal de ese oficio tan antiguo. Quiso ser soldado, reproducir el gesto exaltado de sus antepasados e irse a luchar a tierras lejanas para defender a la patria. Soñaba con crecer en el campo de batalla, viajar lejos, conocer otros lugares, aprender a respirar el polvo seco de lo inquietante, alimentarse de la adrenalina de los que viven cada instante como si fuera el último.

Su niñez había estado marcada por el gran vacío que había dejado la violenta desaparición de su madre, y su ausencia era una herida que aún sangraba. El culpable de aquella traumática pérdida, un vecino que vendía seguros, jamás se había dignado a confesar dónde había escondido el cuerpo. Nadie pudo convencerlo para que lo dijera, y con los años se había convertido en un iluminado que se creía el hijo de Dios en la cárcel. Ese pensamiento alrededor de su madre y su rastro de dolorosa y forzada ausencia era el amargo equipaje que ocupaba la mente de James.

Eliges ser soldado desde la insignificancia rabiosa de la adolescencia porque quieres pertenecer al sentimiento pleno de los hombres valientes. Porque quieres creer que tu vida debe fundirse en la fragua de la Historia con mayúsculas. Porque hay una estirpe de luchadores que viene de la noche de los tiempos y el mapa de la Tierra se fabricó con la sangre de los soldados desconocidos que, como él, estaban dispuestos a morir por su patria. James pertenecía a aquellos que habían elegido vivir con la sensación de estar

bordeando la muerte, los que caminaban por el abismo mientras sentían el surco invisible de las balas rozándolos en cada incursión. Nadie pudo sacarle aquella épica de la cabeza. Su abuelo había estado en la guerra del Vietnam y su padre era otro gran luchador de la guerra de Irak, aunque ahora estuviera alcoholizado. James no juzgaba el hundimiento de su padre, lo había visto derrumbarse desde que tenía siete años, volverse un bebedor depresivo al perder a su mujer. Se la habían arrancado de su propia casa y él no había estado allí para defenderla. Esa impotencia reconcentrada había abierto un agujero en su alma.

El gran vacío de la indefensión, de la vulnerabilidad absoluta había marcado a su familia. También en este viaje, James había visto cientos de familias señaladas por el mismo vacío. Él era soldado, y los pueblos en ruinas por los que pasaba estaban llenos de familias aterrorizadas que le recordaban la angustia de su abuela cuando evocaba la pérdida de su madre:

—La dignidad de devolvernos su cuerpo, aunque esté descuartizado. Mi pobre hija no se merece esto —le había oído decir a su abuela a unas amigas que venían a visitarlos y ofrecerles consuelo.

James era todavía un niño y escuchaba inquieto los lamentos desde el pasillo:

—Por qué lo niega si todas las pruebas demuestran que la tuvo encerrada en el maletero.

—Calla, que pueden oírte los niños —le decía susurrando una de sus amigas.

Él y su hermano eran los niños que no podían escuchar aquello. Algo terrible había ocurrido en el maletero. Un hombre malo se había llevado a su madre y ellos no debían oír lo que los adultos decían. ¿Qué era eso de estar descuartizado? Le costaba entender el vocabulario de su llorosa abuela. James por aquel entonces tenía muchas preguntas que no se atrevía a enunciar. Mamá ya no estaba en casa y todo era tristeza en el gesto de los adultos que los acompañaban. Había gravedad y amargura en el rostro de su padre, desesperación y angustia en el de su abuela y rabia, mucha rabia en las pataletas de su hermano pequeño, que rompía a llorar a cada rato. Todos esos ojos impregnados de profunda tristeza, llenos de una desesperación parecida a la de aquellos nuevos rostros con los que ahora se cruzaba por los caminos de arena. En los gestos de las caras de las mujeres estaba la mirada de su abuela con la boca apretada, con los labios cerrados tragándose la pena.

James no sabía cómo explicar sus vivencias de soldado. Era un joven en alerta perpetua, vestido de camuflaje, con casco y armadura, cargando un fusil

y unas gafas especiales que lo ayudaban a ver a través de la bruma arenosa del desierto. No existía un campo de batalla concreto porque todo era zona de guerra. Lo impresionaba la destrucción de los pueblos y la docilidad desesperada de los supervivientes, que le recordaban los tiempos más dolorosos de su niñez descifrando el significado de la violenta muerte de su madre y el enigma que rodeaba la imposibilidad de recuperar su cadáver.

Tres días y tres noches pasó James sudando la agonía de sus heridas, convencido de que estaba dentro de una ballena que lo aislaba del ruido infernal de la guerra. Se sabía moribundo, pero no tuvo miedo, se consolaba con las imágenes de sus días de permiso en Cádiz recorriendo las callejuelas de la ciudad. Se le aparecía la imagen de la catedral de la Santa Cruz junto al mar. Había leído en el plano-guía que era una mezcla de los estilos barroco, rococó y neoclásico, y que tardaron ciento dieciséis años en construirla. En ese momento pensó en los años que le faltaban por vivir y observó la blancura del altar mayor con sus columnas y sus dos ángeles flanqueando el espacio, sujetando en las manos los incensarios plateados. Evocó el olor de aquel templo luminoso lleno de flores y velas encendidas. Había ido caminando hasta la playa y se había quedado observando el edificio sentado junto a la orilla.

El mar lo ayudaba a digerir la angustia de las heridas y el ahogo que sentía dentro de aquel monstruo marino. Estaba muy cerca de las ruinas de la tumba del profeta Jonás destruida por los yihadistas del Dáesh varios años atrás, pero eso James no lo sabía, el impacto de la explosión lo había desorientado. Viajaba con las tropas iraquíes para ayudar en la reconquista de Mosul, para recuperar la ciudad y expulsar a los combatientes del Estado Islámico. James apenas tenía veinte años y ya estaba en el epicentro del mapa de la historia. Curiosas escenas de los videojuegos de guerra con los que solía jugar en la adolescencia se mezclaban con las imágenes reales del último ataque.

Nadie venía a salvarlo de esta lenta agonía donde el mar de la catedral de Cádiz y los ángeles blancos le hacían creer que sus compañeros vendrían por fin a rescatarlo. Pero los soldados suelen morir solos. La guerra es la gran soledad que nombra a los humanos y nos iguala a todos. No existe un momento de tregua; la historia, la religión, la realidad es una guerra continua que simboliza la descomposición misma de todos los cuerpos que habitan en cada presente. James ahora se sentía como el polizón de la historia de su patria, había ido a la guerra convencido de que los videojuegos eran la antesala de una trepidante aventura. Sin embargo, en ese instante no aparecían las palabras *game over* ni tenía la capacidad de congelar la escena. Se

preguntó si su dispositivo geolocalizador seguiría emitiendo señales dentro del vientre de aquella soledad inmensa que sentía. Comenzó a tocar las paredes de esa especie de nicho húmedo y terroso y se imaginó la muerte como en aquellos dibujos medievales del esqueleto con su guadaña. Miles de guerras, y la muerte seguía evocándose en el polvo blanco de los huesos. Su esqueleto no sería muy distinto del de sus compañeros de expedición iraquíes o de sus enemigos del Estado Islámico. El paisaje de arena y ruinas era un mar intermedio entre la vida y la muerte. El vientre de la ballena era el purgatorio y solo podía esperar la luz al final del túnel y el infinito, lleno de la calidez de su madre muerta esperándolo al otro lado. James no le temía a la muerte porque hablaba el lenguaje de los mundos paralelos y superpuestos. El mismo idioma fervoroso que sus contrincantes. El desierto estaba sembrado de cadáveres de soldados jóvenes que ascendían a sus respectivos paraísos. Había un murmullo de ángeles que distribuían sus almas lanzando las cabezas, brazos, torsos y piernas descuartizados por los aires. Todo era confusión donde se suponía que por fin debía haber paz y armonía.

Tal vez fue ese desorden de religiones y almas agolpadas en el abismo de la historia lo que hizo que la muerte esquivara el cuerpo de James y solo se llevara una pierna completa y media de la otra. Quizá el profeta Jonás lo protegió desde las ruinas de su tumba, o fue la misma hada azul que le concedió a Pinocho la ventura de volverse de carne y hueso, pues James despertó vivo en la cama de un hospital de campaña. Estaba mutilado y malherido, y era el único superviviente de una sangrienta emboscada. Lo salvó el vientre de la tierra húmeda en donde cayó su cuerpo. Fue a parar al hueco de una bomba anterior que había abierto un túnel bajo la tierra y que llevaba a la mismísima tumba derruida del profeta Jonás.

Cuando James volvió a casa, su abuela lo recibió emocionada. Su nieto ya no volvería a ninguna otra guerra y todavía le quedaban los brazos intactos para aferrarse al futuro.

Amor verdadero

El amor había sido la respuesta. Esa pulsión del organismo que nos atrapa con su química invisible. Así de simple, una catarata de amor desbordado había cambiado el rumbo de la vida de Valeria. Algo parecido a un chaparrón torrencial que arrastró todo lo anterior. Valeria vio en ese nuevo enamoramiento la oportunidad de escapar de su realidad e inventarse otra. Cuando cambias de país y de idioma, todo tiene otro sentido. En su viaje de novios descubrió que se había casado con el hombre equivocado y que, por lo tanto, quería abandonarlo, borrar el rastro de su boda y los planes de futuro que habían labrado durante meses.

Cuando recordaba los días de la ruptura todavía sentía la angustia pegajosa de su desamor asustado. ¿Cómo escapas de una relación en medio de un país del que apenas conoces el idioma? Valeria no sabía si quería a su marido y, después de una serie de acaloradas peleas dentro del coche de alquiler, no se le ocurrió nada mejor que subirse a un autocar y desaparecer en un momento en el que su esposo se ausentó para ir al baño. Su impulsiva fuga fue el germen de un enamoramiento definitivo que le dio coraje para decirle adiós a Paul. Valeria solía enredarse con el amor; antes de su fallida boda había vivido un apasionado idilio con Tom, un hombre bastante mayor que ella, y eso ya la llevó a dudar mucho a la hora de casarse. Pero Paul y ella tenían la misma edad y enseñaban juntos en la escuela. La juventud los hizo ilusionarse con la idea del matrimonio como la prueba definitiva que daba sentido al futuro que soñaban. Sin embargo, la convivencia de unos días en la luna de miel por España mostró aspectos de la personalidad de Paul que a Valeria le resultaron insoportables, y la imagen idealizada del matrimonio que acababan de inaugurar se desmoronó de inmediato. Por eso se subió a un autocar rumbo a lo desconocido en una estación de servicio cuando Paul la dejó sola unos minutos. No tuvo el impulso de largarse con el coche de

alquiler y dejarlo tirado, que hubiera sido otra opción, sino que quiso desprenderse de cualquier rastro de aquella convivencia marital, abandonarlo con todo y desaparecer. Montarse en el autocar fue su gran heroicidad, dejarse llevar por algunas horas en el balanceo absorto de la carretera que la condujo al puerto de Algeciras.

Aunque en realidad no supo dónde estaba hasta que no se lo explicaron los guardias civiles que la vieron deambular llorosa por el aparcamiento. A Manuel, un joven guardia civil gaditano, las clases de inglés que recibía en una academia por las tardes le vinieron estupendamente para echarle una mano a aquella estadounidense desorientada. Con sus radiantes treinta y tres años y el título del First Certificate se encargó de ayudar y coordinar el reencuentro de Valeria con su marido, que ya había puesto una denuncia pensando que la habían secuestrado. Para cuando Paul llegó al puerto de Algeciras, el guardia civil y Valeria ya se habían fijado el uno en el otro y notaban una atracción increíble. ¿En qué consistió este sorprendente enamoramiento? Ninguno de los dos sabría explicarlo con precisión, pero ambos sintieron que no podían estar el uno sin el otro. Que el mundo dejaría de tener sentido si ella se marchaba de vuelta con su esposo. Nada de esto se dijeron, pero la química invisible que respiraron el tiempo que pasaron juntos en el puesto fronterizo generó su propia magia. A ambos se les aceleraron los latidos del corazón, se miraban y sonreían con gesto ridículo, les sudaban las manos y se sentían atraídos de una forma vertiginosa. Manuel se dio cuenta de que estaba enternecido y fascinado con Valeria cuando por radio le confirmaron que un estadounidense que no hablaba español buscaba agobiado a su mujer por la carretera. Valeria ya estaba tranquila sentada en una silla, absorta en sus cosas mientras miraba por la ventana del aparcamiento. Pensaba en lo guapo que era el guardia vestido de verde que la miraba de reojo y le sonreía, en lo azul que era el mar y en lo bien que se sentía en la oficinita de chapa prefabricada con el chico de labios carnosos que se esforzaba por hablarle en inglés británico. Manuel sintió la tentación de decirles a sus compañeros que por allí no había pasado ninguna americana, que buscaran en otro lado, que ese día el tránsito había sido el de siempre, sin demasiados sobresaltos.

Paul sintió una profunda e inquietante culpa en el transcurso de aquellas nefastas horas que pasó buscando a su mujer, en ese día absurdo y calurosísimo. Se dio cuenta de que no la amaba y de que no quería envejecer a su lado. Pero desear aquello con Valeria desaparecida le parecía siniestro. Había querido perderla de vista para siempre mientras terminaba de orinar y

se miraba al espejo. Había maldecido su precipitada boda, anunciada ya como una catástrofe por su madre, que le aconsejó que no se casara con aquella chica, que todavía eran muy jóvenes y que además presentía que era una inconsciente.

—Nunca me escuchas, Paul, y las madres lo presentimos todo —le había dicho en varias ocasiones su progenitora con tono melodramático—, es como si fuéramos videntes, como si pudiéramos anticipar el futuro de nuestros hijos.

La madre ponía los ojos en blanco y resoplaba quebrando la voz y fingiendo estar al borde del llanto:

—¿Cuándo entenderás que yo ya he vivido muchas vidas enamoradas, y me he equivocado? Pero he aprendido, por eso debes hacerme caso. Siento en el alma tener que decirte todo esto. No duraréis mucho, no te imaginas lo que me duele esta certeza.

—Mamá, por favor, no quiero oírte. No empieces otra vez.

—Qué pena, qué pena más grande —murmuraba la mujer como si estuvieran hablando de una desgracia.

—Verás como todo sale bien —decía Paul intentando consolarla.

—Ojalá tengas tú razón y yo esté equivocada —añadía ella, aunque a los pocos minutos volvía a sus teorías visionarias sobre el matrimonio, comentando los enlaces fallidos de los hijos de sus amigas—: Russell, el hijo de Judy, no duró ni cinco años con esa chica tan dispuesta. Mira que llevaban más tiempo de noviazgo que tú con tu amiga, pero una vez casados no fueron capaces de aguantarse, porque, cariño, el tema del amor no es tan fácil.

El enamoramiento del chico pasó por encima de las advertencias de su compungida progenitora. Por mucha experiencia que tuviera su madre, él había tenido que vivir en primera persona la magnitud de su absoluto desencuentro con Valeria. En diez días infernales, el calor andaluz había licuado toda la consistencia amorosa que daba sentido a la pareja. Obviamente, ni su madre había sido capaz de intuir eso. Ella les concedía cinco años de vida matrimonial, o tal vez siete, que es el número que suelen dar los sociólogos que evalúan el desamor y los divorcios en las revistas femeninas de salud y belleza. Siete años equivalía a un ciclo de vivencias y eso la madre de Paul lo sabía mejor que nadie.

Paul pensó primero que Valeria había ido también al baño. Fue al cabo de más de media hora esperando a que saliera cuando presintió que algo raro pasaba. Se puso a buscarla y empezó a asustarse. Nadie había visto nada, y los dueños de la cafetería decidieron avisar a la policía para que ayudara a ese

joven americano desconcertado que daba vueltas por las instalaciones pidiendo ayuda.

Cuando la localizaron en el puerto de Algeciras fue sencillo seguir el recorrido que le habían marcado los agentes en el mapa. Durante las horas que Paul pasó solo conduciendo en dirección al puerto, trató de imaginar los pasos de lo que sería la ruptura definitiva. Imaginarse otra vez en el coche con ella le parecía asfixiante, pero estaba claro que tendrían que hablar. Ahora que entendía que su rabia era desamor, quizá podrían ahorrarse nuevas y absurdas peleas. Se habían dicho cosas espantosas y sentía un enorme rechazo hacia su mujer. ¿Cómo podía un viaje tener un efecto tan pernicioso? Tantas horas junto a Valeria por las carreteras lo habían trastornado. La piedra de las torres y las murallas, los campanarios, los ábsides, los altares, la imaginería ensangrentada de los cristos, las plazuelas, los platillos de aceitunas, el salmorejo, las horas de la siesta, el murmullo de la gente en las calles, el calor noche y día, ese calor denso e irrespirable..., la suma de todas las sensaciones y las imágenes como una melodía seca macerada en la respiración sudorosa de su cansancio.

Al llegar al muelle y verla junto al guardia civil tuvo una iluminación. La silueta de sus cuerpos tensos junto a la puerta de la oficina prefabricada, mezclada con la calima de ese aire seco que venía del Sáhara, dibujaba una realidad paralela a su propia relación que a Paul le resultó liberadora. Vio en ellos la posibilidad del amor y en él mismo la salida digna que ofrecen los gestos más sencillos. Así que decidió abandonarla, que en el fondo era lo mejor para ambos. Despedirse de ella de manera rápida y elegante y que se quedara junto a ese hombre de uniforme que lo miraba con curiosidad y tristeza.

Valeria no quería regresar con Paul, la aterraba volver a subirse al coche de alquiler con su marido, y cuando vio que ni siquiera la miraba y que sacaba sus cosas del maletero y le devolvía la alianza, suspiró aliviada. Su huida había sido el mensaje silencioso que Paul necesitaba entender. Todo había terminado entre ellos y no era ese el momento de las explicaciones y los análisis. La verdad es que nunca hubo necesidad de verbalizar los sentimientos del final.

El divorcio, unos meses después, fue un trámite sencillo porque no tenían propiedades ni hijos en común. Valeria ni se presentó en el juzgado, no hizo falta, y Paul regresó a su rutina de docente aliviado de haberse separado tan rápido. Rehízo su vida sin dar demasiadas explicaciones a nadie, ni siquiera a su madre, y una década después se casó con una mujer llamada Megan que

conoció en un bar. Se fueron de viaje de novios por Alaska, evitando así el calor, y no hubo absurdas ni iracundas discusiones. Fueron padres de tres hijos que les darían muchas alegrías y media docena de nietos. A Paul siempre le quedó claro que Valeria no era la mujer de su vida y que haberse separado había sido la mejor decisión. Tampoco tuvo nunca curiosidad por saber qué había sido de ella. Cuando despegaba del aeropuerto de Madrid de regreso a Estados Unidos se despidió para siempre de ese país y de Valeria. Ella se quedaba en ese territorio abrasador y él regresaba a su mundo.

Valeria se asentó en el paisaje de aquella frontera marina y luminosa. El horizonte de luz densa, de espuma y agua salada se convirtió en el hogar definitivo de su alma inquieta. Había hallado cobijo en la costa de un mar cálido y de aspecto dócil donde en los días transparentes podía ver el contorno de África. Su nueva vida se dibujaba entre Algeciras y Tarifa, y fue feliz. Durante muchos años encontró serenidad en aquel rincón del mundo, el paraíso de los surfistas, de los Peter Pan que buscan el sendero de las olas y las montan como equilibristas de un gran circo de espuma y algas; los que viven la dicha sobre las olas de varios metros y abrazo alargado y juguetón. Valeria no pudo imaginarse otro lugar donde estar que no fuera esas costas. Se quedó con Manuel y desde la primera noche durmieron abrazados, aliviados de haberse encontrado en un mundo donde el amor verdadero es azaroso y casi imposible. Sus cuerpos desnudos sintieron el cosquilleo del placer como la inmensidad del universo. En ellos estaba el impulso primitivo de los seres vivos, pero también el deleite humano del amor con su respiración sostenida en el instante mismo del gozo compartido.

Los primeros años, Valeria fue profesora de inglés en la academia en la que Manuel había estudiado. Luego aparecieron las oleadas de inmigrantes y se integró en el equipo de la Cruz Roja que ayudaba a los que llegaban. Desde entonces ha conocido a miles de personas desesperadas, ha anotado sus nombres y su lugar de origen en fichas, ha coordinado los grupos y las urgencias. Ha escuchado los lamentos y las historias aterradoras de sus viajes infernales. Ella, que tuvo la suerte de encontrar a Manuel, se pregunta muchas veces si todas esas almas desesperadas hallarán su lugar en la Tierra.

—¿Qué hay que hacer para que los de aquí entiendan lo que esta gente está pasando y no les tengan miedo? —le pregunta Valeria a Manuel.

—Ojalá lo supiera —responde el guardia civil.

Manuel es consciente de que en el fondo son muy pocas las personas capaces de meterse en la piel de los que llegan a las playas; hasta que no lo vives, no los tienes cerca y los observas respirar exhaustos, no comprendes la

magnitud de lo que sucede. En ellos, en su sufrimiento, está contenida la historia de todas las migraciones, el relato de las civilizaciones y sus desequilibrios, la lucha por existir, por esa subsistencia que ha dibujado el mapa de los siglos.

Valeria sueña a veces con los ahogados que las olas depositan en la orilla, y a los números que le asignan les otorga nombres secretos y se imagina sus vidas hermosas en lugares exóticos donde fueron concebidos con amor. Los días más tristes, cuando están desbordados por la rabia y la pena, Valeria traza con la mirada un gran puente de quince kilómetros que une los dos continentes. Cada día reza para que nadie se ahogue en ese mar tan hermoso y se lamenta con Manuel de la falta de recursos, del dolor que recorre la costa, del vacío que habita en la desesperación de todos los naufragos de la pobreza y la guerra.

—Esta mañana hemos rescatado a dieciocho con vida, pero hemos perdido a veinte. —El rostro de Valeria hace una mueca de dolor contenido y sigue hablando—: Ya han recuperado los cuerpos. Había dos mujeres embarazadas, tres niños, y los demás eran hombres jóvenes, no creo que ninguno tuviera más de treinta y cinco años.

A Manuel le preocupa cómo Valeria digiere el abismo de esos cadáveres, piensa que carga sobre sus hombros toda la congoja fantasmal de los cuerpos inertes. Sabe que no los olvidará y que irá a trabajar fingiendo estar entera porque es más útil en el mundo de los supervivientes que la miran esperanzados, a los que entrega, con verdadero amor, una botella de agua y una manta.

A modo de epílogo: los abrazos

—Señorita Valeria. —La voz de un muchacho saca a Valeria de su ensimismamiento en la cola del supermercado—. Señorita Valeria, es usted, ¿verdad?

Valeria mira al joven pelirrojo que la interroga y le habla en inglés. ¿Cuántos años hace que no escucha su nombre con ese acento y el «señorita» delante?

—Sí, soy yo —responde sorprendida.

La voz del muchacho está a punto de quebrarse:

—Está igual que siempre, no puedo creerlo, está idéntica.

Valeria sonríe al chico con curiosidad, el intercambio de frases en inglés la ha devuelto al pasado, pero no reconoce a su interlocutor.

—Soy Adam, señorita Valeria, el hijo de Lilian y Marcus.

Una punzada de emoción se clava en la garganta de la antigua maestra.

No hace falta pedir permiso, los dos se funden en un abrazo inmenso. Han pasado quince años desde el último. Tres lustros y mucho sufrimiento. El joven que la ha reconocido se acordaba de ella con la enigmática memoria de aquel niño de preescolar que asistía a sus talleres de arte.

Adam, a diferencia de su hermano, no quiso ser soldado. Era un niño estudioso y dotado para las ciencias y consiguió una beca para ir a la Universidad de Chicago. Ahora estaba estudiando un semestre de intercambio en la Universidad de Cádiz y había aprovechado para visitar la costa de Algeciras. Se lo veía bien. Le explica a Valeria que su hermano se alistó en el ejército y que hace dos años perdió las dos piernas en la guerra, pero que era un veterano vitalista, con ganas de salir adelante, y ayudaba a su abuela y a su padre con el restaurante. Su padre ya no bebía, había tenido muchos problemas con el alcohol, pero cuando James volvió a casa malherido, decidió dejar la bebida y centrarse en apoyar a su hijo con la rehabilitación. Se dio cuenta de que necesitaba ser un hombre nuevo para transmitir esperanza a su hijo lisiado.

—Unos leñadores encontraron a mi madre en el bosque hace diez meses.

Y Adam le cuenta a Valeria que estaba enterrada junto a un árbol gigantesco. Una fuerte tormenta lo arrancó de cuajo, y Lilian apareció en el hueco de las raíces, envuelta en una bolsa de plástico que había conseguido que se conservara casi intacta.

—Le habían pegado cinco tiros, pero su rostro tenía el gesto tranquilo. La enterramos junto a la tumba de su padre.

Valeria vuelve a abrazar a Adam.

Al muchacho se le saltan las lágrimas, los abrazos de Valeria le dan paz, le transmiten una energía luminosa que amortigua todo el dolor acumulado.

—Señorita Valeria, no sabe lo mucho que me alegra verla aquí.

El azar había juntado a Adam con su maestra de preescolar. El curioso trazo de la vida los colocaba en un punto sorprendente del mapa del tiempo y el espacio. En ese reencuentro, en esos abrazos, en las explicaciones, en los recuerdos que evocaban al mirarse había un sedimento de bondad y genuino afecto.

La gente buena tiene un don para irradiar cariño, para producir campos de fuerza donde poder cobijar a los demás, y en parte gracias a esas personas y a la constancia de sus gestos amables, la humanidad todavía no se ha extinguido.

Agradecimientos

A Manuel, que me llena de alegría.

Crecí con una biblioteca en casa, rodeada del amor de una familia que defiende la literatura en todas sus formas y estilos. A ellos, a mi padre y a mi madre, a mi hermana María, a mi cuñado Paco, a mis abuelos, a mis tíos y a mis primas y sobrinos... A los veraneos leoneses, llenos de mitos y leyendas, les debo el poso de la imaginación creadora.

Gracias también a mis amistades del mundo del cómic que me han apoyado en esta aventura americana. A mis amigas, las estupendas y leales de todas las épocas, que saben que las adoro. A los amigos libreros y a sus librerías. A mis agentes, Txell y Mónica, que creyeron firmemente en esta novela. A las buenas personas, a los que hacen la vida agradable a los demás y nos acompañan con ese gesto amable.



ANA MERINO (Madrid, España, 1971).

Es una escritora que lleva veinticuatro años viviendo en Estados Unidos. Catedrática en escritura creativa en español y estudios culturales en la Universidad de Iowa, en 2011 fundó el MFA de Escritura Creativa en Español, que dirigió hasta diciembre de 2018. Ha publicado nueve poemarios, entre los que destaca *Preparativos para un viaje*, galardonado con el Premio Adonáis de Poesía en 1994, y es autora de varias obras de teatro estrenadas en Zúrich y Iowa. Ha sido pionera en el desarrollo de la formación académica del cómic y ha escrito diversos ensayos especializados. Ha sido columnista de opinión para El País, miembro del Comité Ejecutivo del International Comic Art Forum (ICAF), del Comité Directivo del Center for Cartoon Studies (CCS), del Consejo Directivo de Iowa City Unesco Ciudad de la Literatura, y en la actualidad es miembro de la Junta Directiva del Teatro Riverside de la ciudad de Iowa. *El mapa de los afectos*, Premio Nadal 2020, es su primera novela.